

MUY TEMPRANO PARA SANTIAGO

Por Juan-Agustín Palazuelos.

"Tal vez Juan-Agustín Palazuelos, de veintiséis años, sabio e inexperto, culto o candoroso, malicioso, admirador de Proust, que ha estudiado, leido y releido, no está desengañado de todo, buscando a tientas una manera personal de expresarse y si, con el tiempo, no irá a ser uno de los innovadores, de los descubridores de nuestra época, en este tránsito justo a otra; el primero que supo y logró salirse del surco, por lo cual padeció persecuciones, como tantos, hoy objetos de estudio magistrales, de tesis psicológicas, sociológicas, filosóficas. ¡Quién sabe! Se han visto cosas peores. Gide se rió de Proust, lo hizo a un lado. Todavía muchos no aceptan a Joyce, rehúsan a Kafka." Con estas palabras saludó Alone la aparición de "Según el Orden del Tiempo", la primera novela de este autor. Por su parte, Luis Sánchez Latorre (Filebo), dijo: "Palazuelos ha com-puesto un libro referido a la inteligencia. Los elementos intelectuales que se barajan en su obra ponen de relieve una especie de corte en la tradición literaria de Chile, país, por lo general, de narradores instintivos".

Ahora, con MUY TEMPRANO PARA SANTIAGO, Juan-Agustín Palazuelos no sólo confirma los juicios emitidos por los más autorizados críticos chilenos, sino también la evidencia de su maestría estilistica, sumada a una profunda capacidad de penetrar "la realidad aparente y perforarla con su estilete in-conformista", como afirmó Ricardo Latcham, al re-ferirse a las condiciones de narrador de Palazuelos.

MUY TEMPRANO PARA SANTIAGO es el drama de tres muchachas y los demás componentes de su exclusivo grupo social, relatado por el joven que las amó y compartió sus instantes vitales más significa-tivos. Todos los personajes pertenecen al "gran mundo" de la capital chilena, ese "gran mundo" que brilla hasta enceguecer a sus propios componentes. Juan-Agustín Palazuelos lleva al lector hasta el interior de esas vidas y sus circunstancias, enfrentándolo a la realidad, pero de una manera novedosa en la narrativa actual: nos la muestra desde diversos ángulos cuya autenticidad alcanza méritos documentales. Lo hace sin prejuicios ni falsos atrevimientos. Al contrario, con cierta nostalgia que no ahoga, empero, el severo y mordaz enjuiciamiento. Logra mostrarnos, como en los vitrales multicolores de una catedral gótica, todos los altibajos de la condición humana: la alegría, el candor, la duda, la miseria, la angustía, la abyección, la generosidad, el temor y la ternura de un grupo de jóvenes que se pierden por la carencia de fe y el abandono de sus vidas particulares, o que se salvan por la solidez de sus convicciones y la consecuencia de sus principios.

Realza la presentación de este libro la portada del pintor Mario Toral, quien recientemente obtuvo el Primer Premio de la sección de libros e impresos de la Bienal de Sao Paulo (1965).

MUY TEMPRANO PARA SANTIAGO

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1965. Derechos reservados para todos los países. Inscripción N.º 31.005. Santiago de Chile.

MUY. TEMPRANO Para SANTIAGO

Portada de Mario Toral. A María Josefina, a manera de rústica joya, que reemplace la que hubiese querido darle el día de nuestro matrimonio;

a don Eugenio González Rojas — maestro incomparable—, cuya comprensión y estímulo han hecho posible la existencia de esta novela y también de "Según el Orden del Tiempo";

a Alberto Ostria Gutiérrez, Francisco Galdames, Ernesto Sábato y Horacio Leng, grandes y pacientes amigos;

y al generoso amigo que me regaló su máquina de escribir en el momento que más la necesitaba.

PRIMERA PARTE DE CIVITATE MUNDI

"-Legión me llamo; porque somos muchos..." (Marcos: V-9.)

NICANOR PARRA.

EL SOL ha vencido al más alto de los árboles. Ahora cae sobre la plazoleta del Cementerio General. La luz horada los últimos vestigios de humedad. También ilumina los gestos pausados y los silenciosos quehaceres ceremoniales en torno a la capilla.

Mucha gente. (Elegancia en tonos oscuros.)

—¡Todo Santiago vino al entierro!... ¿Te das cuenta?

Por supuesto que me doy cuenta. De eso y de muchas otras cosas. De lo que no logro convencerme es del hecho primordial: la muerte de Isabel. Y su definitiva inmovilidad sellándose en el interior de la repleta iglesia del cementerio.

Es un terror indeterminado, casi animal —que ha llegado a impedirme asistir a la misa— y que tiende a perfeccionar violentas represiones. No se trata de un problema del conocimiento. Sería absurdo que así fuese: hace cuarenta horas que conozco el hecho. No obstante, el transcurso del tiempo ha ido arrastrándome progresivamente a un distanciamiento de la realidad. Porque eso que supe y acepté en forma absoluta en el primer instante —pese a lo insólito de la noticia— ha llegado a convertirse en algo semejante a un eco distorsionado de la verdad... De esa verdad que conozco y que es inútil e imposible

olvidar. De esa verdad que se impone como toda estricta evidencia: desde el fondo de la conciencia... y para lo cual es inútil, estúpido y cobarde el grotesco afán exclusivamente lúcido, mal expresado en miedo, fuga de ideas y rudimentarias represiones.

Pero da la impresión de que a la mayoría de nosotros nos ocurre algo semejante..., ¡al menos respecto de la misa! La reacción nos es común: rondando la iglesia —en un radio no mayor de treinta metros—se pasean Ismael, Roberto, Gustavo, Albert Hardford, Jorge... y otros. El único a quien vi entrar a la capilla fue Isidoro Necochea. ¡Aunque estuviese previsto!... Porque para él esto es diferente. Y porque siempre ha estado —pese a su distancia— más cerca que nadie de estas cosas..., de estos asuntos... Es cuestión de acordarse del año que nos fuimos todos a la Isla Negra "a preparar los exámenes de la Universidad".

Me acerco a la puerta de la capilla. Allí adentro está Isidoro. Inmóvil. Su cuerpo se adhiere a una columna lateral. Permanece impávido ante el nerviosismo de la muchedumbre que repleta la pequeña iglesia. Aunque nadie lo evidencia ostensiblemente -salvo algunas carrasperas y toses iguales a las de los conciertos en los intervalos de movimientos-, todas esas espaldas con ropas oscuras, más oscuras aún debido a la insuficiente luz, parecen estremecerse de cuando en cuando. Y esas convulsiones no tienen otra explicación que la incertidumbre por la espera de lo que tememos tanto. Deseándolo simultáneamente; incapaces de elegir, porque no hay elección posible. Sólo la figura de Isidoro se sustrae a ese temblor ecuménico y disimulado apenas. Aunque es probable que también exteriorice -a su manera, por cierto- su estado de ánimo. Imagino sus rápidos pestañeos que hace con los párpados inferiores... "Tus arrugas no son de viejo, Isidoro." "¿Qué arrugas, Patricia?" "Las patas de gallo, pues... ¡Son por tu manera de pestañear!" "¿Que tengo patas de gallo?" "¡Por Dios, Isidoro, no me digas que no te miras al espejo!"...

En esos diálogos —como el de Patricia e Isidoro — se resumían todos los trucos de un viejo juego, en el que todos participábamos: pretender ingenio y causticidad mediante una simulada ternura. Eso vino con la "moda" de sentirnos viejos.

Vámonos de aquí mejor.

Aunque todo este deambular es insensato. Lo único que he logrado es cambiar una visión diluida (las espaldas oscuras de conocidos dentro de la iglesia) por las imágenes reales de los conocidos caminando alrededor de la plazuela del cementerio, en espera del término de la misa. Y lo que es peor, si me fue posible evitar la vista del ataúd de Isabel, mientras estuve en el umbral de la capilla, ahora me parece verlo multiplicado hasta el infinito y diseminado en caprichosas posiciones, en medio de la superficie que está ante mi vista. Y los paseos nerviosos e impacientes de todos nosotros se deben al hecho de que debemos esquivar a cada paso esos miles de cajones negros conteniendo a Isabel. Encerrándola a la fuerza y para siempre. ¡Y qué me importa saber que me domina un histérico sentimiento de culpa del que necesito liberarme, metiéndome primero hasta la raíz, gozándome en ello, exagerándolo, acaparándolo y luego repartiéndolo entre todos nosotros para que se diluya! ¡De qué me sirve manejar a medias esa jerga bastarda de los psicoanalistas, cuando mi angustia es auténtica y mi terror y desconcierto son cosas que se anidan en todas mis vísceras, lastimándome e hiriéndome! Cambiándolo todo. Hasta el metabolismo. Desorganizándome y diseminándome hasta la nada y el caos. ¡Mierda! ¡Mierda!... ¡Dios mío! ¿Por qué tendrá que ser cierto?

Pero todos nos saludamos. Aunque sin las manos, que sirven sólo al final. Mientras tanto: venias y distensiones de los labios, como remedo de sonrisas comprensivas. Tampoco se ven mujeres: "No se usa que una vaya al cementerio, pues, niña. ¡La misa es otra cosa! Pero hasta ahí no más, ¿no encuentras?"

Me topo con los ojos de Alejandro Valdovinos. Aprovecha ese contacto para acercarse. Me hablará. Me pondrá una mano en el hombro y yo haré lo mismo. Y no podré eludirlo. Ya está aquí. Se detiene a un metro.

-¿Qué te parece, hombre? -pregunta.

-¡Espantoso, Alejo!...¡Espantoso! -digo.

Encoge los hombros. Suspira, agregando varios gestos indiferenciables, pero elocuentes en su conjunto. (Con esa elocuencia cuyo significado proviene de haber asistido a tres o cuatro estrenos del Instituto del Teatro... En donde les enseñan esos gestos y ademanes que los actores utilizan invariablemente, trátese de una obra de Shakespeare, Ionesco, Labiche... o Alejandro Sieveking; y que expresan consternación. Aunque el público termina por reírse o no comprender o indignarse por la estupidez de los actores nacionales.)

La estupidez es haberle hablado.

—¡Es muy durooo!... ¡Irreal! ¡Fantásticamenteirraaal! ¿No es cierto, hombre? —insiste.

Ahora se quedará sin respuesta. Absolutamente. Porque supongamos que sufre igual que yo. O más. ¿Para qué mezcla eso con gestitos, pantomimas e inflexiones de voz ensayadas y estudiadas..., ¡amorfas

y huecas!, y que más encima utiliza para lamentar que se ha acabado el whisky en alguna borrachera?

Quizás mi padre tenía toda la razón, ayer, al referirse a la calidad y profundidad de nuestra pena. A pesar de sus exageraciones y escarceos teológicos.

* * *

—Para toda esa gente (incluyéndote a ti también) que ahora pretende sufrir enormemente con la muerte de esa pobre niñita... Petterssen..., ¡nada tiene importancia! ¡Absolutamente nada les toca en profundidad! ¡Acuérdate: si logran eludir el escándalo, la consternación terminará mañana, a la salida del cementerio!...

Muestra su asombro con un gesto que sólo conmueve su frente, cuando lo interrumpo:

—¡Me extraña, papá, que alguien que se dice tan cristiano, como usted, haga un juicio temerario sobre los sentimientos de tanta gente!... Se me hace duro creer que usted duda de mí...

—¡Juicios temerarios!... ¡Dudas respecto a ti! ¿Me has visto alguna vez hacer tal cosa?... ¿Ah? — afirma, pese al tono de interrogación. (Cuando pregunta algo, lo hace de manera afirmativa... ¡Total!)

—Sin embargo, ahora usted está suponiendo que somos unos monstruos. ¡No hay derecho para creer que somos unos insensibles..., que no nos importa nada!

Mis palabras se atropellan. Mis gestos se hacen duros. Pero eso no es nada comparado con la furia de mi padre. Me interrumpe con un movimiento de su mano, más violento y cortante que un mandoble.

—¿Derecho? ¡Claro que tengo derecho a eso y mucho más!... ¡Tengo derecho a todo, para que lo se-

pas, caramba! Con mayor razón tratándose de un hijo mío..., y toda esa manga de amigotes irresponsables que tienes...

-¡Pero...!

—¡No hay "peros" que valgan!... Basta ver lo que ha ocurrido, no más. ¡Fíjate tú!... ¡Ahora, con remilgos morales! ¡No, señor! No le acepto que invoque principios cristianos como disfraz de emociones y preocupaciones circunstanciales. Me indigna la idea de que utilices la sensiblería..., ¡y para salir de un mal paso, todavía! Eso se llama tener alma de doméstica o costurera. Ya que no eres respetuoso con tu padre, por lo menos aprende a ser viril y consecuente...

Su furia es total. (Pedro el Grande estranguló con sus propias manos a uno de sus hijos, en un arrebato de ira no mayor que éste. Lo grave es que el tipo se haya dejado apretar la garganta sin oponer resistencia. Desgraciadamente la historia se repite...)

-Papá, usted me ha entendido mal...

—¡Insisto en que todos ustedes son unos irresponsables! De otro modo no hubiera pasado lo que pasó...

—Es que las cosas son más complicadas de lo que uno cree —digo con voz casi blanca.

—¡Ah!... ¡Las cosas son más complicadas! ¡Qué complicadas ni qué ocho cuartos! Prefiero que digas cualquier cosa, menos esas pelotudeces. Y si quieres decirlas, búscate a alguno de esos infelices inmorales que te las acepte. ¡A mí no me venga con eso!... ¡A su padre no le venga con huevadas ni disculpas, jovencito! Para que sepa: yo he dedicado mi vida entera a llamar las cosas por su nombre... Aquí y en la quebrada del ají... ¡De tal manera que aguante el chaparrón o jódase!

A lo mejor tiene toda la razón. Y somos todos unos mierdas. Pero no tiene sentido el darle tantas vueltas al asunto. ¿Para qué? Si fuera para terminar abofeteándolos a todos, y descuajeringar el ataúd y sacar a Isabel de allí v darle, también, algunas bofetadas, y luego abrir infinitas tumbas e invitarlos a todos a que nos metamos adentro mientras aullamos de miedo y vomitamos de asco, tendría objeto todo este inmundo arrepentimiento. Ojalá fuera posible volverse verdaderamente loco. Hacer por una vez, siguiera, un gesto definitivo: categórico e irreversible. Pero a lo sumo nos atrevemos a imaginar, llenos de asombro, temor y vergüenza, la mera posibilidad de intentar el principio de ejecución. Permanecemos asustados de avanzar otro milímetro en nuestras propias ideas. Y no podemos evitar una cobarde gratitud a las potencias divinas, por hallarnos en nuestro sano juicio; por impedirnos cometer un asesinato violento y sanguinario, transformando ese impulso en una sonrisa y un ademán distinguido...

—¿Por qué no entraste a la misa? —pregunta Ale-

jandro. Demuestra inquietud por mi silencio.

Tampoco obtendrá respuesta... Cualquiera que le dé, servirá de estímulo para otra pregunta. Y así hasta el infinito. Conozco demasiado el numerito de las conversaciones a base de preguntas, sobre todo cuando la gente no tiene de qué hablar. Porque todo está dicho. Y hasta el cansancio.

* * *

Atardecer junto al mar. Primero: una imagen esencialmente plástica: sobre una roca gris oscuro, un brazo blanco sigue la línea del horizonte; el cielo no tiene color; en las nubes se refleja la impavidez del mar a la distancia. Segundo: la historia: no sé cómo he llegado hasta aquí; el cansancio me hace pensar en mis pies; quizás sean mis pies los que ahora piensan... Paréntesis necesario: (si le exigimos el máximo de sus posibilidades a un órgano -para todos es válida la experiencia-, éste comienza a dirigir nuestra actividad inmediata. Es así como, por ejemplo, con la piel sentimos el frío. O el calor. Antes del frío, la piel "no está" para mi pensamiento, dedicado hasta ese momento a otras cosas. A medida que el hielo aumenta, el cerebro inicia su repliegue que termina por ocultarlo, hasta la llegada del abrigo, cuya búsqueda ha sido realizada por mi piel. Dirigida por mi piel. La tibieza despierta al cerebro, que vuelve a ocultarse en el caso de que el calor llegue a ser excesivo. Así sucesivamente y respecto de todos nuestros órganos y miembros). Fin del paréntesis.

Prosigue la historia: mis pies son los cronistas de este viaje. Estoy detenido en el cansancio. Tercero: aves: una gaviota eleva el mar al robarse el contorno de una ola; un cometocino infla las hojas de un boldo, es decir, una rama convertida en pájaro cae hacia arriba hasta detenerse algunos segundos y luego rueda por el firmamento hasta desaparecer en otra rama, cuyas hojas, de un verde descolorido y casi transparente, señalan al pitosporo; muy cerca, varias moscas juegan a ser minúsculos pájaros de piedra oscura. Cuarto: música: mi respiración y el aire inundado de golpes de agua y latigazos de los güiros sobre las rocas, ejecutan una fuga interminable de elemental contrapunto. Quinto: diálogos:

.- ¿Tienes frío? -le digo.

-No.

-¿De veras? -insisto.

-Un poco.

-¿Quieres mi manta?

-No.

-¿De veras? - pregunto.

—Si quieres..., bueno.

—Por supuesto —respondo.

-¿Y tú, no tienes frío? - pregunta Isabel.

-No.

—¿De veras? —insiste.

(Aquí se produce un silencio relativo.)

Sexto: reflexión: ¿quién está inseguro? ¿Isabel con su cautela o yo con mi cuidado? Séptimo: final: vine a besarla, pero el viaje resultó muy largo. (Hemos recorrido todas las playas de la Isla Negra — vaciando meticulosamente la gruesa arena de nuestros zapatos— para venir hasta Punta de Tralca.) Busqué la soledad y sólo encontré el espacio inmenso. Temor al paisaje...

* * *

Labios entreabiertos, mientras me observa. Es inminente su próxima interrogación. Y aquí es distin to. El paisaje es otro. Además yo no lo traje ni lo hubiese traído nunca. Me gustaría gritarle que se mande cambiar. Que me deje solo. Pero no me atrevo a hacerlo. Esa debe de ser una de las razones por las cuales se dice que no soy histérico. Cría fama y... estarás obligado a conservarla. Inclino la cabeza:

-; Con permiso, Alejandro! -digo.

Leve contracción de todo su sistema muscular, que transforma en esbozo de sonrisa, con la mitad izquierda de los labios:

-¡Sí, por favor! -murmura.

Lo último que alcanzo a ver —antes de echarme a andar en sentido contrario— es su mano trazando un gesto sin destino. Igual al que debe usar cuando ofrece un asiento que no tiene ganas de abandonar.

Cuesta mucho darse cuenta de que el silencio de otra gente no significa ira. (Ese temor a que los otros piensen que estoy enojado de manera particular con alguien me ha obligado a hablar demasiadas veces. Para decir estupideces que ni pienso ni siento ni coordino. O que si las siento y pienso y coordino, no tendría por qué decirlas. Y la peor pregunta es: ¿en qué estás pensando? ¡Cómo voy a expresar de buenas a primeras aquello que está en pleno proceso de elaboración!... De allí que no es demasiado idiota responder: "¡No; en nada!" Con lo cual la gente se queda conforme, por lo demás.)

Pero aquí, mientras espero entre sepulturas que termine la misa de difuntos, para luego enterrar a Isabel, es otra cosa. (Detrás de todo lo que ocurre en este pequeño mundo inmediato existe un laberinto de emociones y recuerdos, encontrados y contradictorios, que no sólo determinan mi conducta, sino que me obligan a buscar cualquier detalle que sirva de alivio. Quiéralo o no; me dé cuenta o lo ignore: la tristeza, la incertidumbre y la ternura que se convierte en ira y viceversa, me arrastran al descontrol que tipifica la angustia.)

La compañía de alguien podría servirme un poco. ¿Quién? ¿Teresa?... Podría ser. Pero debe de estar en la capilla. O a lo mejor no ha llegado aún. ¡Siempre atrasada! Tantas veces que la he esperado. Más tiempo aguardándola que todos los minutos compartidos. (Eso es falso; pero suena bien.)

20

-¿Por qué llegas atrasada, Teresa?

Mueca de disgusto. ¡Como si no tuviera derecho a preguntárselo!

-Todavía no ha empezado el concierto, pues...

¿O no? —dice.

Tono impersonal. Acento para un endecasílabo mal construido. Y recitado por un niño de escuela ante el inspector visitante.

Guardo silencio. Es mejor que dar un grito. (Después no podría escuchar la música. Los remordimientos se me alojan en los oídos.) Caminamos hacia el Teatro Municipal. Invierno. Excepcionalmente hay niebla. (No debe olvidarse que Santiago no es Londres.) Junto a los faroles callejeros se destaca una circunferencia de siete colores. Un circuloiris y no un halo, como dirán los profesores de castellano.

-¡Mira los circuloiris, Teresa! -digo.

-¿Así se llaman?

—No; pero desde ahora se llamarán así... ¡Circuloiris!... ¡Sí! Circuloiris —repito.

—¡Tonto! —responde. Pero en la voz hay cariño y cierto encantamiento.

Eso basta para volver a la felicidad. Hacía mucho que no lo era. Esta tarde podré gozar de mi soledad acompañado por Teresa, que trota a mi lado. Noto mi apuro y disminuyo la marcha. Pero hay que apurarse. Para ganar tiempo, recorro mis bolsillos en búsqueda de las entradas. Aquí están. En el último que revisé, por supuesto. Durante toda la mañana hice cola ante la boletería del Municipal para conseguirlas.

—Iremos a galería, Teresa —digo.

-¿Galería?...;Qué monada!

¡Menos mal que lo encuentra una monada! Me costó mucho decírselo. Vergüenza de no tener plata.

No he podido aprender a evitarlo. ("Aténgase a su mesada, joven; la medida para juzgar al individuo -al menos en estos tiempos..., ¡ejem!- es el dinero." Aunque le carga la idea, la usa como truco para no darme más. Vuelve a carraspear y agrega: "Así es esta época, donde todo está alterado, pues, hombre". Es el comienzo de una charla sobre economía política contemporánea; que desgraciadamente debo interrumpir, porque lo que necesito es que me dé más plata. No veo otra salida: "Es que se trata de ir al Munici-pal con una niña, papá", digo. Su cabeza se mueve de izquierda a derecha y de ahí para el otro lado y del otro lado para ahí... "No. Ya es tiempo que usted empiece a saber que la situación se pone cada día más difícil. No puedo darle más plata. Usted mismo me lo echaría en cara más adelante... ¡Mire, ¿y quién es la niña?, como usted dice!" Yo no le reprocharía nada más adelante... siempre que me diera harta plata. Incluso encontraría muy atenta su pregunta -en tonito irónico, por lo demás-. Pero sermones, pullas y negación de crédito..., jes demasiado! Pero nunca está de más una insistencia... porsiaca. "Teresa Arlegui, papá", digo. "¿La nieta de Juan de Dios?", pregunta. "Sí..., este..., creo que sí, papá." "¡Cómo que creo que sí!..." "Sí", afirmó categóricamente. "¡Hmmm!...¡Miraaa!...¿Tú sabías que su padre está a punto de llenar varias páginas del "Boletín Comercial"?... Letras. ¡Y cheques, también!" "¡Bueno, pero eso no tiene nada que ver con... Teresa, supongo, papá!" Parece que anduve gritándole un poco. "Aparentemente, no... Aparentemente, no..., ;pero Teco Arlegui ha sido un perfecto irresponsable durante su vida entera!... Y...; no me levante la voz, tampoco, jovencito!" Fin de la entrevista. Nada de eso era necesario. Bastaba con los meneítos de cabeza y su

famosa frase de: "Las cosas se ponen cada día más difíciles". Pero lo que pasa es que duda. De todo. Desconfía de todo. ¡Capaz que creyera que le pedía plata para prestársela a don Teco! Sin embargo, lo que ocurre es que existe una desconfianza colectiva. Nadie le cree a nadie. Nadie confía en nadie. En todos los planos. "En el principio era la duda", muy filosófico, pero en la vida real y cotidiana resulta un asco. ¿Cuánta plata deberá el papá de la Tere? Seguro que varios millones. Aunque en la casa no se les nota. Lo grave sería que tuvieran que rematarlo todo. La mamá de la Tere sí que se volvería loca. ¡Pobre don Teco!)

La neblina se ha condensado en pequeñas gotitas que forman una especie de corona brillante sobre el pelo de Teresa. Miro su perfil, casi de reojo. Estamos llegando a la puerta de galería. Esa puerta que se abre hacia San Antonio: hacia la estrecha vereda que hace más desagradables la indiscreción y la bulla de los vehículos que transitan, deteniéndose a ratos, por algunos instantes, debido al semáforo de la esquina, para luego proseguir en su avalancha. Y aprovechando la parada obligatoria, los choferes o sus parejas (casi siempre ambos) sacan sus cabezas fuera de la ventanilla, para contemplar ese río de apresurados seres, tragados por el teatro. Ni siquiera disimulan el asombro -que deviene sonrisa filistea- especialmente cuando les toca presenciar la llegada de alguno de los músicos, vestidos de frac o Barros Jarpa, que franquean la Entrada de Artistas, contigua a la puerta de galería. A veces se escucha una carcajada, que no logra apagarse ni con el ruido de los motores. También se ven dedos que persiguen a estudiantes del Conservatorio, cuya indumentaria constituve prácticamente un uniforme: pelo larguísimo y enormes y descuajeringadas partituras bajo el brazo. Parece que sus fachas son la causa de la diversión proveniente del interior de los autos o las micros. No le veo la gracia. ¡Por Dios que es provinciana la gente de Santiago!

Y estúpida, más encima.

Todo eso ha quedado a nuestras espaldas. Porque ahora corremos escaleras arriba, empujados por la marea que viene detrás... y empujando —de grado o involuntariamente— a dos parejas de estudiantes de Bellas Artes o Artes Aplicadas, que van en el peldaño superior al nuestro. (Los uniformes de éstos consisten en inmensas y descomunales reglas "T" y rollos de cartulina, que protegen de la congestión, blandiéndolos como sables de una desmontada caballería a la carga.) Y pese a los pisotones, la estrechez, la prisa y una especie de violencia que nos posee a todos, la situación resulta agradable hasta hacernos olvidar las imágenes de la calle.

¡Qué larga es esta escalera de gastados escalones de piedra! En el recodo, allí donde hay un descansillo, está el "pelado" que controla las entradas. (¡Lleva como veinte años haciendo lo mismo, y, sin embargo, todos los viernes se cuelan más de cincuenta estudiantes, usando los mismos trucos de siempre!) Mientras corta mis boletos, nos recomienda mecánicamente que guardemos silencio. Teresa se aferra a mi brazo. Ambos respiramos con dificultad. Después del control nos queda otro trozo de escalera.

—¿Te llegó carta de Isabel? —me pregunta, mientras subimos.

-Mmm...-respondo.

Le hago un gesto de silencio con el índice en mis labios. Costumbre inútil, porque todo el mundo conversa y deambula ruidosamente en busca de asientos. Hemos llegado. Nos detenemos y observo en derredor, mientras mis ojos se acostumbran al cambio de iluminación.

Desde la semipenumbra, alguien me hace señas... Es Marcos Rossler. Me hace señas de que me acerque. Arrastro a Teresa —que aún no ve casi nada— hacia allá. Marcos ha reservado un lugar junto a él, en la primera fila de galería. Logramos avanzar, obligando a los que ya estaban sentados a que se incorporen a medias, para poder pasar hasta el lugar reservado. Marcos comienza a decirme en voz que pretende ser confidencial:

—Te esperaba. Estuve toda la mañana tratando de ubicarte en la Facultad... ¡Tú sabes que hoy tenemos sesión de directorio en la Federación de Estudiantes! Tienes que ir... ¡sin falta, por favor!... Es... es muy importante.

Mientras me habla, permanece incorporado a medias. Turbación total cuando le presento a Teresa. Apenas se estira un poco, para volverse a encoger y luego intenta otro estirón..., y así sucesivamente, sin que en definitiva logre ponerse de pie o sentarse del todo. Toda esta gimnasia se debe al hecho de no querer que disminuya tanto el espacio que ha reservado como el que ocupa y, también, a un motivo "social": no aparecer como un mal educado ante Teresa.

-Siéntate, por favor -le digo.

Teresa alarga displicentemente su mano. Junto con ello, mira hacia el infinito que queda detrás de la cabeza de Marcos (la síguiente fila de asientos, ya repletos). Luego ocupa el lugar disponible, dejando un espacio para mí, al medio. Su gesto para que yo ocupe ese sitio y no otro es definitivo. Obedezco. Marcos reanuda su especie de informe:

-¡Fundamental que vayas, mi viejo!... La situa-

ción es gravísima. Necesitamos tu voto en el Directorio...

¡No soporto el "mi viejo"!

-¿Qué pasa? -interrumpo.

Mi pregunta es sólo una forma retórica. No tengo ni el menor interés en el tema.

- —El gobierno les negó asilo a trece estudiantes peruanos, perseguidos por la dictadura de Perón...
- —¿Qué tiene que ver Perón con los estudiantes peruanos? —vuelvo a interrumpirlo.
- —Es que estudiaban en Argentina, porque Odría los obligó a exilarse... y, ahora, Perón los ha expulsado, alegando que son comunistas... Oye, ¿pero que no has leído el diario? —concluye con acento de asombro.
- —No. No he visto los diarios de la tarde... ¡Ni los de la mañana tampoco! —agrego.

-¡Ah, por eso no tienes idea del asunto! -dice.

-¿Y? -pregunto.

La cara llena de muecas contradictorias. Espero que se haya dado cuenta de que el problema no me interesa en estos instantes. Teresa mira hacia abajo —hacia la platea —apoyando la frente en una de las defensas metálicas que separan nuestro asiento del vacío.

- —¡Mira! ¡Mira en la platea! Isidoro Necochea con doña Clemencia —dice.
- —¿Dónde? —pregunto, tratando de ubicar a Isidoro y su mamá.
- —¡Allá en la sexta fila de la izquierda!... ¿Los ves?... ¡Pobre Isidoro, toda la vida acompañando a su mamá! ¡Cómo se aburrirá el pobre! Aunque se me ocurre que si hiciera vida propia, se latearía mucho más... ¿O no? —dice.

—Ahí están, de veras... ¡La pura verdad que Isidoro es un latoso! —agrego, sonriéndole.

Me vuelvo hacia Marcos. Durante todo este rato parece no haber dejado de mirarme. Por lo menos tiene la misma cara de asombro.

—¿Te parece poco? Llegando a Lima serán encarcelados por marxistas...; Es una vergüenza!... ¿No te parece? —habla atropelladamente.

-¿Quiénes? -pregunto.

(En el momento de formular la pregunta, me di cuenta de que se trataba de los estudiantes peruanos. Pero ya era demasiado tarde.)

—¡Los estudiantes peruanos, pues!... ¡Es una vergüenza para la tradición chilena de hospitalidad! ¿No te parece? —insiste.

(¡Claro, los discursos no dejarán de incluir frasecitas como: "O el asilo contra la opresión, canta nuestro Himno Nacional, y ahora se ha mancillado ese principio..." O: "Las sagradas tradiciones libertarias de este país que acogieron a hombres como Sarmiento, Alberdi, Mitre y a tantos latinoamericanos perseguidos por las dictaduras..." ¡Y todo lo demás!)

—¡Déjate de pamplinas, hombre! ¿Qué vamos a hacer en la FECH? ¿Ponerle una bomba al Caballo Ibáñez? ¿Ah?... Si se tratara de eso, te creo; pero con declaraciones líricas no se llega a ninguna parte —le digo.

—¿Pero qué te pasa? —me interrumpe Marcos—. ¿Que no te das cuenta de que la medida del gobierno chileno está relacionada con el viaje que hizo Perón a Chile hace poco y además con los extraños viajes a Buenos Aires de los dirigentes del ibañismo?... ¿No te parece?... ¿No te parece sugestivo?

El tipo dio en el clavo conmigo: me intereso de inmediato. (Hasta ahora había mantenido la conver-

sación usando palabras, frases y exclamaciones cuya pertinencia era sólo formal. Y lo eran, porque desde alguna zona de mi subconsciente se organizaba todo aquello que constituve el reflejo condicionado que permite mantener un diálogo más o menos coherente sin prestar demasiada atención ni realizar un gran esfuerzo.) Ahora reflexiono -olvidando la presencia de Teresa- acerca del asunto. Es probable que Marcos tenga toda la razón. Y en ese caso no puedo faltar a la reunión de la FECH. Es la gran oportunidad para denunciar los turbios manejos de ese animal que tenemos en La Moneda. ¡Y pensar que le quedan cinco años todavía! ¿Qué irá a ser de nuestro país con esa gentuza en el gobierno? ¡Estamos hasta el cogote! No entiendo cómo la gente olvidó tantas cosas para reelegirlo. ¡Por suerte ya es un viejo sin pantalones!

—¡Deberíamos botar a patadas este gobierno! ¡Los estudiantes tendríamos que hacer caer a todos estos milicos fascistas, antes de que esto se transforme en dictadura! ¡Hay que repetir la pelea que di-

mos el año 30, caramba! -grito.

El dolor que me causan los pellizcos de Teresa—quien ha recorrido todas las zonas más sensibles de mi brazo, hincando sus uñas junto a una breve torsión de mi piel levantada— me obliga a volverme hacia ella. Sus ojos brillantes por la rabia y sus labios apretados son más elocuentes que un discurso. Le sonrío. Pero es inútil. ¿Cómo arreglo el entuerto?... Primero: poner fin a la conversación con Marcos.

—Hablemos en el entreacto, mejor... ¡Ah!... ¡Gracias por los asientos! —le digo.

-;Pero...!

En un segundo le hago infinidad de muecas que significan todo lo que ocurre y lo que aún no ha ocurrido. Supongo que entenderá.

-¡Bien! -dice.

(¿Qué razones hubo para mi perorata?... Aparte de los motivos políticos, se entiende. Porque lo mismo pude haberlo dicho en voz baja. Y no a gritos que se escucharon a diez metros a la redonda. Quizás la suposición de que toda esta gente mira con indiferencia lo que ocurre en Chile. No les importa nada. Ni siquiera la música que han venido a escuchar... Pero la verdadera razón no consiste sino en un arrebato de vulgar exhibicionismo.)

La vergüenza nace siempre en mi cara... y muere allí también. Lo mejor que queda por hacer es hablar-le a Teresa:

-Perdona; pero era importantísimo -le susurro.

En sus ojos observo el desvanecimiento de la rabia. Ensayo la sonrisa de "niño bueno". Perfecto. Ahora sonríe.

* * *

Alguien toca mi hombro y simultáneamente habla:

-¿En qué piensas?

Ismael Lastarria. Lo miro a través de una especie de velo que me separa de la realidad inmediata. Tal como de costumbre, lleva una de sus manos en los bolsillos y juguetea impúdicamente. (Hábitos extraños. O parásitos. O mala costumbre. O todo eso junto.) Me molestan su palidez y nerviosismo.

-¿En qué estabas pensando? -insiste.

—En lo que veo, Ismael. En... nosotros..., en nada —digo.

-¿Y?

-;Y! -respondo.

No es el momento para decirle algo a propósito

de su mano en el bolsillo. U otra cosa violenta y desagradable; porque no soporto su cara —en la que se destaca el inmenso orificio de su boca abierta— de interrogación. Usa la boca como oreja, supongo. Retrocedo un paso. Ismael avanza, para recuperar la distancia que perdiera. Doy un paso al lado: me imita. (¡Esto parece ballet!) Empiezo a sentir los síntomas de mi próxima e inevitable agresión. ¿Por qué? Es peor pensarlo. Tampoco debo distraerme. Sería inútil que me fuera sin decirle algo tan claro, como para evitar que me siga. Y si me quedo, permanecerá junto a mí. Quizás más cerca. Porque tiende a las confidencias en los momentos menos adecuados. Ya no soporto su vecindad. La agresión es inevitable.

—Tienes mal hecho el nudo de la corbata, Mael —digo. (No soporta su nombre en diminutivo dicho con tono paternal.)

Cejas fruncidas. Da tres pasos hacia atrás. Intenta fugaces sonrisas forzadas.

(Aumenta el número de personas que entran y salen de la capilla. Todos los rostros conocidos. Gestos y muecas que he odiado mil veces. Rasgos y ademanes; narices y mentones, arrugas...; Todo aquello que nos acerca tanto a los seres y al mismo tiempo nos aleja de ellos hasta el infinito! Cercano y distante. Sensación actual de distancia. La proximidad se produce al pensar en ello, porque al hacerlo proyecto el pasado en mi circunstancia presente... Estratos... Capas del pensamiento... Oleadas de sensaciones. Es así como de tarde en tarde logro fijar la imagen de alguien; tomar conciencia de la presencia física de alguno. Porque mi vista se encuentra con la presencia de muchos conocidos; tantos que resulta imposible que el cerebro retenga a la totalidad. Salvo cuando pienso en el fenómeno.)

Sin embargo, nada de esto es arbitrario. Luego pensaré detenidamente en ello...; Menos mal que no entré a la misa!

Ismael sigue en el mismo sitio y con la misma expresión. Mirarlo con insistencia. Es incapaz de sostener la mirada. Cierra repetidas veces los ojos y los vuelve a abrir, para volverlos a cerrar. Por fin los abre del todo: ¡ya no dicen nada! Suprimido este sentido—como medio de expresión—, recurre a los extremos de su boca y a las aletas de la nariz.

—Es queeee... es queee... estaba... estaba apurado —dice.

(También recurre a la palabra.)

Mientras habla, su cuerpo comienza a balancearse. (Es como si le preocupase el equilibrio. Sus inútiles ojos se dirigen hacia las puntas de sus zapatos. O

las bastillas del pantalón.)

A espaldas suyas —fuera del foco de mi vista la gente sigue desplazándose. También hay algunos que pasan a nuestro lado, sin dejar de observarnos. Sonrío vagamente. (Basta ese gesto impersonal para hacer que desvíen sus miradas, lo mismo que si fueran escolares pillados en falta o jugadores de naipe sorprendidos mirando las cartas del vecino.) La sonrisa es válida tanto para los que pasan como para Ismael.

—Ese que acaba de pasar ahí..., el de uniforme..., es uno de los edecanes de la Presidencia —dice, señalándolo simultáneamente con la nariz.

—¿Ah, síii?... ¡Y a mí qué me importan los edecanes, Mael!

Junto con iniciar la retirada, murmura:

—Es queee... es que doña Chabela es fundadora del partido, y como ganaron la elección...

Ya ni lo escucho. No debo hacer ni el más mínimo

gesto, hasta que se haya alejado definitivamente. Se retira dando pequeños pasos de semicostado. Hasta que se da media vuelta, hace un gesto irreproducible con todo su cuerpo, y emprende la marcha a rápi-

dos pasos.

La oportunidad es perfecta para que yo me aleje en sentido contrario. La distancia debe ser la máxima posible. (Espero. Me impaciento esperando.) Olor húmedo y dulzón. El ritmo con que respiro es cada vez más rápido. Razón: no deseo que quede ni una sola partícula de aire —de este aire— en mis pulmones. El ideal sería estar vacío de esta atmósfera. Cualquier intento de ese tipo resulta peor: llega un momento en el cual el déficit de aire es tan grande, que es preciso reponerlo con una inspiración por boca y narices. Entonces, para paliar el excesivo ingreso de este aire cargado de todos los gérmenes de la muerte al interior de mi organismo, contengo la respiración. Cuando ya me es imposible mantener por más tiempo mi pecho hinchado, espiro por boca y narices. Por supuesto que el ejercicio ha logrado que me ponga granate. Fatal estar consciente de la respiración. (¿Repugnancia por el lugar y su significado o instinto de conservación?)

He llegado hasta un sitio relativamente alejado de la capilla. Las alas de un cóndor de bronce, dispuesto a elevarse, superan a las mustias clavelinas colocadas dentro de mohosos tarros, cuyo destino original era el de contener duraznos en conserva. Si las alas del cóndor no fuesen de bronce, estarían mustias como las clavelinas y oxidadas como los tarros. ¿De quién será esta tumba? Aquí dice: ... "Teniente Carlos Bode Altamirano. Caído en actos de servicio. 1931-1951"... Tenía que ser aviador. De otro modo el cóndor sería una extravagancia. (¿Que no lo es aun sien-

do así? Quizás... "Alas, poor Yoric!...") ¡Qué joven!... Mil novecientos treinta y uno al cincuenta y uno: ...¡Veinte años! O veintiuno. (Depende.) El pasto está bien conservado. En ninguna parte dice: "No pisar". No es necesario, porque nadie lo hace. Resulta siniestro pararse sobre plantas que crecen... así.

Al rodear la tumba me encuentro con Demetrio. Da la impresión de haberme estado observando con curiosidad.

—¡Hola, Demetrio! ¿Cómo está María Margarita? —digo.

—¡Bien!... Mucho mejor... Vengo de la clínica, precisamente... Ya está más tranquila, parece —responde.

-¡Menos mal! ¿Y para cuándo es?

-¡De un momento a otro! -sonríe.

Simultáneamente nos hacemos un gesto idéntico, con los hombros y las cejas. Me separo de a poco. Demetrio se ha quedado mirando al pájaro de bronce. Ya está lejos. Miro hacia la entrada de la capilla. Allí, junto a las gradas, Ismael gesticula ante Mario Mascayano. A esta distancia, sus gestos parecen agresivos. No obstante, la realidad es otra. Si alguno de esos dos pensara un poco que fuera, se darían cuenta de lo terrible que es escuchar imbecilidades; la ocasión es brutal: es como si estuviesen frente a un espejo. ¡Por Dios que es difícil sobrellevar la estupidez cotidiana de nuestros semejantes! (La estupidez esporádica resulta —a veces— posible.)

El sol comienza a incomodarme. (Lo único verdaderamente imposible de ignorar es aquello que no nos gusta. O que nos mortifica. Por eso es que lo desagradable y angustioso está mucho más presente que lo pletórico. ¡Si pudiera evitar estos pensamientos!) Es ridículo que desce pensar en otras cosas. No es ni la ocasión ni el sitio ni la compañía para imaginarme el paraíso. Basta mirar a cualquier lado para ver algo o a alguien que estimulen la desesperación. Ahí mismo, a treinta pasos (por buscar un ejemplo cualquiera), Ismael Lastarria y Mario Mascayano me obligan a darle vueltas al asunto. No me había fijado en la gordura de Ismael. Y a pesar de ella, encorva la espalda. (Este imbécil es siempre estrambótico. Todos los gordos caminan echados hacia atrás; él no.) Toda la vida ha sido igual. Tenía la misma facha desde que estaba en el colegio. Ahora está un poco más calvo v más idiota. No ha cambiado ni un ápice, a pesar de sus eternos e indescriptibles esfuerzos para ser diferente a lo que es. (Sin embargo, es como el olor típico de las piezas de empleadas: se conocen las causas, se les dice a las fulanas lo que tienen que hacer para ahuventar la fetidez, las primeras veces se les obliga y vigila para que hagan lo que tienen que hacer...; Pero es inútil! Primero, porque no tienen conciencia del olor de sus piezas; segundo, porque el problema se debe a circunstancias que constituven un círculo vicioso -espacio muy reducido, muy poca cantidad de ropa interior, y uno o dos pares de zapatos apenas; poco tiempo para lavar sus pocas prendas que son guardadas sucias dentro de la misma pieza y muchas veces vueltas a usar en ese precario estado, en vista de que las que llevan puestas se han manchado en los quehaceres del oficio y no tienen más que ponerse, etc.-, para el cual no sólo bastan los consejos, las explicaciones, la vigilancia y los propósitos sanitarios de la patrona; y tercero, porque con justa o injusta razón, voluntaria o involuntariamente, no realizan los procedimientos

adecuados, debido a la indignación, vergüenza y reafirmación de personalidad a que las obliga la intrusidad de la patrona.) A Ismael le ocurre lo mismo.

-¿También estás castigado?

Estamos en la sala de castigos del colegio. Afuera ruge la Alameda con la boca de un *carro* eléctrico. (Ya se habrán ido los vendedores ambulantes de calugas y también el buquecito manicero.) Son casi las seis de la tarde; la hora normal de salida es a las cuatro y media. Además han leído dos veces la lista de castigados y las dos veces he respondido: "¡Presente!" Pero uno tiene paciencia.

—Sí —respondo.

—¡Yo también! —murmura, Ismael, mientras hace mímica de leer en voz alta.

Miro hacia el pizarrón. Allí, en un elevado pupitre, permanece Guatimozín. Sus cortos brazos lo obligan a posar ambas manos regordetas sobre la barriga, a la cual le debe el sobrenombre. No se puede hablar. En eso consiste su misión: vigilar las bocas de los treinta castigados ("malacates consuetudinarios", según dice, cada vez que nombra a alguno de los que somos "habitués"). Prácticamente somos siempre los mismos ("cría fama y..." es la disculpa a nuestras protestas por lo injusto del castigo). Ismael no cae castigado jamás. No hace nada que esté prohibido. Y cuando llega a hacerlo, parece oriental por lo astuto... y por el color amarillento que le produce el pánico. ¡Es muy extraño que esté aquí! Fijo que trata de hacerlo notar para sentirse más hombre.

¿Por qué los pupitres serán tan duros? No costaría nada que les pusieran un cojín. Se llegan a dor-

mir las nalgas con la dureza de las tablas. Herencia de "la letra con sangre entra", del tiempo de mi abuelo. Ya no queda ni un solo huequito donde escribir algo en la cubierta. ¡Habría que raspar viejísimas iniciales de antiguos castigados y de sus pololas (porque el corazón se puede aprovechar perfectamente bien), para poner las de uno... Esta de aquí, por ejemplo, casi atraviesa la tabla. ¿Con qué cortaplumas la habrán hecho? Muy puntuda y recién afilada...

- —Mi hermana está de novia con un francés —susurra Ismael.
 - -Mmmm -respondo.
 - -El otro día los pillé besándose...
 - -¿Dónde? —lo interrumpo.

(Esto sí que me interesa. Claro que desde este año, no más. Porque el año pasado era distinto. Apenas salíamos a recreo, todo el curso corría a jugar al fútbol. O a las bolitas. O al trompo. Según cual fuera la estación. Ahora es diferente: a la salida de clase muy pocos corren. La mayoría nos quedamos cerca de la puerta, conversando en pequeños grupos. Y en voz muy baja. Igual que los grandes del segundo ciclo. Además resulta muy aburrido jugar siempre a los mismos juegos... habiendo tantas cosas que hablar. ¡Como, por ejemplo, de las niñas de las Monjas Inglesas, que salen a la misma hora que nosotros! Es cuestión de trotar unas pocas cuadras Alameda arriba y uno alcanza a tomar micro con montones de ellas...; Pensar que hace como dos semanas que no puedo hacer eso por culpa de los castigos!)

^{-¿}Dónde? -insisto.

^{-¿}Dónde qué? - pregunta Ismael.

^{-¡}Dónde los pillaste besándose, pues!

—¡Ah!... En el pasillo del porche... —pronuncia "porche" de manera ridícula.

Silencio.

-Los acusé a mi mamá -insiste.

—¡Maricón!... ¡Eres un maricón, Ismael! —le grito.

Se pone colorado v se muerde los labios. Rabia v arrepentimiento por haberme hecho una confidencia. (No me gustan las confidencias. Nos hacen cómplices de algo lejano y, más encima, nos atan a las opiniones del confidente, porque uno no sabe sino lo que le conviene decir al tipo. Especialmente cuando quiere que aprobemos sus actos.) Es mejor que siga levendo "Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino", que escondo debajo de mi libro de latín. Ya me cansé de Salgari. Ahora es Julio Verne el que me apasiona. El sistema para leerlo es infalible: hasta la primera mitad de la página, corro el texto de estudio para abajo; en la mitad inferior de la página, subo el libro de latín. De pasada, leo una declinación: "Félix-félicisfélici-félicem félix-félix félix-félici" (todavía no me la aprendo bien).

—¡Es pecado besarse, para que sepas! —Ismael alza un poco la voz.

No respondo. Quiero leer. (¡Por Dios que tengo helados los pies!) ¿Qué me dirán en la casa por el nuevo castigo de hoy? Ayer:

—¡Ultima vez que acepto que se quede castigado, joven! ¿Me oye?

-Sí, papá.

Tampoco he hecho la tarea de matemáticas.

-¡Un uno! -dirá Monsieur Le Fort.

¡Total: otro más! A estas alturas, ya da lo mismo.
—¡Y todavía el flojo quiere ser ingeniero! ¡De-

díquese a la agricultura, mejor! Por lo menos sabe contar con los dedos; así podrá controlar los sacos

de papas.

—¡Sí, señor..., y si tengo dificultades cuando se produzcan más de veinte sacos de papas, me encantaría pagarle para que usted siga la cuenta con su sistema matemático...

(Risas de todo el curso.)

—¡Fuera, caramba! ¡Váyase a la oficina del Padre Ministro! —grita.

(Más risas de todo el curso.)

El Padre Timoleón me exige una explicación en francés. Que resulta peor y "muy insolente"... "et très bizarre, aussi, monsieur!"

¡Por eso estamos aquí! Y durante una semana completa. (Me pica el cuello. Casi no se puede leer ya. ¿Por qué no encenderán la luz todavía? Guatimozín debe tener órdenes estrictas de ser económico.) Sensación desagradable en el estómago. Algo así como cosquillas por dentro. Cuando todo anda mal y me acuerdo, me pasa siempre lo mismo. No pensar en mañana... ¡Imposible!... Mañana es una especie de cuarto oscuro, lleno de cucarachas y mal olor y murciélagos y mugre al que tengo que entrar de todas maneras. Sé lo que hay adentro. Estoy seguro de ello. Sólo la esperanza de que alguien haya encendido la luz y barrido los bichos y la mugre -sin que yo lo haya visto hacerlo- me mantiene vivo. ¡Algo así como un milagro!... (Con la claridad los murciélagos huyen. No es pecado besarse. Siempre que uno esté pololeando, por supuesto... ¿Cómo harán los novios? ¿Qué pensarán los papás de la novia la noche del matrimonio? Deben odiar al novio.) Mañana. Tengo mañana en el estómago. Estas desesperaciones tienen su madriguera en el tubo digestivo. Pero yendo al baño no se soluciona nada...

-Si tú pillaras a tu hermana besándose, ¿te apuesto que la acusarías? -me vuelve a hablar Ismael.

-Es muy chica... ¡Y, además, no me meto en su

vida, para que sepas!

¿Acusaría a la Rosario si la pillara besándose?... En la boca; porque en la cara no tiene nada. Yo creo que...

¡PAAAFFF!

La mano abierta de Guatimozín cae con violencia sobre el libro de castigos. Ahora su dedo me apunta medio a medio de la cara. Permanece un rato inmóvil y luego se desplaza lentamente (lo sigo, casi hipnotizado) hasta Ismael. Allí vuelve a detenerse unos segundos... hasta que vuelve a mi cara. De inmediato inicia un balanceo rápido entre nuestros dos lugares. Apenas disminuye un poco la velocidad de la puntería, mientras nos grita:

-: Ustedes dos! ... ¡Sí, ustedes dos, los perlas:

se quedarán media hora más todavía!

La mano se detiene. Toma la lapicera y anota algo en la lista de castigados...; No se le va una! Nos pilló y por culpa de este imbécil. Ahora siento calor en la cara. Todo lo demás sigue frío. A pesar de que ya está totalmente oscura la calle, mis ojos se acostumbraron: veo bien.

Los gestos de Ismael son los mismos. Conversa a base de preguntas. Mal común de los santiaguinos. A nadie le interesan las respuestas. Apenas uno comien-

za a responder, le hacen otra pregunta (que no tiene nada que ver ni con la anterior ni tampoco con lo que estamos diciendo). Entonces detenemos la explicación y antes de encontrar las razones para la segunda respuesta, viene una tercera pregunta (también independiente de las dos anteriores). Y así sucesivamente. Incomunicación total. Hoy, por excepción, la gente dialoga en voz baja. Especialmente si están muy cerca de alguna sepultura. (No se trata de respeto por los muertos, sino de una especie de miedo a que éstos escuchen.) Es el momento de exhibir el repudio unánime por "la desgracia tan inesperada, pues, hombre". Sin embargo, apenas termine todo esto, y vuelvan a reunirse en otros sitios, lo único que los hará entretenerse -alterando su perenne aburrimientoserá la narración de detalles morbosos y falsos. O la invención (o repetición aún más distorsionada) de "antecedentes confidenciales -les ruego no vayan a salir de ustedes- que supe por ella misma, ¡la pobre! Una vez Isabel me dijo que ... " "¡Hombre, si yo lo sospeché siempre!" Y si vuelven a encontrarse, dentro de poco, no vacilarán en repetir "las confidencias", aunque los papeles se hayan invertido. Y el propio mentiroso original escuchará placenteramente lo que diga su interlocutor, olvidando o queriendo olvidar su paternidad respecto de la especie...

A ratos, olvido la pena. Mi propia pena. Es sólo por algunos instantes. Y cuando vuelve, es peor; más intensa. Se clava en todas y cada una de mis vísceras simultáneamente. ¡No hay nada peor que una pena cierta ante la cual somos impotentes para justificarla! (Ni ahora ni en pretérito.) Pero más grave aún es sentirse protagonista de una culpa imposible de precisar. ¡Tanto que queda todavía! Tanto tiempo... Ha pasado lo peor y, sin embargo, resta lo peor. Porque

lo de ahora son los efectos del primer golpe... Ni

siquiera tengo perspectiva.

La gente ha comenzado a salir de la capilla, desplazándose con incertidumbre. (Los ojos me pican demasiado. Motivos sobran.) Es ridículo que la esperanza de un milagro no me abandone. ¡Es estúpido, pero no puedo evitarlo! ¿Por qué no podría ocurrir lo sobrenatural? Muy fácil, si se tratase de una pesadilla. No ocurre eso, porque la realidad no se parece al sueño. Es peor ¡e interminable! Lo real no ofrece el regalo de un despertar. (De un despertar que sea mejor o que mitigue los horrores de la pesadilla.)

Avanzo con lentitud hacia los grupos reunidos en las afueras de la capilla. Se me une Marcos Rossler.

-¿Y Teresa? -pregunto.

-¡Hola! -responde.

—¿Dónde está Teresa? —insisto.
—Todavía no sale de misa —dice.

Tomamos una calle, doblando hacia la derecha. El silencio que se establece tiene por componente principal a la vergüenza. (Mutua, supongo.) Soy incapaz de decirle algo..., ¡cualquier cosa que ponga fin a esta marcha muda! A él debe ocurrirle otro tanto. No lo veía desde una semana antes del matrimonio. ¡Y pensar que creí que nunca más volvería a dirigirle la palabra! Pero desde que llegaron anoche, hemos conversado bastante. Aunque la sensación de desagrado no me abandona. (Es como si estuviese seguro de que sólo se ha suspendido nada más que por la ocasión...)

Nos detenemos para dejar paso a un grupo que rodea (sin dejar de avanzar apresurado) a un carro sobre el cual da tumbos de apagado ruido un pequenísimo ataúd blanco. Los escasos ramos de flores depositados sobre la urna brincan al unísono. Se trata

de un enjambre de niñitos casi harapientos -cuyo afán lúdicro no ha desaparecido ni con la proximidad de la muerte- que miran sin cesar hacia todas partes, desde sus grandes ojos de color oscuro. Corren en torno al carrito en marcha, agarrándose a ratos (v sólo como parte de su juego y asombro) de ese desteñido vehículo que transporta el cuerpo de uno de su hermanos. Tres adultos -un hombre y dos mujeres-comparten la triste marcha que ha obligado a la madre a vestirse de riguroso negro (con prendas cuvo tamaño resalta hasta la caricatura la delgadez de sus carnes), con enérgicas recomendaciones, sin que logren la quietud o la parsimonia en los niños. Hay algo profundamente solemne en los rasgos de la madre. Algo que es único y peculiar en las mujeres chilenas que han conocido la maternidad: en sus caras puede leerse -como en un texto abierto- toda la historia del Hombre. ¡Es tan trágico, tan verdaderamente trágico, que hace imposible no distinguir la más pura dignidad reflejada en sus semblantes! Son los únicos seres que dialogan cotidianamente con el sufrimiento y la muerte... En cualquier ocasión. Esta mujer se parece a la Teche...

* * *

—Estaba leyendo rezos arriba de una piedra y vino la ola. Quince metros de altura tendría la piedra, dicen. Es malo darle la espalda al mar, dicen. De espalda estaba rezando... y todavía no aparece. A ella es la que andan buscando, de seguro —murmura la Teche.

Me está sirviendo el almuerzo. Afuera llueve imprecisamente. Durante toda la mañana, una minúscula goleta ha recorrido el espacio de mar que enmarca mi ventana. Antes de ayer se ahogó una monja en Punta de Tralca.

-¿Y en eso andan, entonces, Teche?

—Buscándola andan... ¡Ya no aparece! Nada sacan con dar güeltas y regüeltas. En diez días más, cuando se le revienta la hiel al cristiano, salen solitos parriba. ¡Chis, pero hoy día renunca la van a hallar! Perdone la ensalada, pero no hallé lechugas muchas... Si no le gusta, le hago ún güevo, ¡total!

—¡Está rica la ensalada, Teche! Y, a propósito, ¿sabes en qué andaría la monjita esa? ¡A lo mejor

se estaba bañando cuando vino la ola!

Se pone colorada. Agacha la cabeza y al mismo tiempo comienza a retorcer una punta del delantal. Sin cambiar de actitud, me habla:

-No se bañan nada las monjas, señor.

No puedo evitar las carcajadas. Levanta un poco las cejas y me observa abiertamente. Cuando advierte que el motivo de mi risa no se relaciona con ella, me hace unos gestos para recordarme —de manera silenciosa pero elocuente— que Isabel aún duerme y podría despertarse con mi estrépito. Vuelve a bajar sus ojos y murmura:

-¡Al cielo se ha ido la pobrecita!

Su tono implica una solicitud de perdón divino para mi irreverencia, más que una afirmación factual.

Entonces no la encontrarán nunca, pues, Teche
 bromeo.

Desconozco el efecto de mis palabras, porque se va hacia la cocina antes de que termine mi frase. Estoy solo. Y deprimido... Algunos días más tarde—al día siguiente de la partida de Isabel—, mientras contemplo la infinita variedad de las llamas siempre iguales, alguien irrumpe en la habitación. Es Pancho (el hijo menor de la Teche), a quien he mandado a

comprar cigarrillos. Extiendo mi brazo para alcanzar la cajetilla que me alarga y noto que su entrecortada respiración agita todo su cuerpo.

—¡Ni que estuvieras viejo, pues, Pancho! Te cansaste con una carrerita de tres cuadras —le digo.

—¡Hallaron la monja! ¡La hallaron! La que se ahogó en Punta de Tralca... ¡Enterita comida e tiurones icen questaba!... ¡Pedazos no más hallaron!...

La edad real de Pancho es nueve años. Sin embargo, su mímica y lenguaje oscilan —respecto de un mismo hecho— entre los cinco años y los setenta. Al verlo y escucharlo, debo esforzarme —sin excepciones— para adecuar mi pensamiento a su excéntrica vagancia por las edades que no le corresponden. En este preciso momento, tiene cincuenta años por la seriedad y energía de su cara.

—¡Cómo te voy creer, hombre! Si en esta época no hay tiburones ni cerca de la Isla Negra. ¡Hace mucho frío para ello! —digo.

—¡Síii! ¡Sí hay..., no le digo!... ¡Así, regrandes! —asegura.

Y para confirmar lo que dice extiende ambos brazos hasta casi descoyuntarse. (Ahora tiene seis años.)

—Será como dices. No te voy a discutir, menos tratándose de un hombre de mar como tú... ¿Ah? —digo muy serio.

Se pone colorado como tomate. De orgullo, por una parte; y de vergüenza, por la otra. (Porque ahora tiene treinta años.)

Después que le doy las gracias por los cigarrillos y le digo que vuelva donde la Teche, retorno a mi interrumpida contemplación del fuego. Desde las llamas parecen emerger —por breves instantes los ojos oscuros de la última mirada de Pancho, en la cual aparecieron sus exactos nueve años..., felices de guardarse el vuelto que le regalo con un gesto divertido.

* * *

Todos esos niñitos que siguen al ataúd blanco tienen los ojos iguales a Pancho. La madre estruja convulsivamente un pañuelo de colores, mientras camina (la cabeza muy agachada) en irregulares pasos. Observo a Marcos. Está a mi lado, limpiando con energía y meticulosidad sus anteojos. Ni ha desdoblado el pañuelo para realizar su mecánica tarea.

* * *

—¡Ya, pues! ¿Qué te dice Isabel en la carta?... ¿Dónde está ahora?

—Isabel está en Birmingham, Teresa —digo. —¡Qué maravilla!... ¿Y qué te dice? —insiste.

—Que doña Chabela (¡la vieja de mierda!) leyó mi última carta, que la pajarona de Isabel dejó botada y sin sobre en cualquier lugar de su pieza. Y fuera de eso, dice que lo está pasando *regio*.

—¡Iiih!... ¡No te puedo creer! ¿Y tú qué le decías a Isabel, pues? —pregunta con incontrolada cu-

riosidad.

El hecho de haber descubierto su desmedido interés me proporciona —de inmediato— la seguridad perdida momentos antes. Vuelvo a manejar la situación. Será muy bueno que simule una especie de distracción...

—¿Le decía cuándo? —digo.

—¡Lo que le decías en la carta que leyó la señora Chabela, pues!

—¡Ah!... No me acuerdo bien; pero si quieres, le puedo pedir a Isabel que les saque copia a sus cartas... y yo haré lo mismo con las mías. Luego te las enviamos por correo expreso y certificado y así te enteras de nuestra correspondencia. ¿Qué te parece? —le hablo con lentitud.

Teresa vuelve a sonreír. Entrecierra los ojos e inclina apenas la cabeza hacia su hombro derecho. Permanece algunos segundos así, inmóvil; luego, y en forma muy suave, empieza a levantar el hombro hasta tocar su oreja. Desde allí: la gran sonrisa. La interrumpe para hablarme y, junto con ello, deshacer toda la pose.

-¡Plomo!... ¡Para que sepas, no lo hago por in-

—¡Evidente, pues, mijita!... Aunque por desgracia uno la interpreta mal a usted. ¡Claro que la culpa es de uno por ser demasiado...!

—¡Ya, pues, déjate de tomarme el pelo... y de hacerte el tonto! —me interrumpe.

Nos miramos a los ojos. Ambos comenzamos a reír al mismo tiempo. Hasta que las miradas vuelven a encontrarse... (A encontrarse en ese lugar o en esa dimensión en que se produce un fenómeno cuyos resultados son sólo semejantes —en abstracto— a los concretos resultados de ese misterio que se llama: concepción, y que a la larga no es sino el efecto de esa causa cuyo origen se remonta a la peculiar mirada.) Mientras nos miramos, siento que algo comienza a sucederme. Es como un reblandecimiento interior. O como un orgasmo en el cual no intervienen ni nuestro cuerpo ni nuestra voluntad y al que nos abandonamos a sabiendas de que toda lucha es inútil. Se trata de una sensación en la que no existe ni el más leve problema de tipo religioso o moral; es decir, tenemos

conciencia total y apriorística de que es buena (a diferencia de esa otra sensación cuya tónica -sea cual sea el motivo, la justificación, el origen, la terapia, la conveniencia o inconveniencia de ella- está constituida por el pensamiento (también apriorístico) del "pecado" y a la cual el señor Freud und Co. le han dedicado los miles de páginas que inspiran los millones de páginas escritas por los que los han leído y los que no los han leído). Es una sensación semejante a una trenza (hecha por un ser invisible) con tres elementos tan disímiles como la alegría, el miedo y la vergüenza. Sin embargo, ensayo el inútil antídoto de no ser el primero en bajar los ojos. (Parece que Teresa hace lo mismo, porque el transcurso del tiempo sólo irrita mi conjuntiva, sin que logre que ella aparte su pupilas.) De pronto todo empieza a oscurecerse... Debo haber comenzado a ponerme ciego con el esfuerzo...; Qué lesera! Son las luces del teatro que se apagan paulatinamente.

La bulla desciende con igual ritmo. Desde la semipenumbra, me sigue llegando el brillo de sus ojos...

Aplausos.

¡La gran excusa! Simultáneamente nos volvemos hacia el escenario. Es preciso inclinarse por sobre la barandilla que nos protege del vacío, para presenciar en detalle la entrada de los músicos. Primero tocarán Brahms. Después, la versión orquestada de "Noche Transfigurada". Y, por último, lo otro. ¡Qué lástima que no le haya pedido un programa al acomodador! Bueno, ¡qué le vamos a hacer!... Me gusta más como música de cámara... Voy a echar de menos el texto poético..., supongo que estará en el programa...

—¿Teresa? —susurro.

^{-¿}Mmmm? -murmura.

—¿Sabes cómo le decía el Pelado Lehnér a la "Noche Transfigurada"?

-¿Quién es el Pelado Lehner? -pregunta.

—El profesor de piano que teníamos con Patricia Lastarria —digo.

-¡Ah!... ¿Y qué decía?

—A la "Noche Transfigurada" la llamaba: "el Tristán Maricón"...

-¿Y por qué?

—Porque el tema de "La Noche" es el mismo tema de "Tristán", pero invertido..., ¡o sea, al revés! —respondo.

Sonrie porque supone que tiene que hacerlo. Pero no le halló ni una gracia al cuento. ¡Yo no sé para qué se lo habré dicho, a sabiendas de que no iba a captarlo! (Lo he hecho impulsado por la estúpida e irreprimible manía de mantener su atención en mí, a costa de imbecilidades que a la larga son contraproducentes. Como ésta, por ejemplo.) Marcos me da un codazo. Lo miro. Sonríe detrás de su anteojos para darme a entender que escuchó el cuento y que lo encuentra divertido. Vuelvo a sacar mi cabeza por entre la barrera metálica y contemplo a la gente de platea. No se distingue a nadie. Lo único que se ve son los programas abiertos sobre las faldas. ("Maybe we are at the concert because we think we ought to be here". Es lo mejor de Shaw. Y quizás tiene toda la razón.) Debería decírselo a Teresa. No me atrevo, por culpa del gusto desagradable que siento en la boca. ¡Sería espantoso que mi aliento se contagiara con ese sabor peculiar! Siempre me pasa lo mismo en los teatros. Y no es nada más que por respirar apurado en la calle: se me seca la boca y más encima me trago toda la mugre de los tubos de escape de cuanta micro y auto circulan por Santiago...

—¡Mira! ¡Mira, qué gordito es el del *cello*! —dice Teresa, señalándolo.

-¡De veras! -susurro, pegando mi boca a su ore-

ja.

Su perfume suave parece salir desde adentro de la piel. Mis labios han rozado, levemente, el contorno de su oreja. Mi nariz cosquillea aún por el contacto con algunos pelitos suaves. Me estremezco. ¡Por suerte la luz ya está apagada; de lo contrario, vería mi enrojecimiento!

Los músicos afinan sus instrumentos. (Esa búsqueda afanosa y desordenada de una nota única —el "La absoluto"—, otorgada primero por el oboe y luego por el violín concertino, es como una misma sinfonía aparentemente igual, no obstante siempre nueva y sobrecogedora como el introito a una misteriosa ce-

remonia religiosa...)

Ahora, silencio total. (Interrumpido por carrasperas del público, que se propagan en cadena y en oleadas cuyo crescendo llega a estridentes tutti, para decrecer hasta el borde del silencio y sin lograrlo, porque uno o dos "solistas" diseminados en el ámbito del teatro vuelven a emitir las carrasperas, arrastrando a todos los demás al crescendo ya resuelto... y así sucesivamente...) Contraste con el mutismo de los instrumentos.

—¿Me vas a contar lo que te dice Isabel en la carta? —murmura Teresa, pegando sus labios a mi oreja.

Los efectos del contacto de sus labios y del aire lleno de su pregunta, con todo el costado de mi cara próximo a ella, determinan un estremecimiento que va más allá del placer físico... Y aún bajo esos efectos, giro mi cabeza y me aproximo a su oído, para responderle. Pero el súbito silencio seguido de aplau-

49

sos por la entrada del director me obliga a detenerme. Y a transformar en movimiento afirmativo mudo y distante esa respuesta que deseaba confundir con caricia. Ambos nos inclinamos hacia el escenario. El director levanta la batuta.

Surge el tema coral de Haydn. Solemne. Puro. Levemente texturado por la orquestación. La tabla suelta que cruje en la galería de enfrente no puede competir con las maderas y las tripas y los metales que vibran varios metros más abajo. (Sensación: ganas de cantar y de bailar y de gritar y de abrazar a todo el mundo: pero sin perderme ni una sola nota.) Vuelve a repetirse el tema. Y cuando apenas ha terminado, irrumpe Brahms. Llega a borbotones, como si alguien entrase corriendo desalado en un salón repleto de seres pulcros y circunspectos. Y entonces, ese alguien -dándose cuenta de lo insólito de su conducta- se controla e inicia la serie de fórmulas rituales (olvidadas en su primera agitación) y que también implican la disculpa y la vergüenza. Se integra plenamente a la etiqueta común. Pero eso es sólo externo. Es lo que se ve porque él lo muestra. Y tal como irrumpe el monólogo interior de un personaje faulkneriano (no como esos "apartes" dramáticos que hacen los personajes de Shakespeare) comienza a alejarse del estrecho molde obligatorio y a vagar por su auténtico y torturado mundo interior. Aparece Brahms. Ese Brahms que no oculta en la música la torturada angustia que esconde en la vida cotidiana...

Me gustaría tocar a Teresa. La vaga sensación empieza a transformarse progresiva e irrevocablemente en una necesidad concreta. Imperiosa. Imposible de eludir porque proviene de la música. Presiento que a ella le ocurre lo mismo. Ni siquiera temo equivocarme al respecto. Nos rodea una atmósfera magnética, cuyo origen partió de aquella mirada y que ha terminado desarrollándose hasta la plenitud, debido a todo lo que ha ocurrido y está ocurriendo. (Mis manos traspiran. Se mojan hasta angustiarme. Y eso retarda la decisión de tomar las suyas. Mi pañuelo. Estrujarlo y retorcerlo hasta que absorba mi propia humedad... Después, cuando ya estén secas... ¡Es inútil!...)

* * *

Una mano pequeña se desliza sobre la cubierta de vidrio de la mesa. Una huella húmeda va señalando su recorrido. El vidrio está frío. Restriego dos o tres veces la palma en la solapa de mi "terno nuevo". Pero apenas siento que se ha secado, vuelvo a restregar el vidrio para borrar las huellas. Sin embargo, la humedad es tanta, que ya en el trayecto de la ropa al mueble la traspiración empieza a manar copiosa. Al contacto con el vidrio percibo la formación de una película resbaladiza que me permite deslizar los dedos con suavidad y agrado. Miro los sitios por los cuales ya he transitado. Y aparece el horror. Lo que ahora es un mapa de caprichosos contornos de mugre y barro, era -cuando llegamos aquí- la cubierta limpia y transparente de una mesa de centro. Levanto temerosamente la vista hacia mi madre. Está sentada enfrente de mí, compartiendo el amplio sillón de cuero con mi papá. Conversan en voz baja. Aún no descubren el asunto. Busco un pañuelo, para lo cual hurgueteo en todos mis bolsillos. Repito la búsqueda varias veces. Es inútil, porque no tengo ninguno, ni nada que lo sustituya. Los movimientos me delatan. Mi

mamá se vuelve hacia mí, distrayéndose subrepticiamente de la conversación.

-¿Qué busca, mijito? -dice.

—Un pañuelo, mamá —murmuro, con intención de ser escuchado sólo por ella.

Abre su cartera y me alarga un diminuto pañuelo blanco. Es de batista casi transparente y está recargado de bordados en relieve y de pequeños agujeritos. (Relación del perfume con las ocasiones en que ella abre su cartera para darme plata o entregarme — después de una desordenada y furiosa revoltura de todo lo insólito que anda trayendo allí adentro— las llaves de la despensa para que se las lleve a la Rosaura y ésta saque tal o cual cosa para la comida o le mande de vuelta, conmigo, un frasco u otra lesera.)

Froto mis manos con desesperación. La fragancia ha empezado a diluirse. Y el color está cambiando. Mientras observo estos hechos, siento que los ojos de mi papá están fijos en alguna parte de mi cuerpo. ¿En cuál? No sé, pero que me está mirando, es seguro. No me atrevo a levantar mucho la cabeza. Es mejor que disimule un poco.

¡Inútil!

Me habla y no me atrevo a mirarlo:

-¿Por qué tienes las manos traspiradas? -dice.

No sé qué responder. El sabe que mis manos están casi siempre así. Hemos hablado mil veces del asunto. Yo creía que después del examen médico del otro día, se quedaría contento con saber que eso me pasa por "mi excesivo temperamento nervioso". Pero parece que se le ha olvidado. O no le importa.

—¡Contésteme! ¿Por qué tiene traspiradas las manos?

-No sé, papá -digo.

—¡Cómo que no sabe! ¡No tiene por qué estar nervioso, caramba!

-Sí, papá -digo.

Durante el diálogo, mis manos se han humedecido aún más. El pañuelo de mi mamá se ha convertido en un trozo de género empapado y sin perfume. Lo miro un instante: está de color café y arrugado como un diminuto estropajo. Inservible para mis propósitos urgentes. Se lo devuelvo, disculpándome con la vista. Al tomarlo, frunce las cejas.

—¡Por Dios, pero si este niño tiene las manos empapadas! Préstele usted su pañuelo, mijito, por favor —dice.

Ahora siento que la traspiración corre por la palma de las manos. Las había cerrado inconscientemente, apretándolas hasta producirme dolor. Observo una gota que se desprende desde los pliegues formados por el dedo meñique encogido, y que cae al vacío. Miro al suelo. Con alivio, no logro distinguir ninguna mancha en la alfombra. Vuelvo a mirar hacia la mesa y compruebo que la humedad se ha evaporado. Ahora quedan sólo las manchas de barro seco. No hallo qué hacer para disimular. Lo único sería no mirar hacia la mesa, pienso. Levanto la cara y trato de contemplar la Alameda a través de la ventana. Pasa un carro haciendo rechinar sus frenos. Una micro que se detiene junto a la vereda intercepta la visión del carro. A pesar de la distancia y de los vidrios de la ventana se escucha la voz del chofer gritándoles a los pasajeros que se apuren. Mezcla los improperios con la indicación del itinerario. Esta visión es también interceptada: ahora se trata de una mano enorme que agita un pañuelo delante de mi vista. Tomo el pañuelo grande v blanco de mi padre. Sumerjo mis dedos en ese género fresco que comienza a absorber poco a poco la humedad. Mi alivio es efímero: se ha abierto la puerta de la salita de espera del colegio y por allí entra un cura alto y canoso, de sotana color marfil. Mi papá se levanta de inmediato, ordenándome con la vista que haga lo mismo. Después de saludar a mi mamá, que permanece sentada y sonriente, y de hacer varias reverencias inútiles y automáticas, alarga la mano a mí padre. Y luego a mí. Nos ruega que tomemos asiento. El lo hace en una silla que está junto a la mía. Sus palabras, con acento extranjero, se interrumpen, mira la mesa y, sonrojándose un poco, dice:

—¡Perdonen, por favor, pero como algunos mozos se encuentran de vacaciones! La haré limpiar en seguida...¡Perdón!

Yo sólo he atinado a apretar el pañuelo de mi papá con ambas manos. Siento que son los extremos de un inagotable surtidor de agua cuya llave está abierta para siempre y que nadie puede cerrar.

Además quedé matriculado en la primera preparatoria.

* * *

Ahora me pasa lo mismo. Es peor pensar en ello. (Visceras de árboles y de animales. Las fibras de unas ramas que se cargaban de hojas y frutos y las fibras de unos vientres que se hincharon con la muerte. Brahms con sus fibras en tensión, permanentemente a punto de romperse, y los ejecutantes con sus fibras templadas por el estudio y el talento, hacen lo demás.) Cuando empiece la próxima variación, le tomaré la mano a Teresa. Después le explico lo de la humedad. Faltan cuatro compases.

Un: atreverme, ¿qué pasará? Dos: no-tiene-nada-

de-particular. Tres: ¡Quémeimportaisabel! Cuatro: un-yapapán.

Su mano me esperaba.

—Perdona, tengo las manos un poco húmedas — susurro en su oreja.

. Me mira sonriendo nerviosamente. La veo a pesar de la oscuridad.

—No importa, y además Patricia me había contado —dice junto a mi cara.

Nuestras manos tensas y con los dedos entrecruzados nos alejan de la música. Sé lo que ella está pensando: ¡Si se lo dirá a Isabel en una carta o no!

Sólo para aplaudir nos separamos.

Hemos salido a la calle durante el entreacto. Doblamos por Agustinas hacia Mac-Iver. Nuestros pasos resuenan sobre el pavimento mojado por la neblina. Caminamos en silencio y sin rumbo. El único contacto con la realidad inmediata y exterior se produce a través de trozos aislados de conversación de los oficinistas que vuelven apresurados a sus casas. Y de los gritos de un suplementero:

—"¡La Segunda", "El Debate" y "La Ultima Hooo"!

Miro a Teresa sin hacer gestos de ninguna índole. Tomo su brazo.

-¿Qué te dice Isabel en su carta? -pregunta.

Ahora el tono es distinto. La intención también es diferente. No se preocupa de disimularlo. Era inevitable su pregunta. Isabel no me dice nada en su carta. Apenas las recomendaciones para que yo no le diga nada en las mías: "porque a mi mamá le ha dado por leerme la correspondencia". También un poco de información de "Baedecker" sobre Inglaterra. Y que me comprará una bufanda escocesa en Glasgow, si le al-

canza la plata. (Yo creía que ahí sólo fabricaban whisky.) No me dice nada más.

-¿Teresa?

-¿Síii?

- —¡Créeme!: Isabel no me dice nada concreto en su carta..., bueno, aparte de lo de doña Chabela (lo de las cartas) y nada más... Salvo que conoció a un señor belga que las ha seguido por toda Inglaterra...
 - —¿De veras? —parece interesada súbitamente.

-¡Mmm! -murmuro.

—¡Mmm! —me imita.

Sonreímos. Me vuelvo hacia ella y la detengo por los codos.

-¡Teresa!...

—¿Qué? —me interrumpe.

—No volvamos al concierto. Vamos a tomar un café por ahí —digo atropelladamente.

Sí con los ojos. Hemos dejado atrás la fuente donde juguetean unos niñitos de bronce casi resplandecientes por la niebla que ha comenzado a levantarse.

En la esquina del Instituto Chileno-Francés nos encontramos con Isidoro Necochea. Responde a nuestros saludos sin demostrar ninguna sorpresa que retribuya el asombro que le demostramos.

-¿Pero que no estabas en el concierto? -digo.

-¿Y tu mamá? -agrega Teresa.

- —Salí un rato. Me gustan las calles a esta hora... Mi mamá se quedó en el teatro; vuelvo luego. ¿Ustedes estaban en el concierto también?
 - -¡Sí, te vimos desde galería! -dice Teresa.

—¿Que no les gusta Schönberg? —pregunta.

—¡Síii!... Es decir..., no —digo atropelladamente.

Se establece un silencio que termina con la des-

pedida. Isidoro se ha quedado en el mismo sitio donde lo encontramos. Obligo a Teresa a apurar el paso.

-¿Quién era el fulano de los asientos?

-¿Qué asientos?

-El que nos guardaba asiento, pues.

—¡Ah! Marcos Rossler; un compañero de la Universidad —respondo.

-¿Judío?

—A lo mejor... No estoy seguro —miento (sé perfectamente que Marcos es judío).

—¡Puf! —exclama, junto con hacer un gesto de asco con la cara.

Su mueca es un leve —aunque profundo— obstáculo en la armonía que compartimos. La observo con detención. Su perfil es perfecto. Constatar eso es suficiente para que olvide la disonancia. Todo es como antes de su exclamación.

—¿Y qué te decía?

—¿Quién, Teresa?

-¡El tipo ese, pues; el de los asientos!

—Cuestiones de política... Hay una reunión en la Federación de Estudiantes, y tengo que ir. ¡Por desgracia, soy delegado de mi escuela!

—¡Qué lata! Desde que ustedes entraron a la Universidad no hacen otra cosa que hablar de política. ¡Hasta Mael conversa de lo mismo!... ¡Se metió a la Falange porque don Ladislao le dijo que los conservadores iban desapareciendo y que de aquí a diez años más ya ni existirían! ¡Qué monada es el papá de la Patricia!... ¿No es cierto? ¡Tan moderno para sus cosas!

¡Qué moderno ni qué moderno! Vivo. Por eso tiene tanta plata. Por supuesto que es muy simpático. Especialmente cuando se ríe de la "mamá de estos niños que salieron a ella en lo fijados y no a mí, que soy un hereje, pues, hombre".

—¿Dónde vamos a tomar el café, Teresa?

-Usted me invitó; usted sabrá, pues -dice.

Tomo su mano y en silencio la conduzco hacia el cerro Santa Lucía.

* * *

—Mira el pañuelo de esa pobre mujer —me dice Marcos.

-Eso mismo estaba mirando -respondo.

El grupo que sigue al pequeño ataúd dobla por una calle lateral y desaparece. Nos hemos quedado atrás con Marcos. Avanzamos hasta la tumba de Pedro Aguirre Cerda. Alejandro nos saluda con un gesto de su mano. Está con Lucho Oyarzún y una especie de "doble" turnio. Raphaín Dagoni observa nerviosamente la hora. Lo saludo cerrando los dos ojos. Responde con una inclinación de cabeza cuya ceremoniosidad me hace reprimir una sonrisa. Albert Hardford lo toma de un brazo y le dice algo que lo obliga a abandonar el grupo y dirigirse de vuelta a la capilla, según parece.

Toda esta gente con cara trágica me hace mal. Mi cara no debe ser diferente tampoco. ¡Isabel! Tantos años. ¡Por Dios que hace tiempo! Todo esto es tan absurdo y tan cierto a la vez. Ahora me doy cuenta de que era tan posible. Aquí están los resultados. Yo también estoy detenido en un dolor cotidiano que ahora se ha agrandado hasta lo increíble. No ser nunca más lo que estamos siendo: inevitable pozo. Todo lo triste es ineludible. La pena sólo es mutable en pena. De sólo algunos hechos somos capaces de enterarnos: alguien sufre; quiere compañía; el ins-

tante de tender la mano ha llegado. Extendemos la mano. ¿Para dar o recibir? Ni siquiera hay perspectiva para la soledad del prójimo.

Me arrastro lentamente tras el carro. Contemplo sin pasión los pastelones de esta avenida. El musgo y el cemento hace muchos años que coexisten. Marcha automática. El estómago está para demasiados menesteres. Película pastosa en la boca. Revolver la lengua en ella. No podría hablar aunque lo deseara con vehemencia. Alguien me toma del brazo. Es Jorge. Trato de sonreírle. Avanzamos con lentitud. Da algunos pasos más largos que los míos y se vuelve cuando me ha sobrepasado. Aclara la garganta. Su llanto de anoche está en todas sus facciones. No ha hecho nada para ocultarlo. Hace apenas veinte horas que demuestra físicamente su edad real. Hasta antes de aver representaba dieciocho años. Hoy, sus treinta y tantos se muestran en todos sus gestos. Asombroso. Y lógico, además.

-Ni me he cambiado ropa -se excusa.

Habrá creído que escrutaba su vestimenta. Muevo los hombros. Entenderá lo que quiero decirle. Aunque es probable que su disculpa no sea sino un complicado rodeo para gritarme lo otro... Es cierto que ha usado palabras. Sílabas unidas. Sonidos convencionales (en la forma y contenido). Convención. Consenso. Contrato de comunicación humana. Idiomas. Cada mono le impuso sus ruidos a su propia familia. Y a las familias vecinas (después de haberles golpeado la cabeza).

-Et alors? -le digo.

Sin quererlo he usado los sonidos de otros simios (algo evolucionados, es cierto). Porque los ruidos también se pueden aprender en libros. Poquísimos años para codificar los fonemas... (Los arquitectos

de la Vega de Shinar acordaron construir la Torre de Babel. Eso fue simple. Las máximas dificultades comenzaron cuando cayó el primer ladrillo. "¡Vaya, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y fueles el ladrillo en lugar de piedra y el betún en lugar de mezcla." Ya iban en el tercer piso; "porque dijeron: ¡Vamos, edifiquemos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue al cielo". Entonces, después de la caída del primer ladrillo, subió el capataz de la planta baja y preguntó: ¿Quién tiró el ladrillo? Respondieron en coro: No lo tiraron; se cayó por casualidad. ¡Tengan más cuidado para otra vez, hay un obrero herido! La familia del contuso no le dirige la palabra al distraído albañil. La familia del obrero torpe retribuye el silencio. "Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: he aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un lenguaje: y han comenzado a obrar y nada les retraerá ahora de lo que han pensado hacer". Mientras tanto, todos discuten. Desde los peones hasta los arquitectos. Opiniones divididas. Se abanderizan con los familiares del herido o con los del negligente. ¡Y quedan muchísimos pisos por construir todavía! "Ahora, pues, descendamos y confundamos alli sus lenguas, para que ninguno entienda el habla de su compañero." Hay millones de ladrillos disponibles. "Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad." Los sistemas cambian. Cesantía de intérpretes simultáneos cuando se reimponga un lenguaje común para lograr la Paz. Amén.)

—Hay cosas que son incomprensibles... Me he pasado la noche tratando de encontrar una explicación... O un consuelo. ¡Pero nada! ¿Tú crees que es justo lo que ha ocurrido? ¿Ah? ¿Crees? —dice.

Suspira. Cumple dos funciones con ello: una emocional y la otra respiratoria. Agotó todo el aire de sus pulmones con la rapidez del diálogo. Repite el suspiro. Su pena es inmensa. Es un hecho que conozco ciertamente. Sin embargo, no podré saber jamás cómo es su pena. A qué huele. Qué partes de su organismo hiere más. Ignoraré para siempre la forma en que huye de ella. O trata de huir. Apenas -en algún tiempo más— podré notar lo que ha muerto en la alegría de Jorge. Porque en la historia de mis minutos ocupa el Siglo de Oro, el tiempo de lo que quiero olvidar por ahora. Pienso en el humor como algo imposible e inadecuado. Sin embargo, sé que la tristeza es siniestra y debo huir de ella. No hay sitio donde refugiarse. ¿Dónde comenzará la risa? Ni en la boca ni en la garganta. Ni siquiera en los ojos. (En ese sitio habría que herir al enemigo.) Quizás sea el mismo lugar de la tristeza. Cada imagen del presente tuvo su origen en el pasado: ahora me ocurre que estoy frente a un espejo que sólo refleja su metálica profundidad (silencio mercurial). La oportunidad para ver lo que ocurriría se presentó mil veces...

* * *

—Te pasaremos a buscar a las ocho —dijo Patricia.

Ya son casi las nueve. Debería haberle dicho que no quiero ir. Me aburren. Hace tanto que no puedo estar solo. Las únicas oportunidades son éstas; mientras espero. Muy cortas y angustiantes. Una especie de soledad vertiginosa; aerodinámica.

—¿Patricia? ¿Te acuerdas de las poesías que te escribía en las piernas?

-Su tinta era difícil de borrar, lindo -responde.

—Era Parker —digo.

-Para qué más, pues -replica.

Ya ni siquiera conversamos de esas cosas. Además, la carne de sus muslos se ha soltado. ¿Cómo escribir en ellos?... ¿Y qué?...

Una bocina estridente interrumpe el silencio y la

oscuridad de mi cuarto. Son ellos. ¡Al fin!

La calle despoblándose de los últimos niños futuros futbolistas. La cabeza de Patricia emerge por la ventanilla de su citroneta. Basta una luz callejera para borrar varios millones de estrellas. Esta noche beberé vino sólo con la comida. ("No se dice beber, es muy siútico; se dice tomar." "Sí, papá.") Al acercarme se confunden los olores del pasto recién regado por la Nilde y el Dioríssimo de Patricia. ("¿Es cierto que mi cuello es Modigliani?")

—Los Echegoyen se irán contigo —dice a manera de saludo.

-¡Encantado! ¡Hola!

Se escuchan cinco "holas" desde el interior del auto. Se abre una puerta, baja Demetrio. Mientras su mano casi golpea la mía, la otra empuja el asiento delantero para que baje María Margarita. Mientras su mujer sale casi enrollada desde el interior, escucho la voz de Isabel:

—¿No es cierto que Jorge está elegantísimo con terno claro?

Trato de asomarme, pero me lo impide Isabel, que también desciende. Está muy pálida y sus movimientos son bruscos. Casi violentos. Sólo la voz —ronca como de costumbre— conserva la entonación suave. María Margarita permanece sonriendo en la vereda. (Ríe perpetuamente. Supongo que en la cama también reirá. "Tan inexistente, la pobre", decía Isabel durante su matrimonio. "Quizás sea el personaje de "Alice in Wonderland", linda, me refiero al de la risa, ¿te acuerdas?", agrega Teresa. "La risa abunda en la boca de los tontos", completa Patricia. "Hablaron las Tres Gracias", murmura Jorge. "¡Cállese la boca, el niñito insolente!", bromea Isabel.)

-¿Vamos? -pregunto.

Isabel se sienta junto a Patricia y me pide que cierre de un golpe la puerta de la citroneta. Permanezco de pie en la vereda, escoltado por Demetrio y su mujer. Me vuelvo hacia ellos.

-¿Vamos? -insisto.

-Vamos - responden a dúo.

—Síguenos —grita Patricia, a través de su ventanilla.

En mi auto.

Siento trozos de la pierna de María Margarita en mi pierna derecha. Es un poco huesuda, parece.

Sólo el ruido del motor. Silenciarlo con la radio.

-¿Qué es esto? - pregunta María Margarita.

-Bach -dice Demetrio.

Es Purcell, pero es mejor que me quede callado. Persigo dos luces rojas que corren cincuenta metros adelante.

—Las tetas de la hermana de Lastarria me cabrían enteras en la boca.

-¡Cállate, mierda, o te rompo la cara! -grito.

Demetrio se ha puesto pálido. Al ver su miedo, no resisto la ira: le doy una bofetada en la boca. (Llegaron a crujir los huesos de la muñeca.) La sangre comienza a salir por entre los dedos con que la ha tapado casi automáticamente. Agacha un poco la cabeza. Con lentitud. Lo observo. Sus ojos confunden el asombro con el miedo. Aprieto mi mano y le pego en el estómago esta vez. Cae abrazado a mis piernas y trata débilmente de botarme. Le doy un rodillazo para rechazarlo. Quiero escupirlo. Muchas manos me sujetan.

-¡Déjalo!...

-¡No ves que está en el suelo!

-¿Por qué no peleas conmigo?

-; Es un abusador!

Más gritos.

Forcejeo. Quiero seguir pegando. Las risas mezcladas con los gritos me sublevan hasta la ceguera.

Silencio súbito.

Una sotana me toma por el cuello. Me remece.

-¿Por qué le pegó a Echegoyen?

No sé qué responder. Quiero verme libre de esa mano seca y con olor a desinfectante. (Las manos del Padre Ministro huelen siempre a desinfectante.)

-¡Suélteme, cura sucio! -grito.

Se abre la mano y mi cuello queda libre. Aparecen las caras asombradas de mis compañeros. Y la figura de Demetrio encogido y sangrando. Observo con ira al Padre Timoleón, que permanece de pie frente a mí. Pálido. Tiembla de ira.

—Le pegué por asqueroso...; Por asqueroso!... Le pegué porque..., porque me insultó —miento, por último.

No puedo acusar a Echegoyen aunque me reviente.

—¡Qué ha dicho, mon Dieu! Váyase a mi oficina inmediatamente. Allez vite! ¡Ohhh! Sapristi! Dépêchezvous, monsieur!

-Es un abusador...

Me vuelvo para estar seguro de que la voz corresponde a la cara. Ismael baja la vista avergonzado. Detengo mi trote y me acerco.

—¡Quédate callado mejor, Ismael, si no quieres pasarlo mal! El que debiera haberle pegado a Echego-

yen eres tú...

No me echaron del colegio. Después de una reunión del Padre Timoleón con mi papá (que duró una hora), decidieron suspenderme de clases por una semana. No dije por qué le había pegado a Demetrio. ("Explicaciones oscurísimas que agravan su falta, joven.") Después me di cuenta de que era mejor guardar silencio. Diez varillazos en las manos se pueden resistir, aunque se mojen los ojos.

—¿Te acuerdas cuando peliamos en el colegio,

Demetrio?

-¿Y quién ganó? -pregunta.

-Empatamos.

Silencio. (Coincide con el fin de la "Música para el Funeral de la Reina María", de Purcell.) Corto la radio antes de que el locutor hable.

-¿Quién era? - pregunta María Margarita.

—Bach —digo.

La verdad es que los senos de Patricia caben en la boca.

* * *

La mano izquierda de Patricia arregla un tirante de su ropa interior. (Supongo que me sorprendió mirando su escote.) De paso, se acaricia el nacimiento de su axila depilada minuciosamente. Debe dolerles. Pero de otro modo es asqueroso.

-¿No es cierto que es graciosísimo? -dice.

-¿Y tú qué le dijiste? -pregunto.

Vuelven las carcajadas. Aparece mi mueca distraída. (Es bueno fabricarse un gesto. Las mujeres se preocupan de su ropa antes de una fiesta: ¿por qué uno no puede preocuparse de lucir un gesto diferente cada vez? En eso consiste la frivolidad. Y si el gesto es muy cargante, se llama tontera grave. La mía será frivolidad.)

Rechazar el trago.

—¿Qué crees tú que le dije? —pregunta Patricia.

-La pesadez más grande que encontraste a ma-

no —respondo.

—A usted no más le he aprendido, pues, lindo... Arréglese la corbata... ¡Qué horrible! ¿De dónde la sacaste?

-Se la compré a un charlatán en la Alameda,

creyendo que era una culebra -digo.

—Me lo imaginaba... Bueno, le dije... (A propósito, ¿te acuerdas la vez que fuimos a la Quinta Normal y nos acercamos a mirar a un charlatán?)

—Claro, te acercaste por entre los curiosos y cuando estabas al lado del charlatán viste la enorme culebra que tenía enrollada en el cogote, y gritaste: "¡Mierda, una culebra!" Y saliste corriendo.

-¿Y te acuerdas que el tipo me gritó indignado:

"No haga alharaca, señorita"?

Risas.

—¿Bueno, sabes lo que le dije a la Rosario?... Le dije...—se interrumpe y sonríe—, ¡hola, Roberto!... Le dije a la Rosario: "Tu vestido es una maravilla; *le dernier cri*; el otro día vi dos *iguales iguales* en Ahumada..."

Río de veras. (Fin de la mueca.) Mi hermana Rosario se lo merece. Parece que he engordado un poco. Sería bueno volver a hacer un poco de equitación.

-¿Y cómo era el vestido? -pregunta Isabel.

—No muy ajustado... Ni muy corto. Escotadito, pero no mucho. Con unos plieguecitos aquí...

-¡Ah, sí, claro, bien lindo! -interrumpe María

Margarita.

Como todos los vestidos. Al menos por esos datos. Pero ellas saben siempre. Les bastan esos estúpidos diminutivos. Pero cuando uno les explica otras cosas detalladamente, no entienden jamás. Tengo hambre. ¿Dónde andará el tipo con los sandwiches?

-¿Por qué no vamos al polo mañana? -digo.

—Depende de la hora —dice Patricia.

-No muy temprano -agrega Isabel.

—Después de las once y media —digo.

—Y con dos mujeres el perla, ¿ah? —dice Roberto.

Qué desagradable es. Y poco atinado. Y sucio. Grasiento. ("Su papá tiene una fábrica de grasas en la calle Franklin", dice Teresa.)

—¡Tan radical que eres para los chistes, Roberto!

Isabel es tremenda. El tipo comienza a traspirar, a pesar de su sonrisa. La vergüenza da calor. Pero la verdad es que hace mucho calor aquí adentro. Me ahogo. Salir al jardín. Quiero ir solo.

Camino por entre la bulla. Todo el mundo es histérico. La gente se invita para sentirse más desgraciada. Siempre elijo los grupos donde, por lo menos, no se hablan imbecilidades oficiales. Para todos los gustos. Irme al jardín.

-Con permiso.

Y aún falta gente por llegar. Saludar al imbécil que me hace una venia. ¿Cómo se llama? Esperar a que su mujer se vuelva para saludarla también. La sonrisa de ángel casto le vendrá bien. Visten de oscuro. Uniforme matrimonial para cocteles semielegantes. La tía Rita habrá hecho su vestido. ("La Cocó

Chanel santiaguina, pues, niña. ¡Pobre Rita, si no de qué vive, también! Haber botado la plata con las acciones Cholguán, pues, niña. Ese fue un negociado de los radicales." "¡Rosario, si fue con las postergaciones y la culpa la tiene Alessandri, y yo que voté por él, niña!" "¡Ah, de veras, le pasó por usurera entonces, porque ésos son negocios de judíos! Y ahora de costurera, la pobre, porque no me vas a decir... ¡Claro que cose harto bien y pide barato; este vestidito, a propósito, me lo hizo ella, la pobre!" "¡Mira, para que veas que es única!") Seguramente el vestido se lo hizo donde la tía Rita, o donde otra viejuja que esté en la misma situación que la tía Rita. El terno de él hiede a ropa hecha; sin embargo, está podrido en plata. Economiza para tener más. Unica forma de economizar: tener dinero. El que tiene poco no alcanza a guardar; el que no tiene nada es el que gasta. ("Las cosas están cada día más malas." "Y estarán peores, hombre, si sale Allende." "¿Saldrá?" "Goyo Amunátegui me dijo el domingo en el Club Hípico que es seguro que sale...")

¡Qué lata! Por suerte ya estoy en el jardín. Noche clara. Acercarme a la paulonia. Me gustaría tener un trozo de rama seca para agujerear. Mis manos se llenarían de su olor mucre y ácido, no obstante agradable. Casi nunca me faltaba un trozo que agujerear durante las clases de preparatorias. En ese entonces ya era una especie de neurótico. Tenía tan mala letra. ("No se le vaya a ocurrir ser cirujano", dice el profesor de caligrafía. "No, señor.")

La noche. Cada noche ha sido un conjunto de esperanzas. Noche. Su espera es tan difícil. Pero ya estoy en ella. ¿Qué cambia? Nada. Sólo que me gusta.

—"Los suizos inventaron un reloj de queso. Sirve para almorzar mientras uno espera. Un día..."

Desde esa vez.

—"¡Cuéntame otro cuento! ¡Cualquiera! ¡Cuéntame otro cuento!"

Era tan tierna. Y yo no podía imaginar más cuentos. Entonces le mostraba las Tres Marías. A veces encontrábamos la Cruz del Sur —costaba tanto dar con ella—. Patricia reconocía siempre a Cástor y Pólux.

-"Cuéntame otro cuento, cualquiera...

-"Los suizos inventaron un reloj de viento. Sirve

para ventilarse mientras uno espera. Un dia..."

El ruido de la fiesta me llega con el incipiente frío. Debo volver. Una sola vez se puede tener catorce años. Después es imposible imaginar cuentos para una mujer en medio de la semioscuridad. Menos para Patricia, que ha cambiado tanto.

Isabel me hace señas desde la terraza. Respon-

derle con la mano.

-¿Dónde te habías metido? -grita.

Me acerco.

—Vine a hacer *pichí* porque el baño estaba ocupado —digo.

-¡Tonto!... Y mentiroso -agrega.

Reimos.

Hay un resortito, un pequeño mecanismo irreemplazable que está roto. ¿Qué será? Además está vieja. Ya no es lo mismo. Ha sido siempre tensa. Ahora parece un arco próximo a cortar la cuerda o a quebrarse. ¡Qué extraña se ha vuelto Isabel! Se ha cortado el pelo medio a la garçonne. Demasiado corto. Y es como si de pronto todo el rubio clarísimo que tenía se hubiese vuelto castaño. Y no se tiñe el pelo. Tomo su brazo. Se estremece de tal manera que la interpretación es ambigua. O le gustó mucho o le desagradó profundamente el contacto con mi piel. Se vuelve para decirme algo. Pero se muerde los labios.

-¿Qué? —le digo.

-¡Nooo!... Nada...

Si no fuera por el olor a muchedumbre, me gustaría el calor del salón.

-¡Cierra la puerta, por favor! -grita alguien.

Cerrarla, manteniendo una amplia sonrisa de hombre galante.

—Gracias —insiste.

Una venia.

* * *

-Fíjate que ayer estuve en el Ministerio de Hacienda por un asunto de mi papá -dice Ismael.

—¡Ah, síii! —dice Isabel, sin demostrar la burla. El único que la nota es el propio Ismael.

- —¡Espérate, Chabela!; en el Ministerio me encontré con Recaredo Silva. Está de lo más importante. Tiene dos secretarias y varios enanos que entran y salen y dicen: "Sí, don Recaredo; no, don Recaredo; muy bien, don Recaredo". "¡Que venga la secretaria, mijo!" "¿Cuál, don Recaredo?" "La Luisa, mijo; que Angélica termine pronto el memo... El Ministro y yo tenemos una entrevista con don Jorge, ¡mire, mijo!..." ¡Lo vieran: es un plato!
- —No te puedo creer —interrumpe María Margarita.
- —Créeme no más. Fíjense que cuando llegué había una cola como de veinte personas esperando. Le di mi tarjeta a una de las secretarias para que se la pasase a Recaredo. Y le dije: "Señorita, Recaredo me tiene citado a esta hora"...

Habla con el mismo tono de voz que el empleado con la secretaria. Parece sapo con cuello. En pocos años más tendrá los ojos tan capotudos como un batracio. (¡Ojalá se acerque el mozo con los canapés!)

—Recaredo salió feliz a buscarme —sigue diciendo—. "Estaba aburrido de atender rotos", me dijo; "quieren permisos para esto y para lo otro". Estábamos acordándonos de ti, Isabel, cuando asomó la cabeza por la puerta un tipo de lo más ordinario...

-¿Y qué decía Recaredo de mí, pues? -pregunta

Isabel.

-Nada -responde Ismael.

—¡Pero cómo no iba a decir algo, pues, Mael! — insiste.

—Dijo que cada día estabas más estupenda —digo.

-¡Tonto, tú no estabas ahí!

—¡Eso..., eso mismo me estaba diciendo! ¡Eso mismo! —tartamudea Ismael.

—¡Ah, síii! —exclama Jorge desde un sillón situado a tres metros del grupo.

—Sí... Bueno..., este, entonces el tipo le dijo: "Señor Silva, o me atienden o qué; esto es un desorden; no se respeta la cola..." "¿Qué cola, oiga? —le dijo Recaredo—. ¿De qué cola me habla este individuo? —me preguntó a mí. Hubieran visto la cara del tipo. Recaredo se puso lívido y le dijo—: ¡Salga de esta oficina, oiga!..."

Prácticamente estoy seguro del fin de la historia. Mejor es no seguir escuchando. Observar rostros. El de Ismael consiste en una composición horizontal, desequilibrada por la indiferenciación entre la línea de la boca y sus ojos. Tres ojos. O tres bocas. Patricia, un poco apartada del grupo, apoya un hombro en el borde de la alta chimenea, desnivelando su cintura. Ella sí que compone. ¿Serán verdaderamente hermanos? A veces hay gestos en Patricia que son iguales a algu-

nas muecas de Ismael. Pero basta verse mucho con una persona para que ciertas actitudes se asemejen. Dicen que los enamorados terminan por parecerse. Yo sentí algunas veces que me reía como Teresa. Ya ni recuerdo su risa. ¡Era tiempo de olvidarla, por lo demás! A propósito, ¿cómo le estará yendo en Arica de esposa provinciana? Ahora es fácil. Pero dolió bastante. Hasta las esquinas en que solía esperarla me dolían. Y los lomos de los libros que leíamos juntos. Después fue pasando... Las adivinas ayudaron bastante. ¡Qué locura, Dios mío! Y toda esta gente que me hacía tan mal. Ahora ni siquiera me aburren. Era entretenido consultar adivinas. Un día de éstos voy a ir con Isabel a consultar a la vieja de la calle Reñaca.

—¿Qué te pasa que tienes esa cara? —es Patricia. Me sorprendo.

-¿Que no estabas en la chimenea? -digo.

-Claro que estaba, pero ¿qué te pasa? -insiste.

-Nada... No me pasa nada.

Detesto su curiosidad. Detesto el tono de compasión que toma su voz a veces. Es como si ofreciesen una piedad estúpida a cambio de su no participación. Porque son incapaces de sentir lo que no les atañe directa e inmediatamente. Juega con su diminuto collar (chico para acentuar la longitud del cuello). Perlas finas.

(—No hay perlas finas, ahora. Todas son cultivadas. Tu abuelita sí que tenía un collar de perlas finas.

-¿Y qué se hizo, mamá?

—Tu tía Amparo se quedó con él. Quizás qué lo habrá hecho.)

Si fueran perlas finas, sería de su abuelita. Parecido al que le regalé a Isabel.

-Cierra los ojos, Isabel.

-¿Para qué?

—Ciérralos y date vuelta.

Pongo el collar con torpeza. Me cuesta cerrar el broche. Mis dedos están húmedos y fríos.

-Abre los ojos, Isabel.

Agacha la cabeza. Toma el collar y se lo lleva a la boca. Muerde la perla más grande. La deja y muerde una pequeña.

-¡Oh, gracias, es de verdad!

Río a gritos. No entiende. Yo tampoco. Toda la ternura se ha transformado en ira. Quiero arrancarle el collar a tirones y arrojarlo a la calle. Sólo atino a apretar las manos.

—¡Es de verdad, lindo! ¡Gracias! ¿Por qué te ríes así?

¡Por qué río! Por la máquina de escribir que no compré en Nueva York por comprarle el collar, supongo. O porque me indigna la ordinariez. O porque no sé otra cosa que hacer. O para no quitárselo y pisarlo hasta que se haga polvo.

-¡Es de verdad, mierda! -le grito, dando un

portazo.

Me sigue.

—¿Pero qué le pasa? ¿Qué le pasa? ¿Por qué se va así? ¿Qué hice que no le gustó? —murmura detrás mío.

Es muy parecido. Mejor oriente. ¡Qué sé yo cómo distinguir el oriente! Pasar el dedo por las perlas. Tibias. Más tibias que la piel de Patricia, que rozo al pasar. ¿Qué habrá hecho el collar Isabel?

-¿Estás aburrido? - pregunta Patricia.

-¿Qué crees tú? -respondo.

—Eres tan raro..., y a propósito, tengo que hablar contigo, ¡urgente!, de un asunto de Isabel...

Antes que pueda responderle, me interrumpe una mano en mi espalda.

—¿Pasemos a la mesa, por favor? —dice Martita

Valdovinos.

—Gracias, Titi —digo.

Patricia le sonrie desinteresada. Nos quedamos un poco separados de los grupos que perezosamente se dirigen al comedor.

-¿Qué le pasa a Isabel? -digo.

—Después te digo...

Comenzamos a avanzar, casi empujados por la dueña de casa.

-¿Algo grave? - pregunto.

—¡No sé!... Realmente no sé. Después te explico —dice bajando la voz para que Isabel no la escuche. (Hemos llegado junto a ella al umbral del comedor.) Nos sonreímos los tres.

-¿Y Albert, cómo está? -le converso a Patricia.

—En el campo. Se quedó para que terminaran la cancha de polo. ¿Cuándo vas a ir al fundo con nosotros? Podrías jugar polo y...

—...Y tomarme toda la reserva de Errázuriz Panquehue, Cosecha 1940, que tiene tu papá —digo.

Mueve la cabeza. Ignoro su gesto, porque ya hemos llegado hasta la mesa. Estamos amontonados contra algunas sillas. Miro hacia la mesa: ¡toda la cuchillería y la porcelana Rosenthal! Me inclino al oído de Patricia:

Te apuesto que servirán dos platos cagones
 digo.

-¡Pelador! -susurra.

¡Qué gente más siútica! Y Albert es otro. Cancha de polo. En el mejor potrero, por supuesto. Diez cuadras menos de trigo. Veamos..., cuatrocientos sacos. ("El siglo pasado exportábamos cereales a Ca-

lifornia en barcos construidos en la boça del Maule: en toda la Polinesia circulaba la moneda chilena; poseíamos la segunda Escuadra del mundo —después de Inglaterra, nada menos-; tu bisabuelo -me refiero al paterno- salió de la Presidencia sin un centavo, el Congreso tuvo que aprobar un montepio para avudar a mi abuela cuando quedó viuda; la gente era respetuosa de la lev, los principios religiosos no se mezclaban con la política como ahora; los hijos..." "Pero, papá, nuestra clase se farreó al país en Europa. Ahora son otros tiempos, el salitre no sirve ni para hacer pólvora; además la pólvora tampoco sirve para nada..." "¡Qué otros tiempos! ¡Otros tiempos! ¿De dónde sacaste esa estupidez? Con el socialismo que ahoga a la agricultura; con una clase media arribista -el Club está lleno de rotos y de turcos, jy ya lo estará de judíos!- no se puede pensar en algo mejor. ¡Para qué decir de esos comunistas disfrazados de curas, que son los democratacristianos! La gente decente ya no dirige. ¡Es necesario que volvamos, hijo! ¡Métase bien eso en la cabeza! Hay que volver...") Los fundos son canchas de polo y de aterrizaje. Y canchas de fútbol, a veces. ("Para evitar el alcoholismo, pues, niña".) Corvina con salsa verde.

Chimenea encendida. Tres grupos en torno a ella. Un Carlos I se entibia en mi mano. Las piernas de los pantalones acumulan calor. El tubo digestivo trabajando con parsimonia. Pequeña euforia. Patricia e Isabel comparten los brazos de mi sillón.

-Este tipo está tan raro -bromea Patricia.

-Posando, pues, linda -dice Isabel.

La miro. Ni cree que dice la verdad. Y a lo mejor es cierto. Porque cuando uno no posa, no exhibe el hastío en público. Es mejor quedarse en la casa.

O irse lejos y esconderse de veras. Sin contarle a nadie que uno se va a esconder. Pero somos cobardes. (Hasta para pensar en la cobardía utilizamos el plural como un diluvente del compromiso propio.) Sov cobarde, entonces. Arrastro esta vida, sin perder las esperanzas de entretenerme algún día. Como antes... Sin embargo, siempre ha sido igual. Salvo pequeños instantes de plenitud. Y lo que ocurre es que vivo aferrado a esos recuerdos. Magnificados por el tiempo y la distancia. Y la ley del menor esfuerzo, supongo. Es estúpido pretender que podré olvidarme de mi entre toda esta gente (que seguramente trata de hacer lo mismo). Unos con más plata que otros, con mejores hogares que otros; pero a la larga, gente que verdaderamente no ha sufrido necesidad. Una especie de ocio económicamente productivo e inconsciente. (¡A propósito, mañana tengo que llamar por teléfono a Javier Rosales, por el asunto de las propuestas para el puente a Melipilla! Ni he terminado los cálculos siquiera.)

Patricia toma la copa de mi mano.

-¿Está tibio? Dame un trago, por favor -dice.

—Este coñac español cada día tiene más gusto a jabón —digo.

—Tienes toda la razón —dice Jorge, desde el sillón que comparte con Ismael y María Margarita, en frente nuestro.

Le respondo con un gesto vago.

-Devuélveme el trago, pues, Patricia.

-El jabón dirás -dice Isabel.

¿Para qué vendré a estas comidas? Porque soy incapaz de estar solo; de quedarme solo. Le tengo miedo a la soledad. Horror a que me olviden. A que no me quieran. ¿Para qué el cariño de los demás? Porque me amo demasiado, supongo. Estoy asqueado

de mi propio cariño. ("Somos de otra raza, Teresa." "Sí, somos de otra raza, mi amor; tienes razón.") Falso. Todo falso. Educados en la escuela de la mentira propia. Compartida debido a la flojera de los que nos rodean. Nadie se comunica con nadie. Hablar de ello es más repugnante todavía. Por la ocasión: estas comidas, o los bailes, o el prólogo del acto sexual en que terminamos fornicándonos a nosotros mismos. Explicarle esto a Isabel y Patricia, aquí, sería como quedar súbitamente desnudo. Si es que no deriva en otra mentira la explicación.

Beber. (Esta noche tomaré vino sólo con la comida.) No es necesario tragar el coñac. Basta aspirarlo, casi. La copa es como un seno. Mi boca está en el pezón aspirando la leche del tonel...

—¡Te apuesto que está pensando en Teresa! — dice Patricia.

—¡Pobre Teresa! —dice Isabel—. ¿Para qué se habrá casado? —agrega.

No puede reprimir un gesto desagradable. La nariz le ha crecido. En un tiempo más estará del porte de la de su madre —antes de la cirugía estética, por cierto—. O la ha tenido siempre igual y ahora que se cortó el pelo y está tan pálida se le ve así. Su nariz me da ganas de mortificarla; de herirla.

—A ti te haría bien casarte, Isabel —digo.

Ni ella ni Patricia ríen. Jorge se pone colorado y le dice algo al oído a María Margarita.

- —Quedan pocos solteros para elegir —dice.
- —Búscate un casado, entonces. ¿Y por qué no Jorge, que es solterón? —digo.
- —¡A propósito de matrimonios, debo anunciarles que María Margarita está esperando su cuarta guagua! —dice Ismael.

- —Como buena democratacristiana, pues —bromea Patricia.
- —¿Y tú, Patricia, cuándo te decides? —pregunto.
- —Sí, porque there is always a *Hardford* in your future —ríe Isabel.

-¡Muy fome tu chiste, Isabel! -cacarea Ismael.

(Es raro que Patricia no haya tenido guagua. Lleva como ocho años de casada y...; Quién sabe!)

Alejandro ofrece más coñac.

No. O mejor sí... O no...

-Bueno, gracias -digo.

Es tarde. Pero no demasiado.

—¿Leíste las declaraciones de Fidel Castro? pregunta Alejandro mientras me sirve trago.

Supongo que es a mí.

-Sí. Pero siguen paredoneando -digo.

- —Es una barbaridad —agrega—. Por poco fusila a su hermana...
- —Matar es siempre monstruoso. Sea cual sea la excusa —digo. ¡Y desgraciadamente hay muchas maneras de hacerlo, todas en boga, por supuesto!...

(Gran disertación acerca de la pena de muerte; el asesinato político; la desnutrición infantil; el amaos los unos después de los otros; el fin justifica el fin; pin-pin. Opiniones que interrumpen. Retomo la palabra. Preferiría estar frente a una sala repleta de adolescentes crédulos que tomaran apuntes y después me repitieran lo mismo por escrito para medirles su sabiduría. Toda la noche evitando los grupos de idiotas para terminar organizando uno propio. Y todavía me queda lo peor: escuchar las pamplinas de todos.) ¡Hasta que me muera de aburrimiento!

¿Te quieres ir conmigo, Patricia? Isabel puede ir a dejar a los Echegoyen en tu auto. Te lo entrega mañana.

—Sí. Tengo que hablar contigo. ¿Y me contarás tus rarezas?

—Sí, supongo que sí. ¿Qué pasa con Isabel? — digo.

-¡Ya le voy a decir, pues! Espérese.

Despedirse. Explicaciones. Vaguedad. Bromas. (De mal gusto por parte de Roberto.)

—Me contaron que estabas pintando con rodillo—le digo.

Trata de sonreir.

-¡Hasta luego! ¡Saludos a Helena! -digo.

En la puerta que da al parque, los Valdovinos nos despiden.

—¡Perdonen que no los acompañemos hasta el auto, pero hace un poco de frío! —dice Martita.

—¡Adiós y gracias! —grita Patricia.

La alcanzo. Tomo su brazo. Tibio y suave. Recorremos el camino escuchando el ruido de nuestras pisadas sobre el maicillo. Sostengo la puerta del auto para que suba. Nos sentimos cómplices de algo. Deseos de preguntarle si estoy en lo cierto. Preferible quedarse callado. Mis dedos tocan un tapabarro frío. La retiro con brusquedad. Hasta aquí llega la suma disminuida de la fiesta. Olor a auto. Peculiar a cada marca. Confusión de perfumes antiguos diluyéndose y Dioríssimo de Patricia. ("¿Cómo se llama tu perfume?" "Dioríssimo, ¿por qué?" "Lo usas siempre." "Casi." "Es agradable." "Es mejor cuando lo he perdido.") Frases no sentidas y mal pensadas. Cualidad de las mujeres frívolas: exhibir una sensualidad que aún no han descubierto con el cuerpo.

-¿Vamos al "Oriente"? -digo.

-Es muy tarde -responde.

—Me gustaría tomarme un café. Pero un café de veras, no esa porquería que viene en polvo —digo.

-Te doy uno en mi casa.

-Mmm.

El auto no funciona bien con el frío. Revisarlo mañana. Tan caros que son los garajes. Y se demoran

un siglo...

to.

—¡Qué aburrimiento! Los Valdovinos son inaguantables. ¡Para qué decir la otra gente! ¿Para qué vendrá uno, sabes tú?... ¿Quiénes eran esa pareja que llegó después de Roberto?

-¿Cuáles? - pregunto.

—Ella llevaba un vestido verde pasado de mo-

-No tengo idea -respondo.

-¿Para qué vendrá uno, no? -insiste.

Me mira en la semipenumbra, interrumpida por manchas de color violáceo y claroscuros de faroles que pasan. Reflejos del parabrisas sucio se mueven en sus mejillas y en la frente. Está seria. Las aletas de la nariz se le expanden al respirar pausadamente. Es mejor mirar el camino. Por aquí andan medio curados los choferes.

Eso mismo me he preguntado hoy, varias vecesdigo.

Una curva del camino nos permite ver Santiago desde la altura. Iluminado, pestañea en su demencial extensión. El cerro San Cristóbal parece un hoyo de negrura con algunos destellos suspendidos.

-¡Mira, mira Santiago! -digo deteniendo el au-

—Es lindo tener una casa aquí, en La Reina — murmura—. ¿La casa de Nicanor Parra queda por aquí cerca?

—Creo que sí —respondo.

-Es fantástico el panorama.

- —Sobre todo que los moteles quedan bien a la mano —digo.
- —¿Hay muchos? ¿Conoces alguno? —pregunta con curiosidad.
- —A cien metros de aquí. ¿No has ido nunca? ¿Ni con Albert?

-¡Para qué! -dice.

Se muerde los labios. Como arrepentida de haber dicho eso. Sería gracioso llevarla. A las mujeres les encantan estas cosas. Se imaginan que son sitios excitantes y misteriosos. Apenas son lugares para que el jefe del personal de una oficina pública lleve en la camioneta del servicio a alguna secretaria treintona.

("Esas son las "Balmaceda del río, Isabel." "¿Cuáles, cuáles?" "Esas que están paradas ahí en el costado del Parque." "Pasa despacio para verlas. Espérate, déjame esconderme un poco." Detengo el auto. Le hablo a la que parece más joven: "Buenas noches. ¿Quieres ir a dar una vuelta?" Gritos. "¿Por qué no te vay a tiral a la jetona que anda contigo mejol, desgraciado?" Río. "Vamos, vamos, ¡tengo miedo! ¡Idiota, por qué paraste!" Mientras hago andar el motor se siguen escuchando procacidades. Isabel, encogida en el asiento, se aferra a mi brazo. Está fascinada y tiene terror -elementos cuya coexistencia es indispensable-. Acaricio su pelo. "¿Tú te has acostado con alguna de ellas?" Le miento moviendo la cabeza de un lado para otro. "¿Qué dijeron?" "Que por qué no me acostaba contigo, mejor." Ríe nerviosamente. "¡Qué groseras son, verdad!" "Sí, pero quizás tengan razón." "¿De qué?" "De lo de acostarnos." Se ha incorporado. Mueve la cabeza. "Anda a dejarme, que es muy tarde."

Doblo la Plaza Italia haciendo rechinar los neumáticos. "No corras, no seas loco." Tengo ira. No sé si la amo.)

La boca seca. Sería bueno tomar algo. Sostengo una de las manos de Patricia. Tibia. Patricia es tibia.

—Siempre con tus manos heladas y húmedas — bromea.

-¿Todavía te acuerdas?

-¡Ahá! -responde.

Santiago presente. Abro mi ventanilla para mirar hacia el sur. Allá las luces son más débiles y aisladas; tienen un color rojizo. ("El cinturón "lumpen" de Santiago tiene por característica envolver la ciudad, de tal modo que en un caso de emergencia las pobladas se dejarían caer hacia el centro...") Hace frío. Cerrar el vidrio. Si uno acelera a fondo, daría un gran salto para caer sobre millones de luces pestañeando. Es tan grande Santiago. Mentiras: "en Chile todos nos conocemos". Sólo la semana pasada conocí Barrancas. Un trozo de aldea a quince minutos de la Plaza de Armas. Habría que ser un turista permanente de nuestras ciudades. Vuelvo a tomar la mano de Patricia. A cada instante la boca está más seca.

-¿Patricia, te atreves a ir al motel?

Me observa sonriendo nerviosamente. Muevo la cabeza para darle confianza. Hago andar el motor.

- —Es una locura. Y además tenemos que hablar un asunto de Isabel. Estoy muy preocupada... ¿Cuánto tiempo hace que no conversas en serio con Isabel? Te digo, en serio, como antes...
 - -Por lo menos un año. O un año y medio -digo.
- —Yo no sé si debería decírtelo..., pero no me atrevo con nadie más. A lo mejor estoy equivocada... Pero como la conozco tanto (tú también), bueno...

Parece que Isabel se está drogando... o algo parecido... ¿Sabías algo?

-¿Drogando? ¿Y con qué? -pregunto.

—No séee... Además, desde que se casó Teresa le ha dado por hablarme de lo asquerosos que son los hombres... y que si no me da asco Albert... y... cosas por el estilo...

La miro. Está desconcertada. Sonrío.

—¡Estás loca! ¡Lo que tiene es que se ha puesto más neurótica que nunca! Eso es todo... Le convendría enamorarse de Jorge y casarse con él...

-¡Estás loco! ¡Me dijo que Jorge le daba asco

con sólo tocarla!

-¡Pamplinas!...

Silencio.

-¿Vamos al motel? -insisto.

—Es una locura..., es una locura —repite en voz baja, pero sin ninguna convicción.

-Por eso -digo, haciendo andar el auto.

-Vamos -dice con énfasis.

Como ésa, hubo varias oportunidades.

Mi dolor emerge vertiginosamente. Me golpea los ojos y los músculos de las manos. Mis puños están adoloridos por la contracción.

—Alguien tan inteligente como ella. Conversamos mil veces sobre esas cosas... Parecía tan segura cuando decía que todo era soportable a cambio de vivir el mayor tiempo posible... Ni siquiera le temía a la vejez. ¡Y mira ahora! ¡Es insensato! ¡No puede ser!...

Observo a Jorge mientras me habla. No se da cuenta de que todos estamos igualmente desconcertados. Porque la conocíamos demasiado, supongo. Claro que esto prueba lo contrario. O no prueba nada. Quizás fue Isabel quien más sufrió, de todos nosotros. Era como diferente. Había una especie de desincronización respecto a las emociones suyas y nuestras. Mientras reíamos a carcajadas, ella sonreía. Cuando los demás chillaban y exhibían la tristeza, ella se dedicaba a ocultar la suya. Pero no por ayudar. Por joder. Y porque le gustaba observar a la gente como si fueran bichos de otro planeta. Extraña mujer. Yo tengo harta culpa. Aunque me moleste saberlo. Es tarde, además.

Debería decirle algo a Jorge. Algo que no sea un mero comentario o un simple consuelo. ¡Tantas cosas que podría decirle! (Pero muy pocas que fueran verdaderamente auténticas...) No encuentro ninguna... ¿Por qué no seré más simple, Dios mío? Es como estar frente a una ventana. No es cierto que los vidrios son transparentes. Vemos a través de ellos porque lo que está detrás ya está en nosotros mismos. El vidrio es una excusa para no tener que ver las cosas demasiado próximas: es una disculpa para una perspectiva física. No siempre vemos a través de una ventana. A veces, aparece nuestra propia imagen interponiéndose. El problema reside en la propia capacidad de transparencia. Cuando ésta no existe, resulta evidente que tampoco podemos ver lo que está detrás del vidrio... Independientemente de las leyes de refracción.

(De cada palabra nace un gesto...)

—Casi todos nosotros, Jorge, hemos vivido a partir de un complejo de mentiras aceptadas y compartidas para defendernos...

(Y de las palabras nace un silencio; y de ese silencio surge un ademán que es la continuación de la palabra que no se dijo. Ahora permanezco en ese lapso en el que podría evitar las palabras. Pero pretendo llegar hasta el sitio exacto donde me sea posible comprender...)

—...Hay gente que se aburre de esas mentiras. Isabel se rebeló contra ellas...

He continuado hablando porque ahora pretendo buscar la explicación a partir de mí mismo. Es un camino equivocado para entender a los demás. Pero no puedo abandonarlo porque es demasiado agradable tocar con cariño las paredes interiores y exteriores de los viejos dolores. Aun las reacciones espontáneas de furia —que podrían herir mi arquitectura— se transforman, a la postre, en caricias y desvelos. Es como oscilar entre la autoternura y el masoquismo. Sin embargo, sé que ello me aleja de la exacta perspectiva.

Jorge detiene la marcha. Lo imito. Se vuelve hacia mí. Toma mis hombros y me remece convulsivamente. Llora. No exactamente como todo el mundo: las lágrimas corren por sus mejillas sin que su cara tome ninguna expresión. Tal como si alguien le estuviese echando gotas para los ojos en demasía.

—¡Sufría mucho! ¡Sufría mucho!... ¡Demasia-do!... ¡Tú sabes que sufría salvajemente!... ¿No es cierto?... ¿Ah?...

A medida que habla —tartamudeando un poco alza la voz progresivamente. Algunos rezagados del cortejo nos miran, deteniéndose. Inclusive, hay gente que se vuelve a mirarnos y que abandona el grupo que marcha diez metros adelante. Tengo vergüenza. Aunque pienso que no debo tenerla. (No puedo evitarlo porque me siento cómplice de una escena fuera de tono. Y por otros motivos.) No obstante, la vergüenza aumenta; más ahora, que pienso en sus causas. La pena y desesperación de Jorge —que compartía me provocan una especie de ira. Y de desprecio. Me molestan sus manos en mis hombros y sus lágrimas que ya ruedan por el cogote hasta perderse en la camisa.

—¡Sigamos andando, hombre! Evitemos el escándalo... ¡Está lleno de periodistas y de intrusos que no esperan sino esto!... ¡Vamos, caramba!

Junto con hablarle desprendo sus manos de mi ropa y lo tomo del brazo, obligándolo a avanzar. (Fue lo más estúpido que pude decir; pero dio resultado.) Vuelve a caminar independientemente. Debe de haberse dado cuenta de su actitud. Con mal disimulados gestos se limpia la cara con el pañuelo.

Doblamos por una avenida transversal. Seguimos al rebaño oscuro —parece que todos se han vestido de ovejas negras— que arrastra los pies por tradición. Todo constituye un acto gregario. Un sórdido chirrido denuncia la vanguardia. ¡Qué largo es este viaje!

Hemos recuperado las distancias. Delante nuestro va la espalda de Roberto. De tarde en tarde su cara se vuelve hacia nosotros, en un grosero escorzo. (Inevitable pensar en él sin términos plásticos.) Su querida también es pintora. ¡Pobre Helena! ("Se casaron. Es una locura, pero al menos no viven en pecado, pues, Charo." "Mejor así, niña", responde mi madre.) Más valdría que no fuese cierto lo del matrimonio. Mejor sería que la veterana les diera una mesada decente. Hace años que Roberto no vende un cuadro. Helena debe de tener quince años más que él, ¡por lo menos! Es una buena manera de resolver el problema sexual de un edípico. Quizás la única forma. (Dilema: o con una vieja desatada o con la mano.) ¡Qué pensamientos, Dios mío! Ineludibles aunque vaya caminando tras Isabel... Desconcierto. Os-

curidad. Cansancio y desesperanza... Albert Hardford camina junto a Roberto. Contraste de su elegancia con el desaliño de Roberto. Da la impresión de que van conversando de algo semigracioso. Cada vez que se vuelven hacia atrás —lo hacen a menudo—cambian la sonrisa en una mueca insoportable. Especialmente Roberto. (El mismo gesto de cuando está borracho.) En su última inauguración me hacía reír al verlo. Sus manos no perdían ocasión de meterse entre las polleras de las mujeres que pasaban junto a él.

* * *

—Todo está permitido, señores! ¡Tooo-dddooo! ¿No es cierto, Raphaín?

Un vaso de gin puro se mantiene apretado en sus rodillas.

—¡Qué plato es Roberto! —dice Isabel, pero sin mucha convicción.

Sus labios se distienden y emite silenciosas carcajadas. Es como si su risa se alojara en el pecho y lo agitara en rápidas convulsiones.

-Mmm -respondo.

- -¿Te gustó la exposición? pregunta.
- —Sabes que no —respondo.

-¿Sí? ¿Y por qué?

- —La literatura me gusta en los libros; no la soporto al óleo.
- —Tienes toda la razón; pero Roberto es tan simpático —nos interrumpe Jorge.

Le quito el vaso que sostiene temerosamente en su mano y lo ofrezco a Isabel. Se lo lleva a los labios haciendo una mueca ambigua. Es bella. A pesar de las arrugas incipientes que enmarcan sus ojos. Unas gotas de vino tinto ruedan por los extremos de la boca, hacia su mentón. Le doy mi pañuelo.

—Va a quedar inmundo con este *litriado* —dice, recibiéndolo.

—Más sucio de lo que está, imposible —bromea Jorge.

Alego que está impecable. Es una buena pareja. (Aunque Isabel aparenta muchos más años que Jorge.) Sin embargo, él es mucho mayor. Isabel dice que es celosísimo. Con ella es inútil tener celos de otra gente. Isabel se ama a sí misma. Y a los fantasmas de su pasado. Desgraciadamente uno aprende muy tarde que el amor crece solo. A pesar de la pureza y la candidez perdidas. Aunque Jorge aún es puro (y en consecuencia cándido; ambas cosas van juntas). ¿Cuándo las perdemos? Poco antes de que pensemos en ellas con nostalgia. O de que las envidiemos o admiremos en alguien. (Aunque pretendamos reírnos un poco.)

Isabel cierra la boca estirando los labios. De paso se arregla un mechón rubio que aloja algunos pelos en la comisura. Mueca de hastío. Sus movimientos se han ido endureciendo con los años. Patricia, por el contrario, cada vez es más femenina. No se trata de eso, precisamente...

¡Por fin es sábado! Esta noche es la fiesta. Mi primera fiesta. Con baile y todo.

—El chofer lo va a llevar en auto y lo va a esperar... No le permita que se saque la gorra; le ha dado por andar de pije... A la vuelta lleve a alguien que no haya ido en auto...

-¡Gracias, papá! -digo.

- —El primer baile suyo que sea con la dueña de casa —dice mi mamá.
 - -¿Y si está bailando? -pregunto.
- —¡Espera, pues, niño! No tiene para qué andar tan apurado... Y a propósito..., amable con todo el mundo, ¿ah?

-Sí, mamá. ¡Hasta luego!

—No vuelva tarde y cuidado con venirse de los últimos. Eso es típico de la gente ordinaria —dice, mezclando la recomendación con un beso.

Una venia a mi papá. Me siento inmenso. Pletórico. Miedo, también. Bastante. No creo que bailaré. Si lo hago, será una sola vez con la hermana de Lastarria. Dijo que estaba de novia. Deben de ser mentiras. ("¿Qué edad tiene tu hermana, Ismael?" "¿Cuál?" "La que está de novia con un francés." "Catorce o quince." "¡Y cómo va estar de novia entonces, pues, Ismael!" "Bueno..., está pololeando, ¿y quién te dijo que estaba de novia?" "Tú, pues." "¿Yo?" "Mmm.") Si tiene quince es mayor que yo un año. ¡No me tomará ni en cuenta! Y es preciosa. Por lo menos así me pareció en el cumpleaños de Ismael. (Hay una niña junto al piano. Las teclas invitan a un arpegio. Irresistible. Me siento en la banqueta.

-¿Tú tocas?

Es una voz entre burlona y suave. Me da vergüenza. Y miedo. Mis manos ya están mojadas.

—Sí —digo, con la intención de que no me escuche.

-Toca -me ordena.

Levanto los ojos que los tenía clavados en las teclas negras (sus ojos claros contrastan). La miro desde mi terror. No soporto las órdenes. Pensar en ello me da valor. Aunque por dentro estoy helado.

-¿Por qué no tocas tú? -le digo.

- -Porque vo estoy recién estudiando -dice.
- -Yo también -agrego.
- -¿Cuánto tiempo? pregunta.
- -Como tres años.
- —Entonces tienes que saber... Yo apenas llevo dos meses.

Bajo la vista.

-Toca -insiste.

Ahora es como una súplica. Su nariz está despellejándose por las quemaduras del sol. El color tostado hace ver sus ojos más claros. Me concentro en el teclado. Hago el arpegio.

-¡Sigue, sigue! -dice.

—¡Cómo voy a seguir si ése es sólo un arpegio no más! —digo.

-¡Toca algo entonces! ¿No ves que tocas estupen-

do? -agrega.

Me pongo tenso. ¡Qué voy a tocar bien! ("Usted no estudia nunca su lección, así no aprenderá jamás.") Podría estudiar de vez en cuando. Con el ruido del arpegio ha comenzado a llegar gente junto al piano. Busco mi pañuelo para secarme las manos. No tengo. ¡Como de costumbre! Levanto mi cabeza suplicante. Horror de que vea mis manos húmedas.

-Qtro día toco, ¿ah? -le digo.

-¡Ahora, ahora, por favor! -dice.

Lo dice con tanta sencillez que no puedo negarme. ¡En fin, que sea lo que Dios quiera! (Si me resulta, Dios mío, te hago la manda de ayudar la primera misa durante toda la próxima semana.) ¿Qué toco? (Y comulgar todos los días también... de la próxima semana.) La "Marcha Turca". Sí. ¿Cómo empieza? ¡Ah! ¡Ya!... Concentrarme. Y relajar todos los músculos. Respirar profundo. Las teclas me esperan.

Mis dedos se hunden en una superficie duriblanda.

Antes de llegar con el acorde al máximo de su resistencia, el sonido llega a mis manos y de allí se comunica eléctricamente a mis oídos. Por mis orejas entra la bulla de la fiesta —que no ha cesado ni un momento—. La música alcanza mis oídos por dentro. A pesar de ello, el griterío que viene del jardín me distrae. Lentamente voy perdiendo la concentración. Levanto la cabeza por sobre mi hombro izquierdo y me encuentro con los ojos de ella. Me sonríe. No repetir las doble-barras, así terminaré más luego. No puedo; la culpa la tiene el profesor. ("Todo lo que está escrito se hace. Cuando sea Gieseking, haga lo que quiera.") Obligado a repetir. Ya van varias notas falsas; pero parece que nadie se da cuenta...

-¡Toca "Blue Moon"! -grita alguien.

-¿Sabes "Marie, Marie"?

-¿Y "La Mer"?

Era lo último que faltaba. Doy dos acordes fortíssimo. Me levanto con brusquedad. Se acabó. ¡Qué se creen estas bestias!

—¡No toco más! —digo, empujando la banqueta con el pie.

Alguien trata de sujetarme. Lo esquivo con violencia. Salgo al jardín casi corriendo. Quiero llorar. Es decir, trato de no llorar. Preferible morirse antes que se me salga una lágrima. Alguien me sigue. Escucho sus pasos. Me detengo.

- -Parece que no te gustó el público. ¡Jajá!
- -Fue una tontería haber tocado.
- -No creas -dice-.; No creas! -murmura.

Sus ojos ocultando algo. No se ríe de mí. Una extraña sensación me recorre el pecho por dentro. Y por fuera. Mis piernas comienzan a perder fuerzas.

-¿Cómo te llamas? - pregunto.

—Patricia Lastarria. ¿Tú eres compañero de Mael, no es cierto?

—Sí —digo.

—¡Adiós!... Tengo que ir a la casa de una amiga. ¡No te pierdas!

Estoy solo en el jardín. Debo irme. ¿Para qué tocaría? De farsante. Y para impresionarla. O porque me lo pidió. O por temor. ¡O porque quería tocar! ¡Porque me dio la gana de tocar!...)

¡Qué espanto! Ahora me encontraré con Patricia. Y no me atreveré a bailar. Aunque sea su fiesta y ella la dueña de casa. ¿Quién será el pololo? Tipo con suerte. Tendrá diecisiete años, por lo menos. Me he afeitado, aunque no había necesidad. Salvo esos pelos largos de la pera... Que no sepa mi mamá. Se indignaría. ¿Por qué se mete la gente grande en esas cosas? ("Es por su propio bien; si se afeita, más pelos le salen.") Pelos en los sobacos. También pendejos. Mi tío José Miguel dijo que con sebo de carreta crecen harto. Hacer la prueba. Ahora último me ha dado por pasarme mirando ahí... No debo masturbarme más. Pero uno no puede evitarlo cuando está acostado y piensa en eso. O cuando está en el baño y se mira. El calorcito del agua basta para excitarse. Inevitablemente. ¿Y si alguien mira por la cerradura?... ¡Huy!... Porque la gente mira por la cerradura. Yo, por ejemplo, he mirado a mi hermana Rosario mientras se baña. Y a sus amigas cuando se quedan a alojar en la casa. A la Guatona Zañartu... Pero tiene los senos mucho más chicos que la Rosario. ¡Puchas las medias cuestiones de la Rosario! Debo ser un degenerado. Por lo menos el Padre Mauricio lo cree: "No debe hacer eso nunca más. Nunca más. Eso es muy grave. ¡Grrravíiisssimo! ¿Me oye?" "Sí, padre." "Arrepiéntase y rece el Yo Pecador mientras le doy la absolución." "Sí, padre"... ¿Me habré arrepentido bien?...

Apurarme. ¡Que se apure Cachipuche!
—Acelera, que voy atrasado —le digo.

Debo olvidarme de todas estas cosas. Porque me he puesto colorado y parece que estoy traspirando. Es pésimo acordarse de esas cuestiones...

—¡Chis! No me puedo ir más ligero, pues, patrón.

Su papá me reta si corro —dice Cachipuche.

-Corre no más, si no le voy a decir nada... Ni

tampoco que vas sin gorra.

Patricia ha salido a recibirme a la puerta. También se ve linda en traje de fiesta. La acompaña una niña flaca. Me la presenta.

-Isabel Petterssen... Mi mejor amiga... junto

con la Tere Arlegui -dice.

Ambas me dan la mano. Isabel está un poco colorada, pero parece observarme de arriba abajo. Alterna las miradas a mí con miradas a Patricia. Cada vez que esto ocurre, sonríen. Permanezco de pie, sin saber qué hacer. Mi espalda aún está fuera de la casa.

-Bueno, no te quedes parado ahí. ¡Pasa! -dice

Patricia.

Habla con voz segura. Como si hubiese ensayado la ceremonia. O como si le fuera habitual. Atravieso el porche al lado de Isabel; Patricia nos precede. (Aquí fue donde la pilló besándose Ismael. A lo mejor el pololo es un pesado e Ismael tenía toda la razón.) La bulla comienza a llegar hasta nosotros de tal manera, que pienso que no podré escuchar ni media palabra si me hablan. Y para que me entiendan tendré que hablar a gritos. Isabel dice algo; tal como lo temía, no le oigo.

-¿Ah? -digo alzando la voz.

-¿Así que tú eres el amigo de Mael?

-Sí, somos compañeros. ¿Por qué?

-¿Ah? -pregunta.

-Sí. Estamos en el mismo curso. ¿Por qué?

Mueve los hombros como si mi respuesta no le interesara. Menos mi pregunta. Hemos llegado al centro de la bulla y del movimiento. Las fiestas de los grandes son menos ruidosas y más ordenadas, parece.

-¿Sabes bailar? - pregunta Isabel.

Lo que más temía. Y sucede en forma imprevista. Era yo el que tenía que preguntar. Y no a ella, sino a Patricia. Debo decirle algo. La verdad: ¡qué le vamos a hacer! Supongo que dará lo mismo que baile con ella primero. Siempre queda tiempo para bailar con la dueña de casa. ¿O será mal visto? ¿Para qué le dirán cosas que le amarguen la vida a uno? Y en nuestra propia casa.

-Más o menos -respondo.

Estoy rígido. No sé qué hacer. No debí haber venido. Pero el estúpido de Ismael llamó a mi casa para invitarme. Llamó varias veces. Mi mamá se moría de la risa. ("Tienes que ir." "No, no quiero ir." "No sea tonto ni mal educado; Ismaelito es un niño muy decente y atento. No puede hacerle una rotería. Llame al tiro por teléfono y dígale que muchas gracias y que va a ir.") La verdad es que quiero y no quiero. ¡Patricia!

A propósito, ¿dónde se habrá metido el imbécil de Ismael? ("No me digas Mael en el colegio, por favor.") ¿Por qué?

Isabel me sigue observando. Ya va a terminar el disco. Es medio irónica esta niña. Parece que se va a ir. Si me quedo solo, ¿qué haré?

-¿Quieres bailar? —le pregunto.

Está seria. Me mira como si hubiera ganado una apuesta... Justo la mano izquierda la tengo más mo-

jada que la derecha. Ahora sí que traje pañuelo; precisamente para estos casos. Pero es inútil porque ya comenzó el disco.

Empezamos a bailar. (¿Me dijo que sí? Estoy seguro de que la voy a pisar. Es una especie de tango. O algo parecido. Un-dos-tres-refalón, un-dos-tres-refalón. Imposible dar el refalón sin pisarla. Hay muy poco espacio. La Rosario me enseñó a bailar sin que hubiera otras parejas al lado. Así, con tanta gente, es complicadísimo. Pierdo el paso. Mirar mis pies. ("No te mires los pies, que es muy feo." "¿Y qué hago si pierdo el paso, pues, Rosario?" "Cómo vas a perder el paso si es sencillísimo.") Pero se pierde el paso. Isabel me habla. No sé de qué. Río como idiota para que crea que le entiendo. De vez en cuando muevo la cabeza como diciéndole que sí. ¿Qué me dirá? Un-dostres-refalón. Inútil el refalón. ¡Ya está, la pisé!)

—¡Perdón! —le sonrío.

—No importa... Bailas como autómata —responde.

-¿Qué?

—Que bailas como autómata y eres medio sordo, además —dice.

(Mierda. ¡Qué se cree! Se burla y no puedo defenderme. ¿A qué horas terminará esto? Para más remate, una pareja me golpea por un lado y me hace perder el poco paso que llevo. Golpeo a otra pareja.)

—¡Perdón! —les grito. —¡Está bien! —responden.

Parezco palitroque. Que termine. ¡Que termine! ¡Que termine! Tararán-tan-tararán. Un-dos-tres..., imposible el refalón. (¡Pésimo el sistema de la Rosario!) Su mano está empapada por la mía. A lo mejor a ella también le traspira. No puede ser. Tiene una espinilla en el hombro. Amarillita. Terminó...

¡Uf!

De pronto se produce un silencio general. Mientras le doy las gracias, se reanuda la bulla, con más estrépito que antes del silencio. Isabel observa a una pareja que permanece en un rincón tomada de la mano. El tipo la mira con ojos de carnero degollado y ella le devuelve la mirada. Se acercan como para olfatearse y se separan y se vuelven a mirar. Parece que no existieran las demás personas. Ni la fiesta. Ni nada. Muy romántico. Isabel los mira con seriedad. ¿Ouiénes serán?

—¿Quiénes son esa pareja?... La de ese rincón—le digo.

—¡Ah..., Teresa Arlegui y su joven! —dice.

-Están muy enamorados, parece -digo.

—El está imbécil... Ella no tanto...

-¿Cómo?...

-¿Ah?

-Nada -digo.

Menos mal que no alcancé a terminar la pregunta. Ella tiene que saber, porque son amigas. Quizás esté equivocada; yo creo que ella también está enamorada; ¿si no, para qué lo miraría así? ¿Tendré que bailar de nuevo con esta niña? ¿Dónde andará Patricia? Tengo que bailar con ella todavía. Si no hubiera bailado con esta flaca espinillenta, no habría tenido que bailar con nadie. Pero ahora que empecé, obligado a bailar con Patricia. Alguien habla en voz más alta que los demás. Sus palabras se destacan...

—¿Qué le habrá pasado a Patricia, que está gritando? —dice Isabel.

—No sé —respondo.

Nos acercamos a un grupo que se ha formado casi en el centro del salón.

-¿Quién te mandó meterte en el pick-up, Mael?

¿Ves? Ya lo echaste a perder. ¡Por Dios que eres tonto, Mael! —dice Patricia.

No veo a Ismael, pero me imagino la cara que estará poniendo.

—¡No seas ridícula, Pata, está perfectamente bueno! Se... atascó un poco..., eso es todo. Ya se arreglará, pues...—la voz de Ismael.

-¡Cállate, mejor! Claude, arréglelo usted, por fa-

vor, oiga, ¿quiere?

Un tipo alto se encuclilla junto al tocadiscos. La gente se agolpa para darle consejos. El tipo se siente estupendo. Patricia se acerca a nosotros. La miro muy serio. Me arrisca la nariz y sonríe. Me corre una cosquilla por toda la espalda.

—¿Cómo lo están pasando los dos?... Vamos al otro salón, ya que el gracioso de tu amigo liquidó el

pick-up. Allá también hay música -dice.

Cuando dijo "los dos", arrastró la voz. A lo mejor se imagina que estamos *ligando*... Anda perdida si lo cree. Isabel me hace un gesto para que la siga.

Ya son casi las dos de la mañana. Queda poca gente. Hay que irse. No hay nadie a quien ofrecerle el auto. Además, es una siutiquería andar ofreciendo el auto. ¡Y que no haya podido bailar con Patricia! El tipo no la dejó ni un minuto. Isabel dijo que era hijo del ministro consejero de la Embajada de Francia. Y que estudia leyes en Chile, pero que este otro año se irá a París. ("¿Qué irá a hacer la pobre Patricia, te imaginas?") ¡No se vaya a morir! Ahora recién la suelta un poco para que se despida. Ismael permanece a mi lado, con una cara de sueño que ya no puede más. Isabel se acaba de ir. Estuvimos toda la noche conversando. Salvo dos o tres veces que la sacaron a bailar y que la vinieron a dejar a mi lado otra vez. Es bien simpática. Y parece que no le importó que

no bailáramos. Si no le hubiera gustado se habría ido, creo yo. Irme. Sueño.

- -Hasta luego, Patricia, muchas gracias -digo.
- -¿Te vas ya?
- -Sí, es... un poco tarde -digo.
- -Bueno, adiós... ¿Te gustó Isabel?

Comienzo a temblar. Creerá que sí (¡si me quedo callado!). Tampoco puedo decirle lo contrario.

- -;Sí, es encantadora!
- -¡Ahá!...¡Qué bueno!... Adiós.

Me sonríe complicadamente. Aún veo sus labios cuando salgo al aire del parque. Cachipuche está dormitando. Para eso le sirve la gorra: para taparse la cara.

—¡Andate por el camino más largo que encuentres! —le digo.

Cierro los ojos y me distiendo en el asiento trasero.

—...sus monos son irreales... o al menos... no tienen contacto con la realidad; ¡eso es! No tienen contacto con la realidad —le explica Jorge a Isabel.

Ella lo mira. Distiende los labios. Los dientes quedan expuestos a la luz indirecta. (La Galería entera posee un ambiente de somnolencia, fruto de la insuficiente luz para cobijar a una muchedumbre.) Tal como la descripción de Ismael acerca de su sistema de Don Juan: "Cuando me llevo a una niña a mi departamento, enciendo todas las luces para darle confianza; poco a poco las voy apagando (las luces, se entiende, nooo); no se dan ni cuenta, o por último son ellas mismas las que piden la penumbra". "¡Pero, Mael, resulta una lata pasarse levantando a cada rato para apagar

las luces!" "¡Algún sacrificio hay que hacer, pues, hombre!"

Jorge habla. Isabel lo escucha mirando hacia todos lados. De pronto le pone su mano izquierda en la boca. (La coquetería es una excusa para ser desagradable.) ¡Pobre Jorge! Desde hace meses que es su única víctima. Cuando las mujeres quieren ser perversas, les basta un solo hombre.

Isidoro Necochea me saluda desde un rincón. Acaba de llegar y observa fríamente a todo el mundo. Interrumpe sus miradas a la gente con lentas verificaciones de la hora. (A propósito, ¿qué hora es?; las ocho y cuarto.) Seguramente ha venido a buscar a su madre. Doña Clemencia no se pierde ni una exposición ni un concierto ni una conferencia. El pobre Isidoro es el que paga el pato viniéndola a buscar. Quizás lo único que le impida meterse a cura sea la soledad de doña Mencha. Es extraño; nunca se ha mezclado con este ambiente. Lo rechaza, pero no deja de observarlo con curiosidad. Y bastante asco. Por lo menos así lo demuestra en el gesto de su boca. Y no es pose. Ha sido siempre igual. Isabel me está diciendo algo que no escucho...

-¿Ah? -le digo.

—¿No es cierto que Jorge se pierde toda la vida tratando de explicar la realidad, y cuando la dice... (¿me entiendes?)..., cuando la expresa (eso es), no pasa de ser algo tan vulgar como la realidad de la que habla un suplementero?... O el crítico de arte de una revista de esas que leen las *chinas* en la peluquería. ¿No es cierto? —insiste.

Es relativamente falso. El problema de Jorge es otro... al menos cuando está con Isabel. Pero ella necesita imperiosamente que le dé la razón. Y Jorge, por su lado, que lo defienda.

-No. No es cierto...

Jorge disimula un suspiro de alivio. Isabel no se cuida de hacer una mueca de desencanto.

—...lo que Jorge dice —supongo que respecto a los cuadros de Roberto— es una gentileza. Tendría que haber dicho que son una porquería —digo.

—No se trata de los cuadros...; por lo demás Jorge no tiene idea de artes visuales... Se trata de la

realidad en general -me interrumpe.

—Se trata de ambas cosas —interviene Jorge.

-Bueno...-digo.

—¡Mire, lindo! Cuando usted habla de economía sí que le creo, aunque no le entiendo nada. ¡Es un amor cuando se enoja contra Alessandri! —le dice tironeándole la nariz.

Jorge la deja hacer. Está feliz. La voz de Isabel llegó hasta el máximo de su especie de ronquera. Es el timbre que usa después de haber dicho algo desagradable, pero dejando una buena impresión. Jorge ya debe de estar acostumbrado a las agresiones gratuitas. Si no, peor para él. Quiero cambiar de lugar, porque ahora comenzarán a hablar de política. Comienzo a desplazarme.

Pensar que todas las inauguraciones de exposición son iguales. La misma gente en las mismas salas hablando de lo mismo. También cultivan algo de circunspección. Roberto me hace señas desde un costado de la entrada. Se ha colocado allí para saludar a los visitantes. Se abraza con casi todos. Palmotean su hombro y él responde con golpes aún más fuertes. Los que recién llegan están muy serios. Apenas saludan con la vista a los conocidos que ya están instalados conversando en algún lugar. Tratan de mirar los cuadros. No se ve ninguno. Todos están tapados por pequeños grupos que les dan las espaldas

(de tarde en tarde, alguien de los grupos se vuelve hacia el cuadro y señala vertiginosamente una zona o un detalle). Los demás también se vuelven para mirar furtivamente, y luego reanudan la conversación medio tono más alto. O un tono más bajo (si están cerca del pintor). Moverse tres metros se convierte en una excursión dificilísima. Los recién llegados la intentan, deambulando entre los obstáculos humanos, estratégicamente ubicados en los lugares donde están los méjores ángulos. Cuando logran divisar un cuadro, le dan dos o tres rápidas miradas —frunciendo el gesto a la manera de conocedores— y vuelven donde el pintor.

—¡Te felicito!

-;Gracias!

-¡Me parece extraordinario!

-¿Síii? ¿Cuál te gustó más?

—Bueno..., déjame ver... —aquí le dan una rápida ojeada al catálogo—..., éste: "Interior", se llama. ¡De todo mi gusto!

-¡Me alegro! ¡Gracias! ¿Y qué otro más te gustó?

—... Bueno..., todavía no he visto mucho con toda la gente que hay; a propósito, es un éxito de público, viejo. Pero cuando se despeje más voy a verbien...

-¡Ah! ¡Sí, claro! Por suerte ha venido bastante gente, ¿no es cierto?

-Sí. Mucha gente.

Y así siguen las mentiras mezcladas astutamente con verdades y hechos que están a la vista. Todos están de acuerdo para realizar el juego sin que haya el menor tropiezo. Si no son los espectadores los que tapan la mentira o la hipocresía con un dato cierto, es el pintor el que los saca del paso y viceversa. Que nadie se enoje. Al principio yo mentía con más descaro. Es para "darle ánimos al artista", me decía. Sólo una

mala excusa de mi cobardía e ignorancia. Nos encanta ser simpáticos. Y cultos y sensibles. Pero sabemos tan poco de pintura. Cuando se aprende algo: llega el silencio. Desgraciadamente nunca se sabe tanto como para el silencio absoluto. ¡Cuesta tanto ser sincero!

Bulla.

Me topo con Teresa mientras busco un rincón tranquilo. Le digo algo de todo esto.

-¡Para qué viniste entonces! -casi me grita.

-¡De bruto que soy!... Y porque quería estar

contigo -respondo.

- —Eres demasiado bruto; no te pierdes inauguración... Igualito a doña Mencha Necochea (que se va yendo con el plomo de su hijo, entre paréntesis)... Ella es un amor, ¿no es cierto?
- —Isidoro es un tipo muy serio y extraordinario —le digo.
- —Es un conservador retrógrado y anticuado —dice.
- —¿Desde cuándo te interesa la política como para juzgar a la gente? —pregunto.
- —Tu amigo Marcos no-sé-cuánto me explicó las teorías políticas de Isidoro. Las encuentro estúpidas, para que sepas...

-¿Qué, las explicaciones de Marcos o las ideas

de Isidoro?

- —Las ideas de Isidoro, pues, leso... ¡Es bien inteligente Marcos Rossler! ¿Qué hace ahora? ¿Has vuelto a verlo?
- —Creo que está juntando plata en Arica con una armaduría de autos que tiene en sociedad con no sé qué otro judío —respondo—. ¿Por qué?
- —¡Nooo!..., te preguntaba porque hace siglos que no lo veo —dice.

Me estoy ahogando aquí adentro. Son extrañas las

mujeres. Cuando le presenté a Marcos, ni lo tomó en cuenta. Y estaba furiosa con él porque me tuvo que acompañar a la FECH después del café que nos tomamos la vez aquella...

Estábamos sentados frente a una mesa llena de carabineros de franco y de empleadas con permiso.

—¿Así que no conocías "La Grotte"? —le digo sin

dejar de besar las yemas de sus dedos.

—¡No! Es un lugar precioso y de-lo-más-típico. ¡Me encanta!

- —Es un descubrimiento que hice, cuando venía a estudiar al cerro Santa Lucía. Lo único malo es que está lleno de *pacos* y de *chinas*. Me cargan los *pacos*... ¡Por favor, mira esa mesa del rincón! Está repleta de botellas de cerveza. ¡No sé cómo les cabe tanto en la guata!...
 - -¿Y se la han tomado entre las dos parejas que

hay ahí, no más?

—¡Lógico, los *verdes* son como tontos para las pílsener! ¡Y para pegarles palos a los estudiantes! — agrego alzando la voz.

—¡Chist! No armes camorra, por favor —dice, mirándome de tal manera que me hace sonrojar de

amor.

Vuelvo a besarle las manos. Desgraciadamente he recordado la reunión en la FECH.

- —Teresa, ¿te importaría acompañarme una media hora a la FECH? Estoy tan feliz contigo aquí, pero no puedo dejar de ir, aunque sea un minuto. Es importante...
- —Entonces yo me voy a mi casa, porque se me va a hacer muy tarde y...
 - -¡No! ¡No, por favor! Vamos a la FECH y des-

pués comemos algunos sandwiches en alguna parte... Yo..., yo no quiero separarme de ti ahora... ¡Tengo muchas cosas que decirte! Tenemos que hablar. ¿Quieres?

No he sido capaz de ocultar mi ansiedad. Levanta un poco los hombros. Quedo pendiente de su respuesta; no me atrevo ni a respirar.

—Bueno, pero vamos sólo un ratito. ¡Me carga la política! Me reventó el amiguito tuyo (¡ese del concierto!) al oírlo hablarte de política y entusiasmarte a que empezaras a vociferar como loco...

Me avergüenzo de la escena del Municipal. Tomo conciencia definitiva de mis afanes exhibicionistas. Le sonrío a Teresa, para ocultar mi incomodidad. Devuelve el gesto, más un pequeño beso silencioso lanzado con los ojos y los labios. (Extasis. Plenitud.) Nos levantamos de la mesa en silencio.

El local de la FECH está repleto de gente. Después de muchos esfuerzos, logro —sin soltar la mano de Teresa— llegar hasta las bancas delanteras en las cuales acostumbramos ubicarnos con Marcos y otros delegados de mi Escuela. El orador de turno ha avanzado hasta uno de los extremos de la mesa y, encaramado en la plataforma, grita y gesticula. No lo conozco ni entiendo lo que dice. Llamo a Marcos, que está a un extremo de la banca, y le hago señas de que le deje el asiento a Teresa. Le explico a ella que es mejor que se siente un rato hasta que llegue la votación. De mala gana suelto su mano; no sin antes apretarla convulsivamente y varias veces.

—Parece que tu amiguito se dedica a guardarte asientos —dice, mientras avanza hacia el lugar desocupado que la espera.

Apoyo la espalda en una columna. Marcos me imi-

ta. Observo en forma rápida a la gente que repleta la sala.

—¿Quién es ese que está hablando? —pregunto a Marcos.

—Un tipo que se llama Andaur; delegado de Veterinaria... Comunista —agrega.

—¿Cuál es la posición de los camaradas? —pregunto con exagerada ironía.

—Huelga indefinida hasta que caiga el subsecretario del Interior.

. —¿Y los demás?... ¿Tienes un cigarrillo, a propósito?

—Sí, toma... ¡Bueno, los radicales, los socialcristianos y falangistas están en la misma posición!... Los conservadores unidos son partidarios de un paro de cuarenta y ocho horas, de *advertencia*. Los liberales no sé... Los agrariolaboristas se oponen, por supuesto...

—¡Qué importa! ¡Son cuatro gatos! —lo interrumpo—. ¿Y ustedes los socialistas?

—La misma posición de los camaradas… ¿Y tú qué piensas? —pregunta.

—¡Yo soy independiente, pero estoy por la huelga indefinida hasta que caigan el subsecretario e Ibáñez, si es posible!

—La cosa se pone difícil si acaso la UECP y los liberales se oponen —murmura.

No le contesto. Me concentro en las palabras del delegado de Veterinaria. Dice que también hay que agregar en el acuerdo la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia y comerciar con todos los países del mundo y llamar a la CUT para que apoye la huelga de los estudiantes... Y sigue dándole vueltas al asunto de la "Ley Maldita". Supongo que insiste

tanto, porque cada vez que propone su derogación se escuchan aplausos y gritos... y suena la campanilla agitada por el presidente y el tipo vuelve a hablar de lo mismo y la escena se vuelve a repetir.

De tarde en tarde, miro hacia donde está Teresa. Los oradores se suceden y todos dicen más o menos lo mismo. Unos mejor que otros. Los de Leyes hablan con una mano en el chaleco y sacan voz de diputados y citan la Constitución y la Ley de Seguridad Interior del Estado y varios reglamentos. Pero lo que proponen es igual.

De pronto, veo a Teresa de pie a mi lado. Está tensa.

—¡Me voy! Si quieres me acompañas... Pero no te molestes —agrega.

—¡No, cómo se te ocurre! Te voy a dejar —le digo, guiñándole un ojo.

El gesto es sorprendido por Marcos.

—¡Cómo te vas a ir ahora, que ya se va a votar! —dice.

—No te preocupes: ¡hasta luego!... ¡Tu amigo es capaz de no guardarte más asientos, si lo dejas solo! —me dice Teresa, iniciando la retirada.

Trato de seguirla, pero Marcos me sujeta de un brazo:

-¡Déjala! ¡No seas irresponsable!

No le hago caso y avanzo hacia la salida. Casi al llegar a la puerta la alcanzo. Recorremos los últimos metros en silencio. Ya en la Alameda, le tomo una mano y arrisco la nariz. Me devuelve el gesto.

—¡No he visto tipo más desagradable, seboso y cara de chancho que tu amigo! —murmura.

—¡No te enojes! Ya estamos afuera. ¿Vamos a comer algo? —digo.

- —Sí y ojalá que no nos encontremos con el *judiíto* ese guardándonos asiento —bromea con cordialidad.
 - -¿Qué te parece? -me pregunta Alejandro.
 - -Espantoso respondo.
 - -¿Y a ti, Teresa? -insiste.
 - -No sé..., no he visto mucho.

Tomo el brazo de Teresa y la arrastro hacia un lado.

-Con permiso, Alejandro -digo.

-¡Por favor! -responde.

Teresa saluda a alguien. La dejo sola. Y doy casi de bruces con la Paz Zañartu. La escolta Mario Mascayano, su marido. La Paz está preciosa. Y aburrida de la sonrisa de diputado de Mario. Imito su mueca a modo de saludo. La prolonga. (La misma que puso el otro día en su casa.) Sólo la mirada de él es diferente. Celos injustificados. No sería conmigo la jugarreta de la Paz. Pero él cree que sí. Y es inútil que no sea cierto. (Aunque cuando la vi en pantalones después de su segunda guagua, lo pensé.) Su blusa era insuficiente para contenerle los senos. Inmensos. ¡Chitas que le crecieron harto con el matrimonio! ¿Se mantendrán tan erguidos sin sostén? A lo mejor sí. ¡De otro modo le llegarían a la cintura! Tan distinta que era antes...

Ya no hace calor. También se oscurece más temprano. Son los inconvenientes del comienzo de otoño. Luz natural riñendo con el ridículo filamento de mi ampolleta. Ruidos en la cerradura.

-¿Usted no usa el terno beige?

-No, mamá.

- -Se lo daré a Hugo. ¿Quién está más alto?
- -Tenemos el mismo porte, mamá.

-Ya.

Pausa.

- -¿Mamá?
- -Síii.
- —A Hugo no le gusta usar mi ropa vieja —digo.
- —¡Bah, qué tontería! ¡La Rosaura lo obligará, entonces!

Pobre Hugo. Claro que en su colegio no tienen por qué saber que esos ternos no son suyos. Terminaré la tarea de física. Después llamaré a Patricia. Mañana deberé darle los resultados de los problemas a Ismael. Los copia durante los rezos de las ocho y media. Mueve los labios y sobre las rodillas tiene su cuaderno. El trato es bueno: yo hago las tareas y él me invita a su casa para que vea a Patricia.

Rosario me interrumpe.

—¿Qué le dijiste a la Paz Zañartu? —pregunta.

-¿Cuándo?

—El otro día, cuando entró a la salita de música a esperarme.

(¿Qué le dije? Que se fuera, supongo. O que se quedara callada.)

-¿Por qué? -pregunto.

—¡Por qué! Te prohíbo, mocoso insolente, que te metas con mis amigas. ¿Me oyes?

Gritándome. ¡Qué se cree la Rosario!

—¡Fuera! Estoy haciendo tareas. Si no te vas, te pego —le aúllo.

Está pálida de ira. Es trágico amenazarla. Ahora será imposible que se vaya. Vendrá mi mamá. Nos gritará a ambos. Y después me costará el doble terminar esto. —¡Atrévete, cobarde! ¡No me pienso ir! —grita histérica.

No hacerle caso. (¿Qué le dije a la Paz Zañartu?) ¡Ah! De veras. ¡Que si no quería seguir planchando en las fiestas, que comiera menos! Tenía un sandwich en una mano y una manzana en la otra. No estoy seguro si masticaba una pastilla, simultáneamente. (Pero fue por hacerle un favor.) Rosario la usa. Por eso quiere que siga gorda. Le cuenta sus cosas; la lleva como dama de compañía al teatro; se siente admirada por ella; no le levanta ni medio pretendiente. ¡Que se reviente la otra! ¡Pero nooo! Conozco demasiado a la Rosario... Y no voy a aguantar...

-¡Le dije que era una guatona indecente! -digo.

—¡Iiih! ¿Le dijiste eso? ¡Bruto! ¡Roto! Te voy a acusar a mi papá. ¡Vas a ver!

¡Paaam!

(Portazo.)

Se fue. Ni deja que le expliquen las cosas. Me retarán, (Voces en la escalera.) Mi mamá y la Rosario. ¡Ya debe estar acusándome! ¡Que no dejen ni hacer las tareas, digo yo!

Mañana veré a Patricia. Tendría que atreverme a conversar con ella... Pero largo. No esas conversaciones de: "¡Hola! ¿Qué cuentas?" Cuando el otro día me preguntó si me entretenía con Ismael, tuve que mentirle. Ismael me aburre enormemente, pero no puedo decírselo a su propia hermana. A él sí, porque ni le importa.

(Ha vuelto mi mamá.)

-¿Dónde están los zapatos que le darás a Hugo?

-En mi closet -respondo.

Hurguetea. Y, por mientras, me dice:

-Rosario me contó de tu grosería con la Paz Zañartu... (Aquí viene la grande.)

—...¿Cómo voy a creer que un niño de tu edad pueda ser tan grosero con una niñita? —concluye.

Para mi mamá somos todos niñitos y niñitas. Se entretiene con la Rosario, y las fiestas y pololeos, como si se tratase de sus muñecas de chica. (En la pieza de los cachureos hay varias de esas horribles muñecas desvencijadas. La rabia más grande que pasó con la Rosario fue porque no le gustaron nunca esos adefesios con cara de porcelana. "Son alemanas. Y yo cuando tenía tu edad las cuidaba para que pudieses aprovecharlas tú, Rosario." ¡Espantoso! No me imagino cómo sabría, entonces, que la Rosario sería mujer.) ¿Qué le digo? La verdad:

—Mire, mamá: la Paz Zañartu es antiestética. La culpa la tiene la Rosario, porque no le conviene que enflaquezca...

—¿Qué tontería es ésa? ¡Cómo puede decir una cosa así un niño medianamente inteligente!

(Lo mejor es que estalle de una vez.)

—Es que yo no soy medianamente inteligente, mamá. ¡Soy genial!

-¡Insolente! No te burles de tu madre. ¡Usted

está muy insolente, niño! ¡Muy insolente!

Llegaron los "usted". La hora de comida será un infierno. (Y a las siete tengo que llamar a Patricia para decirle que mi profesor de piano le puede hacer clases.) Aprovecharé para conversar largo con ella. ¡Ffff! ¡Fíii! Esta señora no quiere irse. Debo comportarme como si estuviese resolviendo los problemas de física. Observarla de reojo. Desconcertada.

—¡Tengo una tarea tan difícil para mañana! —digo.

-¿Ah?

-Que estoy atrasado con una tarea para mañana.

—A la hora de comida hablaremos, entonces. ¡Usted merece un castigo, niño!

Estoy solo...

El gong para bajar a comer. Es tarde. Desde hace algún tiempo no tengo hambre a las horas debidas. Cuando estoy frente a un plato y me acuerdo de Patricia, el apetito desaparece como por encanto. El quinto escalón crujirá. ¡Típico! Bien pegado a la muralla no suena. (Ensayar.) ¡Otra vez el gong! Apurarse.

Todos sentados a la mesa. Soy el único atrasado. Caras largas. La tía Mercedes invitada a comer. Sólo ella sonríe. Me besará con su boca húmeda y sus pelos en las mejillas. Yo encuentro que deberían decirle que se afeitara. O depilara. ¡Ya veo si se lo dijera yo! Me pegan. ¡Apuesto! Inevitable tener que saludarla con un beso.

-¡Cómo está mi regalón! -dice.

-Muy bien, tía -respondo.

-Muy bien, tía, gracias -agrega mi madre.

-Gracias -digo.

-¿Por qué llega atrasado? -es mi padre.

Mentir. (¿Por qué?)

Pausa.

-Estaba terminando una tarea -respondo.

No tenía que haber mentido. Bajé apenas sonó el gong. Me demoré lo justo en llegar. (Salvo la cuestión del peldaño que cruje.) Es claro que si digo la verdad, habrá otro motivo más para el griterío de esta noche. No tengo hambre. ¡Me carga la lechuga! (A la Rosario le brillan los ojos.) Sabe que me castigarán. No hay escapatoria posible. Yo tenía que decirle a la Paz que estaba muy gorda. Rosario no se va a quedar muy contenta, de todos modos. Defenderme hasta el último. (Si es que me dejan hablar, también.) Con el "cállese la boca" me anulan. Si yo empiezo, ¿qué pa-

saría? Para vencer el miedo, no más. "La sorpresa da buenos resultados en el combate", dice el profesor de historia.

-¡No picotee la entrada! -dice mi mamá.

-Es que no me gusta la lechuga...

—¿Al señor no le gusta la lechuga? ¡Se come la lechuga, caramba! —grita mi padre.

Todo perdido. Y tendré que comerme este pasto. No hay libertad para nada. ¡Hasta cuándo! Mi mamá aprovecha para contarle el asunto de la gordura de la Paz. (Mi tía Mercedes sonríe.) Mi papá la pulveriza a miradas. Desgraciadamente la tía Mercedes no me sirve de aliado. (Mientras hablan me miran como si yo fuese un objeto.) La tía Mercedes es demasiado buena y se sabe que soy su regalón. "No es imparcial para sus juicios, Mercedes." ¡Listo! Anulada. ¿Para qué echarán a perder la palta mezclándola con lechuga? Será para que cunda. El pollo está bien durón. Lo tomaré con la mano. Estamos en familia.

—¡No se toman las cosas con la mano! Para eso tiene tenedor y cuchillo.

—Es un mal educado. ¡Yo no sé cómo puede ir a fiestas, todavía! —agrega Rosario.

—¡Cállate, Rosario! —digo.

—¡Cómo no! Pero para andar diciéndoles groserías a mis amigas sí que eres bueno. ¡Lo encuentro de lo peor! ¡De lo *pior*, para que sepas! —murmura.

No hay caso. Mirar a mi papá. (No se podía retardar más.) La lechuga, el atraso, el pollo con la mano, la gordura de la Paz Zañartu, el castigo del otro día en el colegio...

-¡Mire, jovencito!

-Síii, papá...

-¡No me interrumpa, caramba!

Lógico. "¡No me interrumpa!" Mmm. Mirarlo y apretar los labios. ¡A la Rosario le va a pesar esto!

—¡Usted tiene catorce años y su comportamiento es peor que cuando tenía ocho!... He sabido lo que le dijo a la Pacita Zañartu...

No puedo evitar reír. (La "Pacita" Zañartu. ¡La

"uvita" Zañartu! ¡La "sandía" Zañartu!)

—¡Fuera! Se queda sin comer, y a la cama, mocoso insolente. ¡Miren que reírse de su padre mientras le llama la atención! ¡Fuera!

Me voy rápido. No podría explicar nada. Inútil. ¡Si uno pudiera darse a entender, por lo menos! Por suerte no tuve que comerme la lechuga. La Nilde me traerá el postre debajo del delantal. Acostarme y leer. ¡Y con todos estos líos, se me olvidó llamar a Patricia! (El quinto escalón crujió.) ¿Será muy tarde para llamarla? Estará comiendo. ¡Patricia me comprendería! El teléfono está en la pieza de mi mamá. No se darán ni cuenta de que hablo. Después, mi papá dice: "Me voy a morir el día menos pensado de úlceras". Y es él mismo quien se las agranda a gritos. (¿Y si no es hora de llamar?) Tengo que atreverme.

-¿Aló?... Estará... esteee... ¡Ismael!

-Un momento -se escucha.

Soy cobarde. No tengo nada que hablar con este imbécil. Debería haber dicho: "¿Aló, estará Patricia?" Era demasiado simple. Pero no pude. Me ocurre siempre lo mismo. Las cosas sencillas son las que verdaderamente me cuesta hacer. Todo lo complicado se da solo. Cada vez es peor. Las cosas van en aumento. (La voz de Ismael...)

-¿Aló? ¿Ismael? ¡Hola! ¿Está Patricia?

—Alou —dice alou—. No, salió con Claude a la vermouth, y todavía no vuelve...

-;Ah!...

-¿Alou? ¿Quéeee? -grita.

—Que no importa. La llamo mañana.

-¿Alou? ¿Hiciste la tarea de física? -pregunta.

-¡Sí! Tengo que cortar; estoy apurado...

- -¿Alou? ¿Por qué? -insiste.
- -Bueno, adiós. Mañana te veo en el colegio.

-¿Alou? Oye...

(Clic.)

Pasos en la escalera. Correr a mi pieza. Si no me encuentran acostándome será terrible. ¡Uf! Por suerte es la Nilde. Sonreírle.

- -Estamos de castigos hoy día -dice.
- -Así es la injusticia, pues, Nilde.

-¿Será injusticia?

—Por culpa de la Rosario y de la Guatona Zañartu. Y de las lechugas; y del pollo con la mano; y de la risa...; Qué sé yo, Nilde!... Me dejaron sin comer...

-Aquí le traje un postrecito para que no se duer-

ma con el estómago vacío, mijito.

Tiene los ojos húmedos. ¡Es tan buena la Nilde!

-; Gracias! -digo.

- —Está muy acusete la Rosarito. Al Hugo le pegaron reciencito, no más...
 - -¿Y por qué?
- —Es más orgulloso ese chiquillo. No se quería poner la ropa suya que le regaló misia Rosario... ¡Ya no tiene qué ponerse, y despreciando el malagradecido! ¡Pa que vea usted!

(Se lo dije a mi mamá.) ¿Por qué no le dará plata, mejor? Cada uno con sus gustos, digo yo. Si no le gusta la ropa usada...

—¿Es bien raro Hugo, Nilde, no es cierto? —mur-

muro.

—¡Malcriado! Su madre se mata trabajando y él hace que te hace remilgos... "Usted no tiene que tra-

bajar tanto, mamita", dice. ¡El muy insurgente! Si su madre no trabajara... ¡Dios me libre!... ¡Yo lo haría trabajar! ¡Miren que tenerlo estudiando al perla!

La lengua desatada. No puede ver a Hugo. Sin embargo, adora a la Rosaura. Se emplearon juntas cuando recién se casó mi mamá. Pelean todos los días, pero no resisten las separaciones. Salen juntas a veranear a una chacrita de una hermana de la Nilde.

—; Dotor! ¡Miren que dotor, quiere ser el señorito! —exclama.

¿Y qué le importa a ella? Claro que no puedo decirle a la Nilde que Hugo va a ser un buen médico. Si lo hago, pasará una semana sin hablarme. Y ahora que me trajo el postre, fondeado en el delantal... Me da vergüenza desvestirme delante de ella. ¿Por qué será? (No me gusta la macedonia.) ¡Patricia! ¡Ya está! Inmediatamente el estómago, como si estuviese lleno. La ampolleta del velador es muy chica; por eso me duele la vista cuando leo de noche.

—Me voy a comer más tarde el postre, Nilde; déjalo ahí encima, por favor.

Si Patricia supiera que cada vez que doy vuelta una página me acuerdo de ella. Y si voy por la mitad, tengo que empezar de nuevo, porque no entiendo nada. ¡Y que beso la almohada! (Me puse colorado.) ¡Te quiero tanto! ¡Nunca me atreveré a decírselo...!

—Usted anda como espirituado. ¿Que se está enamorando? ¡Miren que poniendo los ojos en blanco a cada rato!

—¡No, Nilde! Es que estaba pensando en la vida —digo.

—¡O cuando se está enamorado o cuando se está viejo, no más, se piensan esas cosas! —murmura.

Esta vieja es bruja. ¿Estaría poniendo los ojos blancos? ¡Qué vergüenza!

-Buenas noches, Nilde. ¡Gracias! -digo.

Quiero estar solo. La cama me espera. Debo acostarme antes de que los grandes suban, y apagar la luz un rato para que crean que duermo.

¡Mañana sí que hablaré con Patricia!

(Addenda de algunas páginas no curriculares del cuaderno de Física mencionado. "Ley de Gay-Lussac". (El nombre de esta ley tiene su origen...) (Nota actual: aquí la letra se hace ininteligible y el texto de la formulación no existe. Hay algunos dibujos caóticos; luego un espacio en blanco, hasta que nos topamos con el siguiente texto:)

EXPERIMENTO PARTICULAR

Se toma una hormiga grande. (Las chicas no sirven porque resisten muy poco.) Luego se dobla una hoja de papel en tres (longitudinalmente), y se procede a golpear sin mucha energía al insecto. Se verá, entonces, que la hormiga comienza a moverse vertiginosamente. Sin embargo, después de unos tres o cuatro golpes detiene sus excéntricas carreras y comienza a girar en torno a una de sus patas traseras. Comienza, digamos "a girar en sí misma". Es el momento de tomar una lupa y observarla en tamaño aumentado. Su cuerpo se mueve convulsivamente. El abdomen se hincha y deshincha, pareciendo próximo a explotar. Su cintura se arquea y congestiona, su cabeza gira sin sentido, de derecha a izquierda y viceversa. Con sus patitas delanteras trata de componerse las antenas. que parecen averiadas (es probable que a causa de los golpes). En cuanto a sus ojos, muy poco o nada puede averiguarse, porque, por desgracia, no se tuvo

la precaución de observarlos antes de los azotes. De su boca parece salir un líquido que ella utiliza en la reparación de dichas antenas. Uno piensa que podría tratarse de sus propios jugos vitales o de sus vísceras internas demolidas por los golpes. La idea es asquerosa. Se rechaza, además, por poco probable, dada la poca intensidad del estínulo. ¿Pensará la hormiga en esos instantes? ¿O en otros? ¿Tratará de comunicarse con sus congéneres? Poco a poco se va quedando quieta. Se observa, especialmente, que está entregada a la reparación de sus antenas. Ya su abdomen no palpita en forma alocada.

Entonces ha llegado el momento de concentrar sobre la tranquila hormiga los rayos del sol, a través de la lupa. (El sol es fuente de vida.)

Al comienzo, la hormiga parece contenta, pero a medida que la concentración de la luz se hace más perfecta y violenta, la hormiga recupera su capacidad de movilización. Corre, corre desenfrenada, hasta que por un error, o por un deseo incontrolado (pero compulsivo) de ver los últimos efectos de la luz solar, concentramos al máximo el foco. La hormiga, detenida en plena carrera hacia uno de los bordes de nuestro pupitre, se convierte en una tenue columnita de humo azulado.

Después soplamos sobre la superficie de la mesa de trabajo. El viento se lleva el oscuro caparazón, ya vacío. Sobre la mesa queda una leve huella del acto incineratorio. Basta pasar la yema del dedo anular izquierdo para borrar los rastros...

(Después continúan, hasta el final de la página, los dibujos caóticos. En la hoja siguiente se halla transcrita, con perfecta letra y extremada pulcritud, la Primera Ley de Gay-Lussac.) Cabe destacar que la palabra "Patricia" puede distinguirse de entre los jeroglíficos mencionados.

Estoy mirando demasiado a la Gorda Zañartu. Sonríe. Se acerca. Una venia y después un beso en la mejilla. Vuelvo a mirarla. Sonreímos con cariño cierto.

-¿Cómo estás? - pregunto.

—Muy bien... ¿Y tú?... ¿Y Rosario?... ¿Y tu mamá?... ¿Todos bien?

—Mi mamá debería andar por aquí... A la Rosario no la he visto desde hace siglos..., estará haciendo

más niños, ¡cómo está de moda ahora!

Ríe. (Pero no está bien.) Las ojeras de insomne señalan su verdadero estado de ánimo... Mario es de los tipos que les pegan a sus mujeres. Sobre todo cuando están desesperados. (¿Por qué no pegarles a las mujeres, también?) Es un salvajismo hasta que no nos vemos obligados a hacerlo. Las escenas cinematográficas al respecto producen asco. Porque exageran la nota. Además parece que les encanta que les peguen. Aunque no creo que sea cierto. Ocurre que después de los golpes se sienten liberadas. Tal como los niños que prefieren un palmazo al silencio y a la cólera sorda. Los seres sencillos prefieren la claridad. ¿Cómo será, nooo?

-¿Quién lo hubiese creído?

-Mmm... ¿Ah? -digo.

-: Es una lástima!

-¿Qué cosa? -pregunto.

—Estos cuadros horrendos, pues. ¿Te acuerdas de la primera exposición de Roberto?

—¡Esa en la que compramos todos un cuadro!...
Todavía...

-Esa misma. Yo todavía tengo el cuadro en la

salita del teléfono. No es malo... ¿No es malo, no es cierto?... ¿Ah?... ¡Pero lo que es ahora!...

—Es lo mismo, con otra disculpa. Y, por lo demás, ya estamos más viejos... y más pobres... Lo que significa que la caridad ha dejado paso a la hon-

radez -digo.

Guarda silencio. Ojos verdes. Demasiado rimmel. Y corta de vista. Pliegues minúsculos junto a la boca. Se parece a Ingrid Bergman. Pero Mario no tiene nada que ver con Rossellini. ¡Ojalá encontrara una hindú!... Collar de ágatas.

-¡Qué lindo tu collar, Paz!

Lo toma con su mano derecha y baja la barbilla... Para estar segura de que es hermoso. Si le hubiese dicho lo mismo de su vestido, estaría mirándose la falda. Y frente a un espejo, contemplaría sus ojos—pestañeando repetidamente— si le hubiese dicho: "Qué lindos son tus ojos, Gorda".

—Regalo de Mario... ¡Son de la Isla Negra! —

No es cierto que las ágatas son de la Isla. Son ágatas pulidas a máquina y recogidas en sacos en los potreros de algún costino.

-¿Quién lo habrá elegido? -murmuro.

Su risa apagada nos hace cómplices. (De un alambre elíptico de oro fino, casi blanco, cuelgan tres ágatas de diferentes colores y formas, enmarcadas con oro un poco más delgado que el del collar. Es bonito... ¡Sí!) Sus gestos continúan indicándome que somos poseedores de un secreto estricto: burlarnos de su marido. Escarnecer a un tercero —sin causarle daño— es de las cosas entretenidas de la vida....

—¿No lo crees capaz? —pregunta sin abandonar la sonrisa. -¿De qué?

—¡De haber elegido el collar, pues!

—¡Ahhh!... ¡No!... Absolutamente no —respondo.

Estallan las carcajadas. Durante los breves silencios, me dice que no sea cruel. Pero ya hemos llamado la atención. Hay gente a nuestro alrededor que desearía compartir nuestra risa. Lo intentan simulando contagiarse con las carcajadas de la Paz. La llegada de Mario se debe al estruendo. Toma a su mujer por el talle y la mira complicadamente a los ojos. Se vuelve hacia mí: me dedica su sonrisa oficial. Debe estudiar noche a noche la posición de sus labios. Especial cuidado de mostrar el límite inferior de las encías... Más arriba hay unos alambritos sugerentes. Hará ejercicios con la boca para resistir el día entero. En tiempos de elecciones se dormirá con la sonrisa. Cuando la prótesis sea completa, comenzará a buscar otro gesto.

—¡Qué maravilla! Gran artista, este Roberto, ¿no es cierto? El talento desbordante... La Bienal de Sao Paulo la tiene en la mano... Después..., ¡qué se yo!... ¡París!... ¡Venecia!... ¡En fin!... ¡De modo que...! —detiene sus palabras y abre los ojos, que había entrecerrado.

No puede olvidar los escalafones. Tampoco el cuadro de la salita del teléfono. ("¡Vaya a saber uno si a la vuelta de los años estas cosas valen un dineral, pues, mija!") Pero la consecuencia ha terminado significando honestidad en los políticos. Honestidad de político de alta escuela criolla: inmundicia aceptada por la sociedad en pleno. ("No me tincan mucho esos nuevos dirigentes democratacristianos, mijito, pero en todo caso aún no han robado como los roteques del Frap, o los ibañistas, o los radicales." "Es cues-

tión de tiempo no más, mamá." "Pero hay políticos radicales y frapistas muy honrados, pues, mijito. ¡Ahí tiene a Marito Mascayano: jamás ha salido en el Boletín Comercial... como otros! ¡Y es taaaannn servicial: un excelente parlamentario! ¡Y muy caballeroso! ¿Viste la tarjeta de Pascua que nos mandó?" "Horrenda... y por lo demás se las reparten gratis en la Cámara, mamá." "¡Por Dios, niño: a usted no le gusta nada, parece!") A estas alturas uno no sabe si indignarse o reír. "Tiene la Bienal de Sao Paulo en las manos..." Así decide las regidurías para sus electores fanáticos. "Correligionario: tiene la candidatura en la mano... Después... la diputación... ¡Uno ya está para senador, también, pues!..., en fin. ¡De modo que...!" Tarán-tan-tan. ¡Y los tipos caen!

—¡Mijito: esto es otra cosa! ¡No tiene nada que ver con la polít..., esteee, digo con la administración pública! —dice la Paz.

Perfecto: le trasmití el pensamiento. Mujer de gran intuición. Muchas veces trasmito el pensamiento... Habría que decirle que es un error poner en ridículo al marido delante de extraños. ¡Mucho menos cuando el tipo trata de ser simpático y de lucirse un poco! Pero no es la oportunidad, a pesar de que el peso de la culpa lo cargaré yo, que no he abierto la boca. Porque cuando recuerde su actual bochorno aparecerá sólo mi imagen ante su vista. No recordará que fue su mujer quien dijo las palabras que lo mortifican como una puñalada súbita. Recordará la ocasión, el sentimiento de incomodidad y los seres extraños que estaban presentes. En privado los matrimonios pueden gritarse las peores cosas..., especialmente después que el sistema se ha hecho hábito. En público las cosas son diferentes. ¡Por estos motivos uno termina convirtiéndose en enemigo de los maridos de las antiguas amigas! ¡Todo menos el ridículo!

Observo sus muecas represivas. Las represiones son indispensables en su carrera. Y en la vida social. Y son muy útiles para sacar adelante un matrimonio que se hunde; aunque sólo se dilate el naufragio. ¡Que será con explosión! Mario introduce los dedos pulgares entre el chaleco y la camisa. (Los gestos de los políticos se heredan de generación en generación. Poco a poco se ha perdido la forma de pararse típica de los conductores de tílburi y landó, o la manera de colocar el cuerpo como si se estuviese apoyando en un bastón. Con el desuso progresivo del chaleco, la costumbre que exhibe Mario en estos instantes también desaparecerá... para ser sustituida por... ¡Ouién sabe! También han heredado las apariencias del retoricismo fin de siècle. ¡Qué lástima que Mario no use reloj con cadena... v tongo! Bueno, cuando sea ministro, permanecerá algunas horas frente al espejo ensayando sonrisas, ademanes y saludos, con el colero puesto antes de partir al Tedéum o la Parada Militar o a la sesión solemne del 21 de Mayo... Mi silencio dura demasiado. Como el ente social es más fuerte que todo, tendré que hablar. Aunque preferiría continuar callado construyendo un universo desde mis voliciones. Ordenando el mundo. Haciéndolo como debe ser porque así es ya. A pesar de los infinitos trucos para presentarlo de otra manera. Me es imposible continuar sin decir algo... ¡He sido siempre igual!...

—¿De veras que le gustan los cuadros de Roberto, Mario?... Mire... Yo creía que éstos le iban a gustar menos... Mucho menos queee... a otras personas...

—Bueeennooo..., la verdad es que mi opinión es que sooonnn... muy..., muy ¡plásticos! ¡Eso es! ¡Son

muy plásticos!... ¿Que a usted no le gustan mucho? —dice, algo intrigado.

Ha comenzado a dudar. Y antes de que cante el gallo por tercera vez, terminará negándolos. ¡Veremos!

-¡No! -digo con énfasis.

— A decir verdad..., usted sabe... ¡En fin! ¡De modo que...! A decir verdad, a mí no me llenan del todo...

El gallo aún está en silencio y ya va una.

-¡Son muy malos, Mario! -con énfasis.

—En efecto..., en efecto. Parece que Roberto no ha... progresado, digamos.

Van dos.

—¿Progresado? ¡Pero si el progreso sólo puede partir de un mínimo de talento!... Lo demás...

—¡Lógico, lógico! Si lo que yo quiero decir es que no siendo un pintor..., digamos..., serio, deee... trascendencia (porque Roberto es sólo un aficionado), ha decaído. ¡Es una lástima! Una verdadera lástima, y lo lamento, porque el muchacho es tan esforzado...

¡Listo! La tercera; que le ha costado ponerse algo colorado...

"Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu habla te hace manifiesto. Entonces comenzó a hacer imprecaciones (Petrus tu es Petrus, nada menos), y a jurar, diciendo: No conozco al hombre. Y el Gallo cantó luego." ¡Kikirikí, gallito de la Pasión!

Cambiar de tema. La Gorda Zañartu (que ahora no lo es en absoluto) está impaciente. El ideal sería que se desesperara a más no poder. Las cosas más aburridas pueden convertirse en los mejores pasatiempos si de actores de carácter pasamos a ser directores de la obra. Los actores conocen de memoria sus parlamentos... En cambio el director puede...

—¿Cómo andan las cosas después del último lío

de su partido, Mario?

Sus preparativos deberían incluirse en el método Stanislawsky. Se ha relajado instantáneamente, hasta la sonrisa. Un-dos-tres segundos. Seriedad (posesión de su papel más adecuado). Inspiración (conocimiento de las normas elementales del oficio), que se completa con la espiración de un tercio del aire por medio de una elegante carraspera. Desprende la mano izquierda (el movimiento es indispensable), pero esta vez no junta el pulgar y el índice que forman el círculo del orador. Habla:

—Evidentemente, las cosas se arreglarán... ¡Sí!... Ayer, no más, dije en la Cámara (a propósito..., ¿leyó mi discurso?), dije en la Cámara...

—No, no lo he leído, pero mi padre debe de haberlo hecho. Se lee íntegras las versiones... —y me callo, avergonzándome por mi estupidez.

Evitar los ojos de la Paz. ¡Uno termina cayendo

en los jueguitos!

—...Dije en la Cámara que lo nuestro —continúa como si mi interrupción hubiese sido de rigor, pero impertinente—..., que el pequeño diferendo interno nuestro era algo así como una pelea de recién casados: junto a la reconciliación, que es rapidísima, viene el encargo del niño...; Jajá! ¡Jajajajá! ¿Qué le parece?...¿Divertido, nooo? ¡Jajajajá!

Me golpea la espalda. (Invitación a reír con su chiste parlamentario.) Miro a la Paz, entre las sacudidas que experimento con la jovialidad de su marido. No encuentro sus ojos, que otean el horizonte. Está molesta. (Podría ser conmigo porque intuye mi juego o con Mario por prestarse a ello. O con ambos. Y tam-

bién consigo misma. Me odia en este instante porque la obligo a despreciar a su marido; la obligo a "contemplarlo de perfil"... en el sentido de Vallejo. Muy justo su sentimiento: no es posible aceptar que se juegue con el prestigio de la firma "Mascayano, Zañartu e hijos y futuros nietos".) Pero ya no es tiempo para abandonar la partida. Jugarla hasta el final. Por último, es mejor que revolcarme en mi propio hastío.

Acompaño las carcajadas de Mario.

—¡Jajajajá! ¿Bueno..., nooo? ¿Qué tal?... ¡En fin! ¡De modo queee...! —insiste.

Ahora me aprecia con locura. Debe de estar alabando sin restricciones mi sentido del humor. Y acordándose de "lo señora que es misia Rosario". Pero yo no quiero su aprecio. Por varias razones...

—¡Muy divertido! ¡Y... también ingenioso! Pero cuando las peleas se repiten casi sin interrupciones, porque no se trata deee... del lado de la cama en que deben dormir, sino queee..., ¡digamos!..., ¡de la impotencia o de la frigidez o de ambas cosas!..., bueno..., es posible que nazca el niño, pero..., pero de otro papá —digo.

Su cabeza comienza a introducirse entre sus hombros. Hércules y la Tortuga. El debe saber la fábula, el fin de la fábula. Y debe creer que es cierto que la carrera la gana la tortuga... Bastante ingenioso lo que dije. Independientemente de lo desagradable y poco amistoso. ¿Qué me dirá después de su meticulosa meditación? Darle tiempo; para ello, buscar los ojos de Paz. No los encuentro. Me distrae el ruido de las conversaciones en progresivo aumento de timbre. Pax Pétrea. ¿Qué pensará ella? Y después me pregunto por la maledicencia y los dimes y diretes y los pelambres y las anécdotas apócrifas sobre mi pesadez congénita... Esta es la mejor manera de reclutar

enemigos en grandes cantidades y a altas velocidades. Esto lo sé desde hace mucho y soy incapaz de ser de otra manera. ¡Hasta los treinta había oportunidad de cambiar! No alcancé. Ahora... deberé esperar la edad de la sabiduría. Porque ahora se trata de ser honesto, por lo menos ocho horas diarias. Buen propósito, porque ya es demasiado grande la dosis de mentiras propias. Esas sí que puedo fabricarlas con facilidad: extremo cuidado de no causarme el más leve rasguño. Claro que ando al revés, de acuerdo con las normas de "Cómo conquistar amigos" o del Budismo Zen o del Cristianismo o de la conducta ideal que ofrecen las publicaciones de todo tipo. ¿Habrá algún texto con doctrinas que expliquen mi sistema? El Marqués de Sade resulta un teólogo demasiado extremista.

Me distraen las puntas del cuello de la camisa de Mario: se enroscan hacia arriba. No mucho, pero lo suficiente como para notarlo. La Gorda Zañartu no habrá lavado jamás sus camisas. ¿Y para qué? Además, ha sido floja la vida entera. Mario me está hablando y no he escuchado el principio. Debe de ser su famosa respuesta. Sonrío y al mismo tiempo hago gestos de que comparto su humor y su punto de vista. Ha vuelto a ser feliz. Sonríe ampliamente. Está en plena posesión de su aplomo enajenado por algunos minutos...

—¡Bueno!...¡En fin! De modo que...¡Compermiso, los dejo un ratito! —dice.

Otra venia. (He perdido la cuenta de las venias; deben de ser miles.) Nos hemos quedado solos con la Paz. Me coloco a su lado. Miramos hacia la puerta, sin hablarnos. Me distrae un tumulto que se ha formado a la entrada de la Galería. ¿Qué será?...

Nada menos que la llegada de Raphaín. Varias cabezas se vuelven hacia él. Buscan sus ojos para saludarlo. Una pareja de adolescentes, lánguidamente cargados de libros (y de amor, supongo), se ha detenido frente a nosotros y contempla los gestos y aspavientos de Raphaín. La cabeza de ella se inclina para descansar en el hombro de él. Estudiantes de Bellas Artes. Odian este ambiente... hasta que logran introducirse. ¡Pobres! Peor si tienen talento. Se los muestro a la Paz. Después de observarlos algunos instantes, busca mis ojos y me mira con ternura: la ternura que quiere o cree sentir por ellos. Le devuelvo el gesto en idénticos términos. Todo esto es convencional. Como la ternura, que con el tiempo llega a ser eso mismo.

- -Llegó el barbón de opereta -digo.
- -¿Quién es? -pregunta.
- —¿Así que no lo conoces? ¡No te puedo creer, Paz!...
 - -¡No, no lo conozco! ¿Quién es?
- —El famoso Raphaín Dagoni, secretario de la Embajada dominicana —digo.
- —¡Ah! ¡Pero éste es el famoso Raphaín! ¡Qué monada la barba!, ¿no es cierto?
 - -¿Encuentras?
- —Sí... Me moría de ganas de conocerlo. Todo Santiago habla de él. ¡Tienes que presentármelo!... ¿Lo conoces?...
- —¡Por supuesto!...¡Quién no!... Además, se las ha arreglado para meterse por todos lados. No ha perdido ni una semana... A los cuatro días de haber llegado ya había conocido a Patricia y Albert y estaba comiendo en su casa y hablando de política con don Ladislao..., que lo miraba con mucha desconfianza... Después de comida, don Ladislao se me acercó para preguntarme si Dagoni tendría cola.

Yo le dije que sí, que tenía cola prensil... Se rió muchísimo...

-¡No seas pesado! -me interrumpe la Paz.

-¡Pero si es cierto! ¡Ah!... Le encantará saber

que tu marido es diputado...

Su gesto de desagrado me interrumpe. Veo que he aprendido bien a no darle completamente el gusto a la gente. Es desagradable, pero divierte. Hay que cambiar los juegos. Siempre es mejor jugar con los seres humanos que con títeres. Los hombres aprendemos tarde eso. Las mujeres empiezan desde chicas a hacerlo: apenas despuntan los senos, sustituyen sus muñecas por nosotros. Y se divierten como chinas. Y les queda el recurso de jugar a escondidas con las muñecas...

—¿Viene siempre a las exposiciones? —me pregunta.

- —Siempre. También a los conciertos: es músico (dice él), también experto en pintura y revolucionario (cuando está entre gente de izquierda, se entiende)... Oficialmente es demócrata a lo Caribe... ¡A lo mejor es hijo de Trujillo.., de los otros.., claro está!...
- —¡Por Dios que eres pelador!.. ¿Y será mestizo?
 - —¡Evidente, pues, niñita! —digo.
 - —¡Qué exótico! —suspira.
 - -¡No seas vulgar, Paz!
 - -¡Bah! ¡Qué más da!

Reímos. En este instante se nos une Teresa. ¿Dónde andaría? Arpège. Sus hombros desnudos lucen el comienzo de su archipiélago de lunares. ("Prefiero morir de cáncer antes de sacarme alguno." Mi boca los conoce tanto. He desembarcado en todos ellos. Asperos y microscópicamente protuberantes. Un mare-

moto de jabón los sepulta cada mañana. "Lo importante en ti no son tus lunares; es tu continente tu gran maravilla." "¡Ya está haciendo poesía a oscuras; enciende la luz para levantarme: es tardísimo!" Fin. Las sábanas tibias y con su olor. Paso la mano por las depresiones que ha dejado su cuerpo en la cama, que abandona con presteza. La luz me encandila al reflejarse sobre su espalda, que avanza hacia el baño. Escucho el ruido del agua y el golpe de la puerta que lo apaga casi por completo al cerrarse. Un lecho es un vehículo demasiado grande para viajar solo.)

-¿Viste a Rapha? - pregunta Teresa.

—¿Irá al taller de Roberto, después? —agrega la Paz.

—Sí. Quizás la fiesta sea en su casa —les respondo.

La Paz abre los ojos. Con pequeños toquecitos rápidos en distintas partes de su ropa, ambas arreglan sus toilettes. Y aprovechan para estudiarse. Teresa tiene más mundo. No soportará el asedio... Menos el silencio.

-¡Qué maravilla tu vestido, Paz! -dice.

La Paz se observa complacida.

-Sergio Matta -murmura.

(La dieta de Mario. También algunos negocitos por aquí y otros por allá. Total:

Sergio Matta como modista.

Una citroneta para ella y Oldsmobile para él. Casa nueva.

Tres empleadas.

Al día en las cuotas del Club de la Unión y nuevo socio del Club de Yates de Algarrobo. Viaje a Europa con Paz. (Comida en Lido y Moulin Rouge; Louvre, cuarenta y cinco minutos "intensos". Viaie a China Roja. ("De soltero, pues, hombre: fuimos en misión parlamentaria; léete el librito de Lucho Oyarzún, es divertidísimo.") Pisito de un ambiente en el Pasaje Matte (a tres cuadras del Congreso).

Gira mensual a su circunscripción electoral; en tiempos de elecciones vive dos meses en el mejor hotel. ("¡Vieras las cuentas, Paz! Tenemos que economizar, hijita; la dieta no da para tanto.") Telegramas a su secretario, en Santiago: Urgente hablar Ministerio asunto pavimentación carretera rural. Comunique cualquier vacante administración pública. Reserve tres matrículas Internado Barros Arana si posible beca. Saludos Mascayano".

Padrino del último hijo del secretario de asamblea de su partido. (Gran fiesta: "¡El higado no resiste dos días más de campaña!")

Humo. Nubes de humo. Calor. Risas. Fragmentos de óleos...

Una mujer horrenda... Dos... Tres... Juntas. Proceso de selección natural. O alguien que las reunió para librarse de ellas con facilidad. Porque se pegan. ¡Y son tan sabias! Escriben y "participan activamente en la Sociedad de Escritores, el P.E.N. Club, el Grupo Fuego de la Poesía, la Sociedad de Amigos del Museo de Arte Contemporáneo, Jurados del concurso literario "Fundación Rebeca Goldenstein de Dreckovich"... "¡Se mueven tanto las pobres!" Son más difíciles que las bonitas. Porque no creen; debe de ser falta de confianza en sí mismas. "Tú quieres reírte de mí", dicen. Falso. Lo que uno quiere es bastante concreto y diferente: reírse de uno mismo. El trago excesivo y la necesidad urgente nos impulsarán a la aventura... Después es terrible. Ni siquiera la morbosidad nos impulsa a la reincidencia. Y por supuesto que no es risa lo que da, entonces. Asombro, espanto v anhelo de amnesia total. A veces son vírgenes. Voluntariamente: simplemente no han querido hasta que no se enamoren "de verdad". Algunas serían hasta buenas esposas..., siempre y cuando no fuesen hediondas de flojas y... a condición de que el marido las amarrase a una viga de la cocina al menor intento de volver "a la vida artística". Pero a la larga son más exigentes que una reina de belleza... Son como de una raza especial; tienen gustos comunes que terminan -: qué curioso es eso!- por imponérselos a las mujeres bonitas, a los escritores homosexuales y a algunos críticos que toman el té en sus casas. El último invento de la secta consiste en "la atracción de Raphaín Dagoni". Se enloquecen por él. Hay que ver las maravillas de contorsiones que hacen mientras Rapha les habla... Sabe tener un minuto para cada una, sin excepciones: suficiente. Porque los demás huyen apenas las divisan a diez metros. Para las mujeres bonitas, dispone de ilimitadas horas. ¡Tiene toda la razón!

No vi los saludos de Rapha a Roberto. No importa; ya tendremos oportunidad de verlos congratularse durante la fiesta. Se abrazan aspaventosamente cada cinco minutos. Y Juanito Alcayaga permanece rondándolos sin descanso hasta que termina la ceremonia. Luego saca un globo multicolor de sus bolsillos repletos de cosas extrañas (gomas de borrar, lápices de colores, un trompo, un yo-yo, cintas tricolores, fotografías cómicas de 1910, etc.) y lo infla — en medio del silencio maravillado de los demás— y,

después de regalárselo a Roberto, lo revienta con un alfiler que extrae de su solapa. ¡Pobre Juanito, dicen que lo regaló al Museo de Bellas Artes, junto a su colección de "primitivos chilenos", el profesor Nicolai! Ahora es, también, comisario de la Galería Triángulo...

Mis padres vienen llegando. Mi mamá debe de haber traído a la rastra a papá. Sonríen a todo el mundo. La sonrisa de Mario no alcanza a ser ni una mala caricatura de la de mi viejo. Mamá está muy avejentada. ("A la Rosario se le han venido los años encima, de repente, pues, niña." "Es que pasa cuidando nietos, la pobre." "Sí, pues, los hijos están cada día más desconsiderados; fíjate que el otro día, no más...") Me hace un gesto cariñoso, arrugando la nariz. Responderle con reserva. No quiero que venga. Me cargaría oírle decir hipocresías a Teresa. Ya no tiene para qué, pero no puede evitarlo: debe de ser sentimiento de culpa... o algo parecido. Nunca pude comprender su actitud cariñosa y simpática hacia Teresa, cuando algunas veces comíamos en mi casa. Después -al día siguiente, o esa misma noche si llegaba temprano luego de haberla ido a dejar- me decía: "¡Esa niñita no le conviene, mijito! No tiene hechuras para dueña de casa y lo que usted necesita es una mujer capaz de organizar un hogar y educar a sus hijos... Será muy bonita, no lo discuto, pero yo no me equivoco jamás con respecto al carácter de la gente... Además, los Arlegui están cada día en peor situación... y el divorcio de sus padres... es algo que..., ¡bueno, usted sabe!..., jno, no me gusta nada Teresita!"...

¿Por qué no se lo diría a ella?... En vez de sonreírle y preguntarle cien veces por la salud del papá y de doña Tere y otras imbecilidades que me ponían histérico... Y a Teresa también. Teresa se vuelve hacia la pared para no saludarla. La odia. Le sobran motivos. Y son muchas las razones para amar; basta apenas un motivo para que el odio sea perfecto. Es bueno el odio. Porque es un sentimiento claro y definitivo. Unívoco. Además sirve para eliminar los residuos de candidez y mostrarnos a los demás seres en todas sus verdaderas dimensiones.

Más humo.

Por un claro entre el hombro izquierdo de Paz y la cintura de Alejandro, logro ver un trozo de cuadro. Una especie de macetero con dedos; ¡supongo que serán flores! Bastó un leve movimiento de Alejandro para borrar la visión. Isabel me llama desde el centro de la Galería. Trato de ignorarla. Imposible. Se acerca.

—¿Supongo que nos iremos todos juntos, no es verdad? —pregunta sin dejar de mirar a Teresa.

Esta esquiva la vista. Fue un gesto nervioso.

-¿Ah? -insiste Isabel.

—Creo que sí; Jorge y tú y alguien más caben en el auto —digo.

Se ha puesto tensa.

—¡No quiero irme con Jorge! —susurra en mi oído.

Me retiro un paso hacia atrás y tomo un aire de seriedad:

—¿No dices que Jorge te resulta inofensivo? — le digo.

-; Por eso, pues! -dice.

Es un humor de los dientes para afuera. Está furiosa conmigo. Estoy seguro de que desbarato sus planes, aunque los ignoro. Además, su broma sobre Jorge es una mentira que le ha gustado decir porque suena bien. No le importa en absoluto —quizás le agrade, inclusive— que Jorge sea inofensivo. Pero

tendrán que irse juntos. Yo quiero estar solo con Teresa. Por lo menos en el trayecto de aquí a la fiesta...

Le doy unas palmaditas amistosas a Isabel en el brazo. Significan cualquier cosa que la haga creer que todo saldrá bien. Hablando del rey de Roma: se nos unen Jorge y Mario. Jorge se estira militarmente al ponerse al lado de Isabel. Pretende disimular la diferencia de estatura. Son del mismo porte, pero Jorge se ve más chico. Quizás esos detalles hayan determinado la indiferencia de Isabel. ("Dile al idiota de Jorge que me deje andar con taco alto; estoy aburrida de andar con chalas." "¿Por qué no se lo dices tú misma, Isabel?" "Me da pena... y ¡vergüenza!") Desde el principio las cosas anduvieron mal. Y era tan difícil hablar con Jorge. Especialmente yo. Tenía unos celos estúpidos e injustificados...

El ruido comienza a disminuir. Todos hacen callar a todos, con lo cual la bulla aumenta. Contribuvamos al estruendo o al silencio:

-¡Chiiiiiiittt!

Poco a poco la calma llega. La gente comienza a replegarse hacia los costados de la Galería. Al centro se destaca Raphaín, que hace gestos de director de banda de circo. Sonríe. Va a discursear. Ha establecido la moda —que practica sólo él— de hablar en las inauguraciones y en las fiestas...

-¿Qué va a hacer? -susurra Paz.

—Se va a dar vueltas en el aire y se colgará con la cola de la lámpara —digo.

-¡No seas plomo!... ¿Va a hablar? -insiste.

—Podría suceder...; desde que le enseñaron la gracia en el zoológico, no pierde ocasión —digo.

Me vuelvo para huir de las miradas indignadas de la Gorda. Me posee eso que se llama "vergüenza ajena". Y que no es más que vergüenza propia por la posibilidad de que alguna vez hagamos lo mismo... o lo hayamos hecho. La mayoría de las sonrisas de todos —incluyendo la mía— son rictus que ocultan la vergüenza ajena que nos domina en estos instantes. El ideal sería que aprendiese a reírme con las escenas como éstas. A reírme de veras, hasta el punto de incitar a los idiotas a que las realicen a menudo.

—Seré muy breve, amigos míos. Sólo quiero decir unas palabras para celebrar esta fabulosa ocasión: ¡Roberto es mi más grande amigo y estoy orgulloso de su arte increíble!... Ahora, están todos invitados a mi casa para festejar al arte chileno. ¡Viva Roberto! —se escuchan vivas—. ¡Viva el arte! —disminuyen los vivas—. ¡Viva la amistad! —aumentan un poco—... ¡Viva Chile! —gritan todos y algunos agregan: "¡Mierda!"

Aplausos.

Raphaín está radiante. Se abrazan con Roberto. ¡Menos mal que habló cortito! Dos o tres emboscados gritan: "¡Viva Santo Domingo!"... Reconozco la voz de Juanito. Nadie responde...

—¿Qué diablos, nooo? ¡Muy simpático este Dagoni, pero las dictaduras son las dictaduras, nooo! —

dice Mario Mascayano.

Disminuyen los aplausos... En este momento llegan Patricia y Albert. Ambos hacen muecas de desconcierto. No saben de qué se trata..., pero no deben descartar la posibilidad de una broma para ellos, por su atraso. Cuando no merecemos aplausos imaginamos la burla. Y cuando creemos merecerlos..., no conviene descartar la misma posibilidad. ¿Quién sabe? Tantas veces que aplaudimos a Cloroformo Saavedra durante sus aburridísimas clases de trigonometría, nada más que para mantenernos despiertos de

risa. Con el tiempo, le gustaron tanto las manifestaciones públicas que hasta aventuraba un chiste para recibir el homenaje del curso... En general, le hicieron bien esos golpes de manos. Rajaba a muchos menos en los exámenes. ¿De quién fue la idea? Del Loco Prieto, casi con seguridad.

Patricia se incorpora a nuestro grupo. Ha realizado una especie de paseo triunfal para llegar hasta aquí. Besa a Paz, juntando las mejillas y chasqueando los labios. (De otro modo quedarían enteras pintadas.) Ahora la ceremonia se repite con Teresa. Y con Isabel... Yo la beso en la frente. Su *Diorissimo* llena mis narices y la bocanada de aire que respiro (parece que se le pasó la mano con la esencia).

Vestido de Balenciaga. Ninguna joya. (Si yo no supiera que se ha demorado tres horas frente al espejo meditando su sencillez, me conmovería.)

—¿Dónde está Albert?... ¡Ya se me perdió!... ¿Y esos aplausos?... ¡No pude llegar antes; pero no importa! —dice, sin haber respirado entre las preguntas y las exclamaciones.

—¡Albert: busca trago!... Lo encontrarás pronto... ¡Los aplausos eran para tu "osito regalón" de Rapha Dagoni, que hizo una disertación sobre estética contemporánea... Siempre llegas tarde... Y perdona que agregue algo que no preguntaste: ¡Estás preciosa! —digo imitándole un poco su tono.

-¡Plomo!... ¿Ismael mi hermano, dónde anda-

rá? - pregunta.

-No he visto a Ismael tu hermano -le dice Teresa.

Arrisca la nariz para demostrar que tiene buen humor.

—Me tiene las llaves del auto, el tonto... —dice.
Sigue hablando acerca de la exposición. Yo no es-

cucho. Ya es hora de alcanzar la puerta. Demasiadas estupideces juntas. Propias y ajenas. La soledad es total. Es el único provecho que obtengo de las inauguraciones de exposición. ("Se dice vernissage, es mucho más chic, ¿no hallas, Tere?") Sí, sentirme absolutamente solo entre toda esta gente estúpida..., tan estúpida como yo. Estamos todos solos... y cada vez más lejos. ¡Dios mío: si se pudiese volver a creer en ti, siquiera! Este es camino menos adecuado. Ni el bien ni el mal. Nada. El limbo de la conciencia. Líquido amniótico que una generación completa se niega a abandonar...

* * *

La pareja formada por Albert y Roberto se ha transformado en un trío cuyo último elemento es Juanito Alcayaga. Es probable que mis sensaciones se confundan. Las de ahora y las de antes; las de siempre. Porque tanto entonces como durante esta marcha increíble, prevalece algo semejante a un esquema siempre a punto de gestarse y que tiende a definir mi estado de ánimo. Quizás sea la única sensación que no admite interpretaciones ambiguas. O que debido a su antigüedad y permanencia se ha situado por sobre las autoexcusas, las racionalizaciones, las mentiras piadosas, el exhibicionismo, la moda, la frivolidad y la autocompasión. Es la conciencia de mi hastío arrastrado desde la adolescencia. Es el efecto-angustia de la causa-frustración por pérdida de la vitalidad intelectual. Ello explica la especie de antiquísima intuición del desenlace que se ha producido. Nunca supe cómo expresarla. Resulta doblemente grave la ignorancia de esa verdad de la que he sido protagonista. Nunca pude encontrar una salida; ni tampoco sería

capaz de encontrarla en estos momentos..., aunque me niegue a creer y aceptar el fracaso.

Albert me hace señas. Contesto maquinalmente. Venias. Caricaturas de sonrisas. Incertidumbre... Con Roberto y Juanito Alcayaga repito las muecas. Y a pesar de todos los juicios que me merezcan sus expresiones físicas a lo largo de nuestra historia, no podría afirmar nada que fuese siquiera un esbozo de verdad respecto a "sus" verdades. ¡Es una pena que las caras de la gente sean sólo la portada de un libro secreto que nadie puede abrir! Si no somos capaces de conocer lo que realmente ocurre dentro de nuestros padres, en nuestro propio hogar, ¿qué podremos afirmar -válidamente- después de observar algunas muecas hechas por un extraño? Y como el alma no se anida en la boca, las palabras significan muy poco... Alguien me toma del codo. Me vuelvo con desgano, mientras la presión aumenta progresivamente. Raphain Dagoni.

—¡Qué tremendo! —me dice al encontrar mis ojos.

Subo los hombros sin dejar de mirarlo. Elude mi vista, disculpándose en el acto de libertar mi brazo... Caminamos algunos pasos en silencio. Supongo que él también se mira los zapatos. Nos abandona, no sin antes regalarle una mirada de comprensión y piedad faciales a Jorge. Apura el paso y el trío que nos precede se transforma en cuarteto.

El sol se filtra entre los árboles. Luz gris clara. Diez metros adelante, cuatro ruedas emiten un sonido hiriente, apagado apenas por los pasos de esta muchedumbre de la que formo parte... Sobre esas cuatro ruedas, una plataforma, y sobre ella —¡entre madera oscurecida!— va Isabel... ¡Isabel!... ¡Qué locura, Dios mío! ... ¡Isabel!

Tengo que encontrar algo que me permita huir de esto. ¡Tiene que haber algo! Algo como una droga intelectual... ¡Es una locura que vayamos caminando detrás de los despojos eternamente inertes y casi destruidos de una mujer que amé..., que deseé por la belleza de esas formas que va no existen más!... ¡Tanto que la deseaba! ¡Tanto que sufrí para que fuera mía! ¡Tanto que sufría después que fue mía!... Cada vez la tristeza iba creciendo hasta que llegó a ser más grande que el placer. ¡Oh, y toda la metamorfosis de ese cuerpo! Los mil cambios que sufrió desde que bailé con ella esa primera noche. ¡Cómo se fue transformando esa niña flaca y deslavada, repleta de muestras de acné juvenil, en esa mujer maravillosa de los dieciocho años! Parecía una walkiria criada en el Mediterráneo... (¡Así le dijo una vez don Ladislao!) Y se puso roja de orgullo y quizás de espanto...

* * *

Hemos trepado por los faldeos del cerro San Cristóbal que dan a Pedro de Valdivia Norte. Primicias de la muerte de este otoño, en las últimas hojas cayendo al atardecer. Señales del invierno en aisladas ráfagas de aire helado. Santiago tan lejos como uno lo desee. ¡Es claro que no lo suficiente como para saber que descendiendo doscientos metros nos toparemos con sus veredas!... La tierra huele bien en su humedad. Isabel, tendida a mi lado, mordisquea el tallo aséptico de una teatina verdiamarillenta. Me ofrece su eterna negativa anticipada, en la rigidez de sus músculos en tensión; en los ojos: miedo. Terror a ella misma, supongo. Y a sus amigas, que podrían haber enviado algunos duendes a espiarla en la excursión. O a la posibilidad de que su madre haya com-

prado un catalejo para mirarnos desde su casa. ¡Imbéciles! Y lo peor es que carezco de argumentos para discutir con Isabel. He agotado todas las razones válidas existentes y posibles. Pero es inútil. Está repleta de traumas adquiridos en el colegio y en su casa. Ella y sus amigas y compañeras de curso se avergüenzan de venir al cerro o de ir a una plaza pública con los pololos. Sólo la matinée o vermouth de algún cine del centro. O el paseo estúpido en los autos prestados por el papá "hasta las seis y sin correr como locos", donde se amontonan muchedumbres de parejas aburridas y levemente inquietas porque al día siguiente es lunes y no se ha estudiado mucho. O el manoseo en la semipenumbra del living de sus casas, atentos a la próxima llegada del padre desde la oficina o de la mamá de algún "té"... Tampoco puedo usar trucos. Las cosas simples —las verdaderamente simples— se empuercan con las artimañas. Inclusive, la especie de excitación sexual de este minuto es producto de la prolongada y cotidiana insatisfacción. ¿Para qué insistir o decir algo? Hacerlo, nos enredaría confundiéndonos hasta la ira...

Mirar el sol a través de las ramas cruzadas. Luz interrumpida en trazos quebrados. Contraluz cobrizo. Hiriente. Leve bruma borroneando el horizonte. Desde allí surgen las primeras luces del alumbrado callejero... No soy trágico, creo. Quizás estando solo.

—¿Tienes pena? —pregunta.

—Al atardecer...—es mejor interrumpirse.

Tendría que decirle cosas nítidas. Nada retórico. Sé muy bien que Isabel y otra gente extraen mi payaso; mi payaso "zoón politikón"; también al erudito del lugar común dicho en serio y con voz de tonto grave. Jamás logran extraer al hombre de las caver-

nas; o al balbuceante hombre de veras; o..., por último, al niño moribundo.

En mi cabeza se apoya su mano siempre rígida. Dedos tensos. Deseos irreprimibles de restregar mi cara en su vientre. Y sollozar allí. Y besarla aunque sea sobre su ropa...¡Inútil! Seré rechazado. Me contento con que sus dedos revuelvan mi pelo.

- -¿Tienes pena? -insiste.
- -Cuando llega, Isabel...

Supongo que he callado porque su mano se detuvo. Quizás guardé silencio porque no podría decirle en qué consiste mi pena... ¿Tengo pena? ¡Ridículo! Lo que pasa es que soy triste. Pensarlo cambia su sentido. Es imposible pensar en la tristeza. Hay que sentirla. Tan pronto comienzo a analizarla deja de existir para transformarse en hipótesis absurda que vuelve a arrojarse sobre mi piel y mis ojos, apenas olvido el pensamiento.

La mano de Isabel ha vuelto a tener movimiento. Confunde mis pelos. Uñas arañando trabajosamente el cuero cabelludo. Habría que sembrar en esos surcos invisibles que van dejando sus caricias; sembrar las sensaciones agradables. Trasplantar allí los vellos erizados de mis brazos. Juntar todos los pelos del cuerpo en un sitio —un solo sitio— y ser verdaderamente desnudo.

Las ramas ya no suspenden la luz. No es un foco único el que la irradia: proviene de infinitos lugares; es el instante de su ubicuidad. Al amanecer en Santiago, ocurre lo mismo. La cordillera de los Andes dispersa el sol, que destaca los estrictos perfiles de los cerros. Con la cordillera de la Costa pasa lo mismo al atardecer. Se repite el gesto andino de la madrugada. Los pequeños cerros del poniente recortan

sus redondeados perfiles hasta fundirse con la sombra.

—¿Tienes pena?... ¿Tienes mucha pena? —insiste Isabel.

-¿Te has fijado, Isabel, que la luz de la tarde...?

Mi respuesta termina por desintegrarse. Me doy cuenta de que me interroga por su tristeza. Ni siquiera sabe que yo también conozco la pena sostenida. Es tan difícil saber si ella es triste: lo oculta de cien maneras. Y cuando en las raras ocasiones, como ésta, lo demuestra, se me hace difícil imaginarlo. La gente exhibe sólo los esbozos de las sensaciones. Los dibujos definitivos se quedan muy adentro (únicamente cuando los sentimientos lleguen a concretarse).

Su mano ya no está en mí. Lo noto porque había llegado a ser una especie de abrigo...

Frío.

El calor de hace poco debe haberse deslizado cerro abajo.

Ultimos gritos de los pájaros del día. Los de la noche graznan aislados, confundiéndose con otros ruidos:

Los animales del día a los de la noche buscan. Lejos anda el sol, cerca la luna. Animal de mediodía, la medianoche te turba. Lejos anda el sol, cerca la luna...

¿Cuánto hace que los insectos y los sapos de la acequia cercana iniciaron su inexplicable duelo de sonidos?... ¡Sí, tengo pena!

-Sí, tengo pena, Isabel -digo.

-¿Tienes pena? -vuelve a preguntar.

Es casi seguro que su pregunta fue motivada por el descontrol de mi voz. Hablé como siempre, sin embargo las palabras sonaron una octava más bajo, pero en falsete. ¡Lógicamente perdieron su fuerza! Aclaro la garganta. Comienzo a sentir cansancio por la prolongada posición de mis piernas, que sirven de almohada a Isabel... Quizás quiera hablarme de su pena, de su tristeza. Por eso averiguó por la mía. Siempre que no está segura de sus emociones, las confirma con las mías. Conozco la tristeza de Isabel. Es algo oscuro que comienza por un deseo de que alguien le hable, la distraiga; luego continúa -si ha logrado su primer deseo- en una serie indisimulada de actitudes y gestos que demuestran que no escucha y que no le interesa lo que le dicen; cuando ha logrado el silencio de quien la acompaña, dice una palabra o una frase que sabe herirá a los que la rodean, y si son muchos, dirá lo justo como para que todo el mundo, sin ninguna excepción, se sienta incómodo y piensen que "sería bueno hacer algo para entretenerse". Es el instante en que pregunta (cuando se trata de un grupo) si "no encuentran que esto es una lata". Y cuando obtiene dos o tres respuestas afirmativas, su rostro se ilumina y hace todo lo posible para que las cosas sigan tal cual están. Si se trata de una sola persona -de mí, por supuesto-, no necesita preguntar: parte de la base de que estoy triste o aburrido. Y entonces hace mil cosas para mostrarme que ella está feliz y muy entretenida, y que se extraña de que vo no comparta su estado de ánimo... Y todo esto es cíclico. Puede repetirse, tres, cuatro y más veces en una tarde... No creo que podría explicarle todo lo que pienso al respecto. Una vez lo intenté. ("Me pregunto,

¿de qué te sirve tu sensibilidad?", me dijo. "Bueno, me sirve para decirte estas cosas, Isabel." "Quiere decir que no tienes la más mínima sensibilidad, entonces.") Es mejor que silbe. El primer acorde de "Tanhäuser"... Me gustaría besarla en este instante; ahogar la música en sus labios. No querrá. ("No me beses aquí, ¡sabes que nos pueden ver!" "¡Pero, Isabel, si no hay nadie!" "¡No importa, no me gustan los besos en público... y además nos pueden ver!") Es inútil tratarlo siquiera.

-Isabel...

—Siempre que estás *rarífico* silbas lo mismo — me interrumpe.

—¿Síii? —digo.

—Hmm-hmm.

Tomo su mano más próxima. La llevo —venciendo una leve resistencia— hasta mi pelo. Allí permanece inmóvil, desganada después que la he soltado. Vuelvo a estrecharla y la restriego con fuerza sobre mi cabeza. Después de algunos segundos comienza a moverse por sí misma; las uñas vuelven a arañar y hurgar...

Mucho tiempo después. Algunos meses después del regreso de Europa, ocurría lo mismo cuando permanecíamos solos frente a la chimenea de la Isla Negra. Habíamos caminado por la quebrada, o veníamos de tomar once en casa "del Vate", o de mirar la puesta de sol desde el jardín de los García Burr, o de tomarnos un trago donde Carlos Rozas. Cuando estábamos de vuelta, ya eran cerca de las nueve de la noche. Encendíamos fuego y nos quedábamos mirándolo tomados de la mano. Desde la hora de la siesta que no hacíamos el amor. Me molestaba que se sa-

tisficiera con tanta facilidad, con lo cual me obligaba a levantarme —para salir "a cualquier lado" acompañándola—, en circunstancias que lo único que me hacía verdaderamente feliz era permanecer desnudo junto a ella, sin que importaran ni el hambre, ni la sed, ni el paisaje, ni el compromiso contraído el día anterior. Pero era inútil. Después de dormitar un cuarto de hora o menos, como si nuestro reciente abrazo no le hubiese afectado físicamente, se levantaba y empezaba a vestirse, no dejándome que acariciara sus piernas o sus senos, para lo cual me bastaba estirar un poco el brazo.

—¡Ya, pues, déjese! No quiero que empecemos otra vez. ¡Parece que usted no sabe otra cosa que hacer! —decía, casi de mal humor.

—Eres tan preciosa, Isabel! No puedo dominarme cuando veo tus piernas desnudas y...

—¡No siga diciendo leseras, porque es peor! ¡Más se excita hablando de eso!... Y es inútil, porque no tenemos tiempo; acuérdese que estamos invitados a tomar once "temprano"...

-¡Qué más da que no vayamos!... ¿Acuéstese

otro ratito aquí?...

Pero durante la conversación terminaba de vestirse, abandonando la pieza, sin escuchar mis ruegos. Y si yo —indignado por su falta de atención— alzaba la voz para que me escuchase, me gritaba desde donde estuviera:

—¡Bueno, está muy bien, pero no tiene para qué dar alaridos! ¡No soy sorda!

Entonces, me quedaba fumando en la cama; transformado en humo y modorra el deseo que ya se había trocado en ira a causa de su frustración. También, esperando casi sobresaltado que Isabel volviese en cualquier instante y me dijera que "era hora de partir"...

(como cuando estaba en la Escuela Militar y despertaba por casualidad, algunos minutos antes de diana, y me angustiaba sabiendo que no podría volver a quedarme dormido porque el toque sonaría en algunos segundos más, y junto a ello se escucharían los alaridos de los brigadieres apurándonos para correr a las duchas heladas).

La deseaba desde esa hora. Y mi deseo sufría diferentes cambios, v súbitas desapariciones v reapariciones (relativas, porque la bestia respiraba más fuerte en sus leves sueños, de tal manera que aunque me divirtiese la conversación y el trago me provocase una breve euforia social, vo sentía que mi deseo sólo se había replegado para que transcurriese más rápido el tiempo). Por eso que necesitaba que me acariciase frente a la chimenea, ya que a sus demostraciones de ternura vo les otorgaba el valor de exteriorización de su deseo, que compensaba mi larga y angustiosa espera. Pero sus gestos y ademanes eran los mismos de esa tarde de los faldeos del San Cristóbal. de una semana antes de su partida a Europa...; Es claro que ya no hablaba de sus temores de que nos viesen!... Tampoco mencionaba ni una sola palabra del asunto con Teresa. Se negaba a conversar del tema. (Su actitud externa con ella, desde su llegada, era la misma de siempre. Aunque la de Teresa, por el contrario, era agresiva, pese al fair play con que declaró haber recibido la noticia y a las frases como: "¡Lo hallo de lo más civilizado, linda! No vamos a dejar de ser amigas por eso".)

Mientras hiende mi pelo, restriego mis mejillas en su antebrazo y lo beso con los labios casi temblando. —Eres como un gato —dice. -¡Hasta ronronearía, Isabel!

ga.

—¡Mejor no! ¿Vamos?... ¡Es tardísimo! —agre-

Fin. (Pero no fin de una película americana en technicolor y cinemascope; porque termina mal.)

Levantarse perezosamente. La ropa está húmeda. La noche llega con violencia. No hay luna. Nos guiamos por los faroles de la calle que bordea el cerro. Isabel oprime progresivamente mi mano. Descendemos casi corriendo. Las hojas sueltas y el pasto nuevo mojan mis calcetines.

—Tengo miedo —dice.

-¿De qué? -pregunto.

-¡No sé!... ¡De verdad que no sé!

Casi todas las mujeres son medio nictófobas. Y les gusta tener miedo. Me detendría para hacer pichí; la vejiga llena me duele con el rápido descenso. Debo aguantar. Con el frío es inevitable que a uno le den ganas. En invierno, los baños de la Universidad pasan repletos de continuos visitantes. (El vapor de amoníaco elevándose en nubes que golpean las narices. A veces un escupo inmundo se desliza urinario abajo, perseguido por nuestro pichí, hasta que se desprenda y corra por el desagüe. ¿Quiénes serán los rotos inmundos que escupen de esa manera, digo yo? ¡Hay gente tan ordinaria!) Estoy cansado. Las luces de la calle se han ido elevando paulatinamente.

-¿Todavía tienes miedo?

-¡Ya no, por suerte! -responde.

Hemos alcanzado la vereda. Está humedecida a manchones. Respiramos entrecortadamente. Demasiado tabaco... Doy enérgicas patadas en los pastelones de cemento para desprender el rocío de mis zapatos. ¡Peor para la vejiga!

Caminamos hacia la casa de Isabel. En este ins-

tante prevalece una sensación de vacío total en mi ánimo. La culpa es mía: quizás no contengo nada..., salvo este pichí que me produce dolor con puntadas. Pero se trata de otra cosa; de algo que parece haberse incubado largo tiempo hasta lograr plenamente las formas de la nada. A veces, la vida se llena de pronto. ¿Cuándo? Tienen que ocurrir cien milagros distintos. ¡Entonces sí que vivir es una maravilla!... No se trata de milagros complicados. Basta... una rama de paulonia seca, por ejemplo...

Un día de calor. La tarde recién comienza. El sol no alcanza a iluminar sino la primera corrida de pupitres que da a la calle Almirante Latorre. La mitad del tercer panel del pizarrón brilla de tal modo, que es imposible leer lo que ha escrito el profesor.

Mientras permanezco detenido en las tres o cuatro primeras líneas de mi copia, observo —indolente— a algunos de mis compañeros que se levantan y caminan misteriosamente, buscando un ángulo desde el cual puedan leer lo escrito por el profesor, en la zona iluminada de la pizarra. Ejecutan una suerte de hipócrita coreografía que desconcierta al profesor. Y lo malhumora porque piensa que quizás estén exagerando las cosas a fin de quebrar un poco su autoridad. (Quizás piense que algunos se están burlando de él; lo que lo lleva hasta la indignación manifestada por gritos y golpes sobre su escritorio... Y a las explicaciones de algunos, acerca de la mala visibilidad, y el permiso consiguiente, a condición de que no hablen ni metan bulla...)

Según pasa el tiempo, el sol va llenando más y más la sala. Como invadiéndola con creciente brío. El profesor pide que bajen las persianas. Corren varios a disputarse las drizas, a sabiendas que las persianas están descompuestas desde hace meses. El desorden estal que Caluga se ve obligado a gritar poniéndose rojo. Elige a tres tipos para que realicen su mandato imposible de cumplir... Como no hay progresos, él mismo prueba con una de las persianas. Después de un forcejeo que sólo consigue levantar tierra, algunos de los alumnos que están sentados le dicen que están malas y que las van a arreglar. Caluga desiste y ordena a sus esbirros que vuelvan a sus lugares y que dejen "así, no más, las cosas... ¡Y los demás, silencio, caramba!"

Mientras tanto, yo me he agachado sobre el pupitre y miro casi a ras del cuaderno. Observo un firmamento de tiza en polvo y pelusas desprendidas de las persianas, que cobra luminosa vida con los rayos del sol.

Las minúsculas partículas se desplazan como meteoros y cometas, o giran como sistemas planetarios agrupándose en galaxias y nebulosas, sometidas a regulares leyes... Hasta que el habitante gigantesco del pupitre, sobre el cual este universo microscópico se sujeta al capricho de sus principios, realiza un movimiento brusco, o suspira, o cierra un libro. Entonces, por arte de ese gesto demiúrgico, las pequeñas partículas brillantes sufren un cataclismo violento y se esparcen desapareciendo en las zonas de penumbra de la sala de clases. Pero apenas cesa el movimiento del gigante, se organiza otro universo que sustituye al anterior y llega a ser idéntico. Y es como si nada hubiese ocurrido. Sólo que he sido testigo de un Apocalipsis y además he presenciado otro Génesis.

En este instante me concentro en el destino de un meteoro inmenso que, desde las sombras, inició un viaje parabólico por la franja de luz que está sobre el

pupitre de Necochea (delante de mí). Con parsimonia descendió hasta la mitad de la zona iluminada. Luego -por alguna causa misteriosa - se detuvo completamente un par de segundos v. en seguida, inició un rápido viaje horizontal hasta el linde mismo de la zona oscura. Allí casi desapareció en la penumbra, no obstante volvió a detenerse (menos tiempo que la vez anterior) y se lanzó a desandar el camino que había seguido - pero en una leve curva ascendente -. hasta que (tal como si se le hubiese acabado el combustible) comenzó a caer a altísima velocidad. Manos misteriosas repararon la avería de sus máquinas y, próximo a estrellarse contra la superficie blanca del cuaderno de Necochea, emprendió una travectoria diagonal ascendente..., ¡sin tocar ni una sola de las demás partículas que se cruzaban en su camino! Su cuerpo giratorio brillaba como si fuese de plata: emitía destellos sorprendentes. Con seguridad eran rayos especiales para alejar el peligro de un choque...

De pronto, Necochea cerró —porque sí— su cuaderno y se produjo el cataclismo que tanto temiera. En menos de un segundo desapareció mi cometa junto al universo por él explorado.

—¡Imbécil! —le grité.

-¿Qué te pasa, hooo? -replicó dándose vuelta.

No supe qué responderle. Era tan grande mi frustración que no podía dejar de culpar a alguien. ¡Lógicamente que ese alguien era Necochea! ¡La pena se transformó en odio y el odio en insulto!

—¡Eres un idiota! —dije—. ¡Convéncete! —agregué.

—¿Pero qué te hice? ¿Ah? ¿Qué te hice? —dijo.

—¡Cállate, mejor, narigón orejudo! —volví a gritarle.

-¡Afuera veremos, desgraciado! -gritó a su vez.

Los vecinos se habían detenido en sus tareas y nos miraban con curiosidad y, también, un poco de alegría...

-¿Van a pelear en el recreo? - preguntó Ismael

desde atrás.

-¿Y por qué, ah? -cuchicheaban otros.

Echegoyen, haciendo como que se levantaba para leer la parte invisible del pizarrón, se había acercado hasta nosotros y se ofreció para actuar de árbitro. Sujetando el cuaderno y el lápiz de manera complicadísima, cruzó las manos con las palmas hacia arriba y las extendió entre Necochea y yo, diciendo:

-¡Chocolate, caluga y menta!

De inmediato golpeé una de las palmas, y Necochea hizo otro tanto, después de una extraña vacilación que causó asombro a Demetrio. Con ello el ceremonial previo a la pelea estaba cumplido. Habría que repetirlo una vez más, cuando estuviésemos en el rincón de "las casitas", durante el recreo, frente a frente, listos para comenzar a pegarnos.

Después de esto, los ánimos y la curiosidad del público fueron menguando y yo me dispuse a recuperar el tiempo perdido, tratando de copiar a toda carrera el texto escrito en el pizarrón. Era inútil. No alcanzaría a hacer ni la tercera parte. Y pronto revisarían el trabajo... y el castigo sería imposible de capear.

- —¿Qué pasó? —le preguntó Ismael a Isidoro, colocándose a su lado, con la famosa disculpa de la mala visibilidad.
- —Ese imbécil, me insultó porque sí!... ¡Pero ya verá en el recreo! —dijo en voz alta.
- —¿A quién le decís imbécil, narigón tarado? —le grité, al mismo tiempo que arrojaba mi lápiz, ruidosamente, sobre el cuaderno.

Hasta ese momento -me di cuenta apenas hube terminado mi insulto a Necochea- sólo me preocupaban dos cosas bien concretas: la desaparición del cometa viajero y el atraso en la copia. Mis gritos me obligaron a pensar en el hecho de que las cosas habían cambiado por completo: la realidad inmediata la constituía mi futura pelea con Isidoro, que era "como tonto" para las bofetadas. Y en este preciso instante comencé a tener miedo. Y a arrepentirme y recriminarme por mi insensatez. ¡Pero ya era tarde! Levanté la vista para mirar las espaldas de Necochea y formarme una idea actual de su físico. El terror crecía. Pero apenas levanté un poco la vista del cuaderno, sentí que había una mirada clavada, desde la distancia, en mí. Bastó que moviera algunos milímetros los ojos, para dar con el dueño de la mirada penetrante: Caluga, que estaba contemplándome con furia. Decidí sostener el duelo ocular. Pero eso se llama insolencia (el coraje no es más que eso: insolencia, miedo y desprécio, de manera simultánea).

-¡Fuera! -gritó Caluga.

En vista de que me miraba a mí, le pregunté:

-¿Quién?

-¡Usted mismo, so fresco! -tronó.

—¿Yoooo? —dije, simulando perplejidad (o a lo mejor me puse perplejo).

-iSi, señor! iUsted mismo... e inmediatamente!

Me levanté tratando de aparentar gran serenidad y calma. Caminé hasta la puerta, perseguido por la sensación de que el incidente provocaba mucha alegría en mis otros compañeros. Y así tenía que ser, porque ésas son las cosas que uno más espera y desea, para que se interrumpa la monotonía de la clase... Al llegar al umbral, me volví hacia el profesor

y vi que no había dejado de señalar la puerta con su dedo..., o quizás más allá: señalaba la lejanía del inmenso patio de baldosas. Pero mi gesto imprevisto hizo que Caluga bajase el dedo y el brázo...

-¿Por qué me echa? -le pregunté con altane-

ría.

-¡Fuera, dije! ¡Fuera! -volvió a tronar.

Su brazo terminado en un dedo medio enroscado hacia arriba volvió a indicarme la infinitud del patio. Salí, no sin antes murmurar: "Es una injusticia". Luego caminé a grandes pasos. Podía escuchar, mientras me alejaba, los gritos de Caluga y las frases con las que parece que pedía que le llevaran mi cuaderno para revisar lo que yo había hecho durante la hora de clases...

Ese era un problema secundario (al igual que la pelea con Isidoro) en comparación con el hecho que si el Padre Ministro me sorprendía fuera de clases, además del castigo por la anotación —la doble anotación de Caluga—, me impondría una penitencia adicional e inmediata. Y era muy difícil esconderse del Padre Timoleón; acostumbraba pasearse por el patio (por todos los patios) durante las horas de clase, leyendo el breviario y caminando en inmensos círculos. Era como un pájaro oscuro (en invierno) y blanco (en verano), que caía sobre los tipos expulsados de clase, para lanzarles primero un sermón y después... todo lo demás.

Me detuve otra vez y miré hacia todos los rincones del patio. No se veía a nadie. Apuré mis pasos y me dirigí a "las casitas". Allí permanecí un tiempo que me pareció interminable e imposible de soportar debido al olor que reinaba en esos parajes. Con cuidado, me aventuré a salir. Desde las puertas abiertas de muchas salas de clase salían diferentes ruidos. Me acerqué hacia el costado de la quinta preparatoria A. Debían de estar en clase de canto..., y en la sala contigua —la sexta B— estaban en clase de inglés. Se escuchaban dos coros muy diferentes: los de quinta cantaban:

Hosanna filii David . . .

Y los de la sexta repetían destempladamente: Cat-Mat-Rat...

Y luego de un breve silencio, volvían a gritar: Door-shore-more...

¡Para volverse loco! Sin dejar de escuchar el estrambótico contrapunto, comencé a avanzar hacia la paulonia imperial que crecía en la esquina sur-oriente del patio. Poco a poco fui olvidando mis temores de encontrarme con el Padre Ministro. A medida que me acercaba al árbol, mis pasos eran más seguros y rápidos. Cuando ya estaba a tres metros de la paulonia, sentí que una suave brisa agitó las ramas. Como por un milagro, un pequeño gancho seco, suspendido entre algunas hojas, cavó sobre las baldosas. Corrí a apoderarme de él. Era grueso como mi muñeca y casi tan largo como la regla de aritmética. ¡Una pieza única! Jamás había visto algo tan perfecto en materia de ramas de la paulonia. Su corteza dura y reseca reposaba en mis manos. Con el dedo meñique comencé a agujerear la blanda médula. Me imaginaba la próxima hora de clase, en la que me dedicaría a pulirlo y a agujerearlo con delicadeza. ¡No sabía exactamente qué es lo que haría con ese trozo de rama, pero mi intuición me aseguraba un milagro! Algo maravilloso. Quise guardarlo en mis bolsillos, pero era demasiado grande. Era preciso ocultarlo, ya que estaba absolutamente prohibido jugar con palos, ramas y otras cosas "que puedan sacarle un ojo a alguien". Lo pensé bastante y decidí meterlo entre la camisa y el cuerpo, sujeto por la presión del cinturón. Me encontraba en esa tarea, cuando escuché la voz que tanto temía y que, sin embargo, había olvidado.

—¿Qué hace usted aquí?

-¡Nada, Padre! -respondí.

- -¡Cómo que nada! Dites-moi, monsieur?
- -Me echaron de clase de castellano, Padre.
- -¡Ahá! Et pourquoi, monsieur?

-Porqueee . . .

-En français, monsieur!

- —Oui, Mon Père... Parce que le professeur m'a dit...: ¡Fuera!
- —¡Ahhh! Et bien: vous a dit de sortir, mais... pourquoi, monsieur!
 - -Parce que le météore... qui miraculeusement...
- —Le météore...! Un miracle!... Je vais vous faire un miracle, monsieur!...

El diálogo no me preocupaba en absoluto. Sabía que era imposible escapar al castigo; lo único que podía evitar -- y que me interesaba evitar-- era la confiscación de mi tronquito de paulonia. Comencé a hacer las más extrañas y absurdas contorsiones, para evitar que se me cavese de la pretina. Hasta que tuve la certeza de que estaba segura, no me quedé quieto. Para entonces, el Padre Timoleón va me había anotado en su libreta y me había impuesto la penitencia de permanecer de pie y en silencio contra la muralla del "castillo", durante los tres recreos que faltaban para la hora de salida. Cuando me dirigí hacia el lugar de la penitencia, empecé a sentir que el tronquito comenzaba a deslizarse por la pierna del pantalón. Y allí comenzaron -esta vez sobre la marcha- las insólitas contorsiones. Entonces escuché otra vez la voz del Padre Ministro:

-Mais allez d'abord au cabinet, monsieur.

Le obedecí de inmediato, y mientras me dirigía a "las casitas", me pareció que la última orden del Padre Timoleón había sido dada entre risas contenidas. Sin mirarlo, corrí hasta los baños, sin dejar de sujetar con mi mano izquierda, a la altura de la ingle, la ramita de paulonia.

Ya no me importaban el castigo, ni la penitencia, ni la mala nota que me habría puesto Caluga, ni... ¡Además se había producido el milagro de que con la penitencia durante los recreos que faltaban, no tendría que pelear con Necochea!... Al menos hoy día. Y mañana... podría enfermarse y no venir, o a lo mejor me enfermaba yo —¡de veras!—, y después de algunos días, nadie se acordaría del asunto...

Sí. Del vacío a la plenitud. Pero fue preciso partir de la Nada hasta el Génesis y de allí otra vez a la Nada para volver a organizar un mundo y verlo desaparecer antes que lograse la plenitud. También la ira —la santa cólera— tuvo su rol. Después, aceptar el destino hasta el milagro final, pasando por varios pequeños milagros y antimilagros sucesivos...

Supongo que para las mujeres es más fácil. Les basta el parto. Si no fuera así, no lo volverían a hacer. Porque lo hacen a pesar de los juramentos de que nunca más tendrán otro niño. Y no es porque olviden: el dolor permanece siempre en la memoria; aunque los psicólogos digan lo contrario. Rosario tiene tres guaguas y espera la cuarta. Sin embargo, chillaba como una bestia herida... El olvido no es una cualidad de la memoria: es la condición fundamental del instinto de supervivencia. ¡En el colegio enseñan puras estupideces! Y en la Universidad las repiten los profesores anquilosados...

Podría conversarle de estas cosas a Isabel. Tal

como lo hacía cuando empezamos a pololear. Se interesaba por todo y me arrastraba a interesarme por su interés. Total: conversábamos tardes enteras. Pero ahora, no sólo ha desaparecido la necesidad de comunicarme con ella, sino que me irrita que se imponga de mis pensamientos. Lo único vigente entre nosotros es el sexo insatisfecho. Si nos acostáramos—estoy seguro—, las cosas volverían a ser como antes. Como esa tarde.

—Esta agitación popular se llama "La Revolución de la chaucha" —dice Hugo.

—Mi papá dice que la chaucha no tiene nada que ver: son los comunistas que agitan al país —digo.

Hugo me observa. Estamos al fondo del jardín; junto a la minúscula piscina "que un día de éstos la voy hacer agrandar", según dice mi papá. Recién terminamos de almorzar, porque había invitados. Es muy temprano para bañarse. Habrá que esperar una hora v media más. Y el calor es insoportable. Con Hugo, nos entretenemos arrojando pequeños trozos de maicillo al agua. A Hugo le gusta conversar de las mismas cosas que habla la gente grande a las horas de comida. Un día de éstos lo voy a llevar -aunque sea a la fuerza— á la mesa, cuando haya visitas importantes. ¡Ya veo la cara de mi mamá si me apareciese con Hugo! Sin embargo, cuando le dije a mi papá que Hugo era huacho, se indignó hasta el atoro. ("¡Esa palabra que no vuelva a escuchártela jamás! ¿Me ove, caramba?") Pero fue la Nilde la que me dijo que Hugo era huacho. ("¿Qué es huacho, Nilde?" "Que no tiene paire"."Entonces Isidoro Necochea es huacho, pues, Nilde." "¿Quién, el hijo de misia Clemencia?" "Claro, pues. Nilde: pero se llaman huérfanos." "¡Jajajá! ¡Buen dar con usted, niño! ¡El hijo de misia Clemencia es huérfano, pero el Hugo es huacho! ¿No ve que huacho quiere icir que no ha tenío nunca paire? ¡Misia Clemencia era casada por las dos leyes, no sabré yo!" "Entonces, Hugo también es huérfano, pues, Nilde." "No, pues, ahitá la diferienza; la Rosaura no se ha casado nunca.") ¿Quién será el papá de Hugo? Es mejor no preguntárselo. Le debe dar mucha pena no tener papá..., ¡ni siquiera saber quién es! A lo mejor por eso estudia tanto. ("Se tiene que sacar mejores notas que el hijo de la Rosaura; ¿no le da vergüenza que se la gane?" "No, mamá." "¡Ah, claro, si usted cada día conoce menos lo que es el amor propio!"...)

—La "Ley Maldita" también es causa de la agitación —dice, mientras patea pequeñas piedrecillas que

suenan como lluvia al caer a la piscina.

—¿Qué "Ley Maldita"? —pregunto.

—La que mete presos a los comunistas y a... ¡la clase trabajadora! —responde, casi con ira.

—Se llama Ley de Defensa de la Democracia... y mi papá dice que es muy útil porque así no hay huelgas y sirvió para echar de Chile a los rusos que andaban espiando secretos militares —digo.

Pausa que permite patear muchas piedrecillas ha-

cia la piscina.

—Han dado vuelta varias micros en la Alameda y las han incendiado, también. ¡Son los estudiantes de la Universidad! —dice.

—¡Qué van a ser los estudiantes, Hugo! ¡Serán los comunistas! —insisto.

No me contesta. Agacha la cabeza y busca una buena piedra para chutearla. Cuando pone esa cara, nadie le saca palabra. ¿Qué le habrá ocurrido? El calor aumenta. ¿Cuánto rato habrá pasado desde el almuerzo? Yo creo que más de hora y media...

-¡Bañémonos, Hugo!

Levanta la cabeza y me mira encantado.

—¡Anda a buscarme el traje de baño! —digo.

Se aleja corriendo. Es raro este Hugo. Pasa preocupado por leseras. Pero tiene muy buena voluntad. ¡Huelga! ¡Por suerte mañana no hay clases! Sobre todo ahora que los exámenes están encima y los profesores pasan el triple de materia... Escucho voces. Debe ser la Rosario con la Guatona Zañartu y las demás amigotas pesadas. Le carga que Hugo se bañe en la piscina cuando está con sus amigas. ¿Y qué? ¡Se friega, no más!... Pero parece que no es la Rosario... ¡Es Patricia Lastarria con Isabel Petterssen y Mael! ¡Qué bueno! ¡Cómo se le habrá ocurrido al idiota de Ismael invitarlas!... Bueno..., es mejor que Hugo no se bañe hoy día. ¡Qué le vamos a hacer!

Mi mamá las ha acompañado hasta aquí. Las saludo, sin disimular la alegría. Mi mamá las invita a ponerse los trajes de baño en la pieza de la Rosario. Me quedo solo... ¿Qué le habrá pasado al imbécil de Hugo que todavía no me trae el traje de baño?... ¡Menos mal que ahí viene!... Isabel me sonrió de una manera tan rara. Y se puso colorada cuando le di la mano. No es tan fea... Un poco flaca, no más...

Después que nos bañamos un buen rato (me cansé como perro por nadar más rápido, y llego a tencr el estómago colorado por tirarme tantas veces de cabeza. ¡Para qué decir que las orejas las tengo repletas de agua; llega a hacer gorgoritos y aún no puedo sacármela!), nos hemos tendido sobre las toallas extendidas sobre el pasto. Ismael conversa con Isabel; y Patricia me ha pedido que la acompañe a la sombra porque no quiere quemarse mucho. Estamos tendidos frente a frente. Nuestros codos casi se tocan. ¡Lo único que me hace desgraciado es el agua que se me metió a los oídos!... Masticamos pastito. ¿Qué pasaría

si elijo un pedacito rico de pasto y se lo doy para que se lo coma? Puede dejarme con la mano estirada... Es mejor que no.

-¡Por suerte estamos lejos y nadie nos oye! --

dice.

-¡Síiii! -digo.

—¡Fantástico, porque quería hablar de un asunto muy serio contigo!... Aunque no sé si deba decírtelo...

Se establece un silencio incómodo.

Sin darme cuenta, le he alargado un pastito y lo mordisquea distraídamente.

-¡Si me juras no contarle nunca a nadie, te digo!

—¡Te juro por Dios! —digo, besando la cruz formada por el pulgar y el índice.

Se acomoda... Es decir, se acerca hasta tocar mis brazos con los suyos. No me atrevo ni a respirar para que no se aleje o cambie de posición.

—¡Bueno!... ¿A ti te gusta Isabel, no es cierto?... No alcanzo a realizar el gesto negativo con la cabeza (creo que ni podría hablar, por lo demás).

—¡Cómo! Si tú me dijiste en mi fiesta que te había gustado... Y cada vez que vas a la casa y está Isabel, ustedes no paran de conversar...

¡No podré jamás decirle que estoy enamorado de ella! Isabel no me importa ni un bledo. Si converso con ella es porque Patricia nos deja solos y se pone a hablar por teléfono... Y lo de la fiesta fue porque ¿cómo le iba a decir que no me gustaba? Lo peor es que ahora tampoco puedo decirle que está equivocada... ¡Si está segura de que me encanta Isabél! Si le digo otra cosa, creerá que estoy loco... o que soy un mentiroso. Sería mucho peor. ¿Qué hago?...

-¡Bueno! Te voy a decir algo (¡acuérdate del ju-

ramento!), algo fantástico... ¡Tú también le gustas a Isabel!...

- —¡Nooo!..., es decir..., no te puedo creer... ¿Cómo sabes? —digo balbuceante y desesperado.
- —¡Imaginate, pues! Por algo somos intimas...
 ¡Pero no vayas a decirselo!...
 - -Por supuesto que no -la interrumpo.
- —...Te creo. Pero lo que te va a encantar más es saber que Isabel se muere de ganas de que te le declares...

Mi corazón late con tanta fuerza que siento retumbar las costillas. ¡Esta sí que es grande!... ¿Isabel?... No se me había ocurrido nunca... ¿Qué voy a hacer ahora?

-¿Patricia?

-¿Síiii?

-...¿Tú quieres que yo pololee con Isabel?...

Levanta los ojos y me mira hasta el fondo. No sé cómo soy capaz de sostener su vista...

—¡Sí!...¡Por ahora tiene que ser así!...¡Nooo..., no me digas ni una palabra! Lo echarías a perder todo...¡Hazme caso!... Después..., en un tiempo más volveremos a hablar...

Y así, de una manera totalmente preconcebida — primero por Patricia— y luego de miles de palabras y gestos falsos, de sentimientos simulados, le dije a Isabel que me gustaba (nos quedamos solos en la piscina, mientras jugaban tenis Patricia, Ismael y Hugo, que se bañó porque no pude decirle que no lo hiciera). Le dije a Isabel "que la quería desde la noche del baile".

—El disco se llamaba "Charisse"... y será nuestro disco —me respondió.

Luego tomé su mano y besé lentamente y de a

una por una las yemas de sus dedos. Creo que fue en ese momento cuando me empecé a enamorar de ella... Sin dejar de estar enamorado de Patricia. Pero Isabel iba absorbiendo, a medida que transcurrían los minutos, todas mis preferencias. Me preguntaba cosas y se interesaba por las respuestas y me demostraba -logrando que me llenase de orgullo- su fascinación por mis palabras e ideas. En dos o tres oportunidades intenté resistirme a la progresiva ternura que me inspiraba. E intenté conservar incólume mi amor por Patricia. Pero fue inútil. Cerca de las nueve de la noche (va habíamos tomado once en mi casa y Patricia se había encargado de mostrar gran sorpresa cuando regresó de vestirse, oportunidad que aprovechó Isabel para "contarle". No sólo se impuso Ismael -cuyo asombro fue absolutamente auténtico-, sino mi mamá también, que fue notificada por la Rosario, quien, a su vez, se había impuesto por Patricia), apenas llegó mi papá, fuimos a dejar a las visitas en el auto; ya entonces, lo único que estropeaba mi recién nacido amor era el hecho incontrovertible -a pesar de mis serios propósitos de olvidarlo- de que Patricia era mucho más linda que Isabel.

En el momento de llegar a casa de Patricia, ésta le rogó a mi papá que me diese permiso para quedarme a comer allí.

—Nos quedaremos todos aquí... Le prometo que no se irá tarde —le dijo.

Por supuesto que mi padre no pudo negarse. Y cuando se despedía de mí, me pasó disimuladamente un billete de quinientos pesos "para que tenga", me dijo.

Isabel se quedó esa noche a alojar en casa de Patricia y yo tuve que llamar por teléfono cerca de las once para que me viniesen a buscar en auto, porque, con la huelga de micros, no había movilización...

Sí. Las cosas eran bien diferentes. Ahora: el vacío... y este silencio viscoso que terminaría sólo si nos acostáramos. ¡Es tan simple pensarlo! Tan simple como el mismo deseo...; Pero!... ¿Por qué tendrán que complicar tanto las cosas las mujeres? Por la educación de provincianas que les dan. Deberían enseñarles a comportarse en la cama, en vez de obligarlas a aprender de memoria la Tabla de Valencias o el Teorema de Tales... jy más encima aterrorizarlas respecto del sexo! (¿Cómo será, nooo?...) Yo creo que más que nada se trata de un problema de higiene: de respeto por el cuerpo humano y sus necesidades..., y que la religión y la moral son otra cosa. No sé. Pero esto no puede continuar así..., jes un asco que obliguen a la gente joven a confundir el amor con lo otro! Porque sólo después de haberse acostado algunas veces con una mujer -en algunas oportunidades basta una sola vez- uno puede distinguir entre un vulgar deseo y un amor serio. Pero siempre es tarde, porque el sistema obliga a la gente a casarse primero... y descubrir de vuelta de la luna de miel -si no la primera noche- que han cometido una locura que hubiesen podido evitar haciendo eso mientras pololeaban. Y después deben soportar los consejos de que "el matrimonio es para toda la vida". ¡En pleno siglo veinte! Y con setecientos mil volúmenes de información eclesiástica que contienen los sofismas "que deberían conocer y practicar los jóvenes matrimonios cristianos". ¡Mierda!

Tengo frío.

Por suerte se me acabó la pena. Y lentamente disminuye la ira social. La especie de ira social. Lo

que prevalece en estos instantes es la inquietud por la soledad de más tarde. Es tan tremendo tener que volver a casa para toparse con nuestra familia inconmoviblemente igual... ¡Se acercan los exámenes! Habrá que estudiar más... Bastó que me acordara, para que comenzase el cosquilleo en el estómago.

-¿Por qué estás tan silencioso? -me habla Isa-

bel.

-¿Síii? -digo.

—¡Sí, pues! Llevas cinco cuadras sin decirme ni media palabra... ¿Por qué tenías pena? —agrega.

No puedo responderle por algo que ni yo mismo conozco. Y si le digo los motivos que creo, será peor. Cuando sabemos mucho de algo terminamos por no hablar de ello. Y por perder la fe en nuestro conocimiento. Es preciso operar con el conocimiento cierto; si lo expresamos concluye oscureciéndose... (Si lo expresamos en palabras, se entiende.)

El brazo de Isabel y mi brazo existen.

-¿Quieres que ya te vaya a dejar? -pregunto.

-Sí, es tarde.

—¿Cuándo partes a Europa, Isabel? ¿En qué fecha exacta?

Sonríe con desagrado. Sé lo que significa esa posición de sus labios. Y el sonido que emite a modo de risa, también le es característico. Posee un repertorio limitadísimo de muecas para acompañar sus agresiones.

—¡Menos mal que te has acordado de aparentar interés por la fecha de mi partida!... Es el 15... ¡Para que sepas! —refunfuña.

-¡El 15! -repito.

-¡Sí, el 15! -me imita.

Tiene razón para estar indignada, aunque desconoce con exactitud el verdadero motivo. Simplemente no tengo pena por su partida. Ni por ella. Ni por mi soledad... Tengo pena por la especie de conciencia de no saber lo que realmente deseo. ¡Ni siquiera es tedio! Se trata de algo parecido.

Suspirar... Es como un toque dramático que les pone el cuerpo a los sentimientos. Es importante que la vida sea un drama. Además, es inevitable. Salvo para los idiotas cuya vida es una comedia.

—¿Eres feliz, Isabel?... Es bueno ser feliz, Isa-

bel...

¿Por qué diré estupideces tan a menudo? Salen solas... Tal como si la boca fuese independiente.

-¿Tú crees que no te quiero? -dice.

(La amistad de Patricia, Isabel y Teresa posee ciertos eslabones que son absolutamente visibles del público; acaba de mostrarse el más típico: una afirmación categórica realizada por medio de una interrogación. Una perfecta pregunta en cuanto a la construcción gramatical, a la entonación de la frase y a la significación expresada. Sin embargo, el significado apofántico es otro: "Estoy segura de que tú te imaginas que el motivo de mi viaje a Europa es mi falta de cariño; pero estás equivocado, etc." Es el mismo sistema que emplean las tres, tratándose de temas análogos.)

En el fondo, la "afirmación" de Isabel tiene por objeto volver a un tema en el cual cada vez me desenvuelvo peor: "¿Quién quiere más a quién?" Honestamente, no sé si aún la quiero. Antes sabía. Estaba seguro... "¡Te quiero! ¡Te quiero!", suspiraba al salir de su casa. "¡La quiero!", repetía incontables veces, mientras daba largos pasos al salir al aire de la noche. (Hace mucho que no he vuelto a sentir en la boca ese mismo gusto de noche temprana. Gusto a premonición del cigarrillo que me fumaría camino a

casa, después de haberla besado, casi a hurtadillas, en el antejardín, adonde me acompañaba para despedirse. Como un gusto a poca comida: ...dejaba los platos casi sin tocarlos, porque la nerviosidad de comer en su casa, entre toda esa gente extraña y hostil, que lo preguntaba todo, y cuyos últimos propósitos no eran otros que los de medirme como futuro marido de Isabel, rechazándome a priori por el hecho de que nuestra diferencia de edad no era suficiente y, además, porque aún me faltaban demasiados años para terminar mi carrera universitaria, en circunstancias que Patricita Lastarria (que tiene la misma edad de Isabel, como usted sabe) ya estaba de novia, "con argollas v todo", me quitaba el apetito. (":Pero si este niño no come nada, por Dios, mijita! ¿Que no le gusta el apio?" "Sí, señora Chabela: ¡me gusta!" "¡Cómaselo entonces, pues!") De ahí que después de despedirme de Isabel, me iba a una fuente de soda a comerme una salchicha y a tomar café: porque el hambre aparecía junto con la desaparición de doña Chabela. Y mientras bebía esa pócima aguada -que no lograba borrar el gusto hostigoso del hot-dog añejopensaba en Isabel, con infinita ternura. Estaba seguro de mi amor; tenía conciencia de él. (Es probable que las miradas semiaguardentosas de los noctámbulos leveran en mi cara y en mis gestos lo que me ocurría... A pesar del aire de afectada displicencia y gravedad que adoptaba, para disimular la creciente vergüenza de encontrarme en esos lugares y confundido con esa gente, por el mero hecho de estar allí.)

- -¿Tú crees que no te quiero? -insiste.
- —Ya estamos llegando a tu casa, Isabel... Te dejaré en la esquina.
 - -¿Por qué no vas hasta la casa?... Mi mamá

está fuera de Santiago..., ¡tú sabes! Y si no quieres encontrarte con ella... ¡no te encontrarás!

-No se trata de eso... Es una cuestión dece...

de principios —respondo.

—¿Cuestión de principios?...¡No me hagas reír, por favor! No veo los motivos de tu odio con mi "pobre mamá"... Después de todo...

—¡Ah, claro! ¡No ves los motivos de mi odio por tu madre! ¿Te parece poco todo lo que nos ha fregado?... ¿Te parece poco que te lleve a Europa para que "te olvides de ese mocoso"?... Según tú misma me contaste...

—¡Quizás sea mejor, para los dos, que estemos lejos por un tiempo! —dice en tono dramático.

Hemos llegado hasta la puerta de su casa. Nos detenemos en la vereda. Estamos frente a frente, pero nuestra vista está fija en la punta de nuestros respectivos zapatos. Es mejor no mirarnos. Alargo mis brazos hasta dar con los suyos. Tomo sus manos; sólo ahora nos hemos mirado. Apenas un segundo. No obstante, lo necesario para darnos cuenta del mutuo resentimiento. Es tan difícil todo esto, ¡Dios mío! Ni sé lo que siento.

-Hasta aquí no más te dejo, Isabel.

La atraigo casi por costumbre, para darle el beso de despedida. Me lo impide, soltándose de mis manos y retrocediendo medio paso.

-¿Por qué no entras un rato que sea? -dice.

Es inútil. No entraré, porque conozco demasiado lo que eso significa. Y porque conozco demasiado el sillón del living donde nos hemos besado tantas tardes. (El sillón de esta casa, y el sillón de la casa vieja.) Y sé lo que le diré y lo que me dirá y lo que le volveré a decir... Porque lo he intentado todo. Como esa vez en que le pregunté:

-¿Te has masturbado alguna vez, Isabel?

(Su cabeza comienza a moverse negativamente. Todas las mujeres lo niegan. Aun de viejas... ¡Hasta las prostitutas más abyectas lo niegan! Uno es diferente, lo niega en la etapa en que lo hace a diario (a pesar del asco y del arrepentimiento y las autopromesas de no hacerlo más, también diarias). Después lo aceptamos todos, como una realidad pretérita, común y corriente. Salvo los anormales o los que se siguen masturbando...)

—¡No, Isabel, no me mientas!... ¡Dime la verdad, no tiene nada de malo!

Se ha puesto colorada. Levanto su cara tomándole la barbilla y busco sus ojos que tratan de escapar inútilmente. Cuando los encuentro, le sonrío a lo cómplice. Esquiva mis dedos que le aprisionan la pera y retuerce las manos.

-¿Ah? -insisto.

—¡Ssssí!... Igual que todas las mujeres, ¿supongo? —responde.

Si no hubiese afinado hasta el máximo mi oído y mi vista... y todos mis sentidos, no le hubiese escuchado. ¡Apenas movió los labios, dejando escapar en leves suspiros su respuesta! Se masturbará más que las demás mujeres o menos; porque nadie se masturba igual a nadie. Me da flojera decirle esto y, por otra parte, nos distraeríamos de lo principal...

-¿Sentiste lo mismo ahora cuando hicimos eso?

—digo.

-¿Por qué me lo pregunta?

-Me interesa saberlo... ¡Dime, por favor!

-Ssssi..., más o menos..., pero...

Silencio.

Tomo su mano y la beso en la palma. Se abalanza sobre mi pecho y esconde su cara en mi corbata. Tiene vergüenza. Poco a poco, su especie de abandono comienza a transformarse en rigidez. Hasta que se desprende casi con violencia y se incorpora, junto con retirarse hasta el extremo del sillón.

—;Prométeme que no vamos a hacer nunca, pero nunca más... esto..., esto que hicimos! —suplica.

Nos miramos. Tiene miedo y asco y vergüenza. Pero no puedo mentirle... No puedo prometerle algo que le he prometido cien veces como ésta.

-¡Por favor, prométemelo! -insiste.

Enciendo un cigarrillo. Aprovecho la ocasión para mirar con disimulo mis pantalones (una ojeada al pasar, porque es sórdido que me sorprenda). Hay que estar atento a las apariencias: el peligro ronda. Estoy cansado y nervioso. E insatisfecho a pesar de haber hecho esto...

—No puedo prometer nada, Isabel... La que debería prometer algo eres tú...; Tenemos que hacer bien estas cosas, Isabel!... Así, a medias, y siempre aterrorizados de que nos pillen..., ¡es un asco!...; O nos acostamos de veras... o esto se termina, Isabel ¡Yo ya no doy más! ¡Estoy neurótico de ganas tuyas!...

Su llanto me detiene. La misma reacción de siempre: llorar. Y seguimos sin llegar a parte alguna. Me desespero con sus lágrimas. Me hacen sentirme culpable de algo incierto; de algo que no corresponde a la realidad. Muy propio de Isabel, por lo demás. Logra que me haga culpable de sus propias faltas.

- -¿Isabel?
- -¿Hmmm?
- -¿Me quieres?
- -¡Mucho!...¿Y tú?
- -¡Mucho, Isabel!

Esto era lo que había que evitar y no se pudo.

Ahora comenzaré a hablarle de cosas que ella sabe perfectamente, porque las hemos conversado infinitas veces, y que, a pesar de ello, se las vuelvo a explicar y "¡como ver llover!" Todo esto es una gran locura. No sirve de nada. Le da igual. Su egoísmo me pone frenético. ¡Tenemos que acostarnos, porque estas porquerías por debajo de sus polleras y por encima de sus calzones no son decentes! Y lo otro es decente... ¡Cómo la deseo!... Me he vuelto a excitar...

La beso con desesperación. Al principio acepta mis labios, que recorren los suyos, hasta que le vuelve el miedo y me rechaza. ¡Oh Dios mío! ¡Esto es

traumático!... ¡Hasta cuándo!

—¡Mi amor!... ¡Mi amor..., mi Isabel! ¡Te quiero y te deseo tanto! ¡Compréndame, por favor! —suplico.

-¡No! ¡Nooo! Lo que pasa es que usted no me quiere... ¡Lo único que siente por mí son ganas de

eso!...—solloza.

—¡Por Dios, Isabel, nooo! Parece mentira que tus reacciones sean iguales a las de las empleadas domésticas...

—¡Claro, como tú tienes tanta experiencia en meterte a las camas de las *chinas*!..., ¡sabrás, pues! — me grita, suspendiendo el llanto.

Vuelta a lo mismo...

—¡Claro que me he acostado con empleadas!...
¡Y por tu culpa, por tu exclusiva culpa! Si te acostaras conmigo no tendría necesidad de hacerte porquerías... Ni a ti... ni a las pobres mujeres esas, ¡caramba! —grito.

—¿Y todavía lo confiesas, sinvergüenza?... ¡Su-

cio! —dice, recomenzando a llorar.

Me arrepiento. Y me desespero. También tengo ganas de llorar.

-¡Hasta cuándo, Isabel!... Mi amor...

-¡Y no me digas mi amor! —me interrumpe.

—...¿Hasta cuándo, Isabel?... Millones de parejas se acuestan a diario como algo natural y decente... y no están casados... Además, usted sabe que yo me quiero casar con usted, y si no podemos casarnos todavía..., hasta que me reciba de ingeniero..., no es culpa mía... ni suya. ¿Por qué tiene que complicar las cosas, Isabel? ¿Por qué? ¿Que no le bastan el cariño..., el amor, y las ganas? ¿Que no basta eso, digo yo?

Mientras le hablo, tomo sus hombros y la voy remeciendo con una brusquedad progresiva. Ahora que estoy en silencio, detengo las sacudidas. Pero su silencio me hiere y me enoja. Vuelvo a remecerla.

-¡Conteste, caramba! -grito.

Se desprende de mis manos.

—¡No se trata de eso!... Hay un tiempo para cada cosa. Esto... no se puede hacer así..., es algo que es mucho más serio... ¡Es un sacramento y hay que santificarlo! Esto...

No voy a escuchar el discurso que me sé de memoria. ¡Insensato! ¡Insensato! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Beatos de mierda! ¡Beatas de mierda! ¡Madres de mierda! ¡Gente de mierda!... ¡Mocosa de mierda!

—¡Tienes que llegar virgen al matrimonio! —digo, imitándole la voz.

Se detiene, entre asustada e iracunda. No me queda otro camino que meterle más miedo; hasta que se aterrorice.

—¡Guárdate tu virginidad!... ¡Lo que es yo..., me voy! ¡Adiós!

La última palabra la digo de pie. Avanzo con gran lentitud y dignidad hacia la puerta. Tengo que demorarme lo suficiente como para que tenga tiempo de detenerme... Parece que esta vez no me va a resultar. Me quedan tres pasos apenas. ¡Dios mío, que me diga algo..., cualquier cosa!...

-¡Nooo! ¡Espérate, no te vayas! ¡Terminemos de

conversar! -dice.

¡Por suerte! ¡Gracias, Señor! Me vuelvo en forma indiferente. Como para que crea que lo estoy pensando. Me acerco al sillón. Me siento. ¡Listo! (Ahora comenzarán los argumentos teológicos, morales, sociales, políticos, económicos y estadísticos sobre el coito prematrimonial... Dos mil años de moral cristiana. El himen. El sacramento. La familia. El hogar. La pureza. La virgen. La maternidad, maravilla por excelencia. El embarazo. ¡Peligro! ¡El aborto, un crimen! La vida es un don de Dios. La responsabilidad. Los hombres no son animales (gran descubrimiento que liquida a Linneo y a Teilhard de Chardin, pero no le importa, porque "tú me entiendes lo que te quiero decir"). La Castidad. Santa Ursula. Los enanitos. Blancanieves. La cigüeña. ¿Además, adónde? Amén. Súrsum corda. Ite missa est...)

-¡Es demasiado!

—¡Mira, Isabel: mejor me voy! —digo, interrumpiéndola en el introito.

-¡Quédate, por favor! ¡Por lo menos, converse-

mos! —dice.

—¡Fantástico! La palabra como sucedáneo de la cama...¡Nooo, Isabel!

-¡Muy bien, pues! Si te quieres ir..., ¡ándate!

—grita.

Me levanto otra vez. Me ubico frente a ella, que permanece acurrucada en un rincón del sofá, y, sin mirarla a los ojos, sino que con la vista perdida en el "infinito" del living, exclamo:

-¡Adiós, Isabel!

-¡Adiós! -responde con voz aún más trágica.

Nos miramos por entre las lágrimas que nos han comenzado a brotar a ambos... Me arrodillo y le pido perdón mientras me abrazo a sus rodillas y seco las lágrimas en su pollera...

(La historia se repite con pequeñas variaciones, producto de las condiciones telúricas o a causa de media hora más tarde o media hora más temprano.)

Pero ahora es diferente. Por eso estoy de pie en la vereda, sin querer aceptar su invitación. Porque ahora ni sé si la quiero. Hasta es posible que el deseo que siento por ella —que se mantiene insatisfecho por las vías normales— sea sólo una especie de maquinismo. O algo así como hastío de un matrimonio no consumado... Excelente tema para un teólogo. Aunque lo más probable es que digan: "La sabiduría de Dios que impidió un matrimonio porque no había verdadero amor". La sabiduría de Dios evitando cosas cuando les conviene. Si no les conviene: el libre albedrío. Total: uno está reventado por cualquier lado.

-¿Estás mudo? -me pregunta.

—Estoy callado —respondo.

-¿En qué pensabas? -insiste.

La miro, dejando que mi vista recorra todo su cuerpo. ¡Es tan hermosa!

—¿En qué pensabas, pues?

-En tu belleza... y en tu viaje -digo.

-¿Vas a entrar un rato?

—No, Isabel. Es mejor que no...; Hasta luego, amor! ¡No se enoje! Mañana la llamaré por teléfono para ponernos de acuerdo sobre la hora en que nos veremos...; Buenas noches!

Y esa tarde caminé desesperado hasta la casa de Patricia, porque quería contarles a ella y a Albert lo que me ocurría con Isabel. Llegué cuando Patricia acababa de comer y le mentí, diciéndole que ya había comido. La acompañé con una agüita de cedrón. Albert se había ido al fundo hacía dos horas. Estaba sola. Fue la primera vez que nos acostábamos con Patricia. "Y la primera vez que engaño a mi marido", dijo.

* * *

La lenta velocidad de la marcha disminuye. A mi derecha está nuestra sepultura familiar. Tras las rejas de hierro, polvorientas y oxidadas, distingo un ridículo ramo de palos secos que ni siquiera pueden proporcionar indicios de su origen vegetal, a pesar de los colores morados, rojos y amarillentos que les otorga la luz que atraviesa el vitral semirreligioso de la pared del fondo. Hace varios años que no ha muerto nadie en la familia. ("Nadie que tenga derecho real a esa sepultura; por algo existen dos sepulturas para los parientes lejanos..., jésa es para nosotros: allí están mi padre v mis abuelos v bisabuelos!... Porque mi tatarabuelo está en la Catedral." "Está muy bien, papá, pero por lo menos habría que hacer algunos arreglitos de albañilería ahí... Falta poco para que se venga abajo con el menor temblor..." "¡Pamplinas! ¿De dónde sacó esa lesera? . . . ¡Además, la gente decente no anda estucando sus... tumbas.... eso queda para los rotos metidos a gente y para los "turcos", judíos y nuevos ricos!")

Jorge me muestra en silencio —dibujando distraídamente con el índice las letras— el frontispicio de nuestra funeral mansión familiar.

—¡Hmm!...¡Sí, ya lo vi! —digo.

Estamos casi pegados a las espaldas de Roberto,

Mario, Raphaín y Albert. Todas las distancias se han reducido. Parece que hemos llegado. ¡No tenía idea de que los Petterssen tuvieran la tumba tan cerca de la nuestra! En algunos años más seremos vecinos con Isabel. ¡Qué espanto! ¡Ojalá que Jorge no lea mis pensamientos!... ¡Ya hemos llegado! La especie de decisión con la que caminamos hasta aquí era producto del horror de su significado final. (Como si quisiéramos llegar pronto para que termine rápido, pero que no sea cierto.)

Un olor dulzón golpea mis narices. Son las flores muertas antes que Isabel, y que la acompañan. Aguardaban desde su rigidez, la inmovilidad y rigidez de Isabel o de cualquier otro al cual las enviase un amigo... o un pariente, eligiéndolas casi con coquetería o "buen gusto", desde su arreglo en esos grandes círculos de macrocarpa humedecida. Bastan una pequeña tarjeta de cartulina y un viaje desde la Pérgola, colgadas en el costado exterior de alguna roñosa micro; algunas monedas para el muchacho que exige profesionalmente que le firmen el recibo -mientras ojea el monto de la propina, antes de metérselo, revuelto con el papel firmado, al sucio bolsillo- y ya las flores inician sus funerarias funciones, mezclándose con otras flores, de otras coronas compradas en el mismo puesto, o en otro vecino. Hay un mes para responder por correo: "Familia Petterssen... muy agradecidos". Y cuando el diminuto sobre es abierto, junto a las cuentas del agua o del gas o al balance del Banco, ya las flores estarán secas y retorcidas en el oxidado alambre que no las abandona..., como no abandonan los huesos a la carne. Es el olor a cementerio

¿Y si nos hubiésemos quedado hasta la madrugada en su fiesta? Ninguno de los que estamos aquí —

y que somos la mayoría- nos habríamos tenido que encontrar... ni ahora ni nunca. ¿Quién sabe? Pero es probable, porque siempre esas fiestas nos arrastraban a esperar el amanecer, para ir en soñolientos grupos al Mercado, a comer mariscos crudos ante la vista hostilmente divertida de las puesteras, los changadores, las tempranas dueñas de casa y uno que otro borracho rezagado. Y de ahí, al "Club Ciclista", ubicado a media cuadra, a tomar el vino blanco del estribo. Luego, con los síntomas de la renacida euforia, ir a dejar a alguien, mientras acelerábamos el auto para disipar los bostezos... Y después, volver a casa v toparnos en la puerta con la Nilde o la Rosaura —a quienes había que hacer callar para que no despertasen a mis padres con sus exclamaciones de desaprobación- v subir hasta mi pieza, desnudarme con torpeza y asco y meterme a la ducha caliente y luego afeitarme la dolorida barba y vestirme con ropa limpia - júnico alivio! - y salir bostezando a la oficina. Eran las veces que llegaba más temprano a trabajar. Este indicio y no los rastros de sueño y cansancio eran los que motivaban las risitas mal disimuladas de la secretaria y de los ayudantes. Lo hacíamos siempre así. Desde los tiempos de los estrenos en sociedad, donde lo único que cambiaba era la indumentaria nosotros de frac v las mujeres de vestido largo- v la vuelta a casa, donde, después del baño, dormíamos hasta la hora del té, sin que nadie se enojase. Por el contrario, a la hora de once, mi madre nos interrogaba encantada acerca de la cantidad de gente, el número de orquestas, la clase de champaña y whisky que habían servido, el nombre de algunas niñas con las que había bailado, el color y el material de los vestidos de Patricia, o de alguna hija de "la fulana". Y si la Rosario había ido también, la conversación era

con ella; vo sólo me limitaba a gruñir un sí o un no (cuando recurrían a algún testimonio), procurando contradecir a mi hermana, hasta que nos peleábamos v entonces mi mamá exclamaba: "Bueno, ¿en qué quedamos: el traje de la Pilar Izquierdo era blanco o verde Nilo?" "¡Era blanco, te digo, mamá!", gritaba la Rosario. "¿Cómo no voy a saber que era verde, si bailé con ella?", le decía yo, sin recordar ni el color ni el hecho de haber bailado con la Pilar. Y alli era cuando la Rosario se enfurecía. Yo esperaba que hablase un poco y luego la interrumpía para mortificarla con alguna frase como: "¿Que bailaste con ella, acaso?" O: "¡Tú ni la viste, Rosario, si pasaste la noche entera bailando apretada en un rincón, sin saber ni dónde estabas, por escuchar las leseras que te diría Miguel Luis!"... Ese era el momento de los gritos y las amenazas y las miradas de odio. (Después llegamos a ser íntimos con la Rosario y nunca me perdonó aquellas agresiones. Ni ahora, a pesar de su risa, cuando recordamos los incidentes de esos años...)

Pero anteanoche teníamos sueño. Todos estábamos cansados y nerviosos. La verdad es que las cosas llegaron a extremos bastante insólitos. Hubo números que no habíamos presenciado jamás... Como el ataque de llanto de Isabel cuando Roberto comenzó a manosear a la corista que se contorsionaba desnuda sobre la alfombra, al compás de una "batucada" con el máximo de volumen del tocadisco, después del strip-tease solicitado a gritos por todos nosotros. En realidad el espectáculo era degradante; casi nauseabundo. Roberto, completamente borracho, manoseaba las nalgas y trataba de asirle los senos a la semiencantada mujer, cuya preocupación del instante consis-

tía en llevar el ritmo de la música imitando las proximidades de un espasmo, junto con sujetar, a ratos, a su etílico compañero, cuando éste perdía el equilibrio y amenazaba caer sobre ella. Entonces escuché los sollozos -- primero disimulados y luego evidentes-- de Isabel, que pronto se transformaron en gritos histéricos y lágrimas y sacudidas convulsivas del cuerpo, que lograron dominar el ruido de la música, paralizándonos a todos -- inclusive la corista--, salvo a Roberto, que continuaba tratando de agarrar a la mujer, que al levantarse con brusquedad lo había hecho caer de bruces... Luego, mientras unos conducían a Isabel hasta su pieza para calmarla, y otros le pasaban la ropa diseminada por el salón a la corista que se vestía apresurada, entre Albert y yo tomamos a Roberto y lo condujimos a la fuerza al baño y le metimos la cabeza bajo la ducha, hasta que logró serenarse y dejar de gritar que le dijeran a Isabel que le diese "pichicata". Lo dejamos en el baño, sentado sobre la tapa del water, y salimos al pasillo, con Albert.

—¿De dónde sacó este imbécil que Isabel tiene "pichicata" aquí en su casa?... ¿Para qué había de tenerla? —le pregunto a Albert.

Me mira con un poco de conmiseración. Mueve la cabeza. Lo observo exigiéndole una respuesta. Baja la vista y me dice en forma atropellada:

—¿Pero que no sabes que Isabel se ha dedicado a las drogas... desde hace más de un año? ¿Nunca te lo ha dicho?... Hasta Patricia lo sabe... y no ha podido hacer nada para que deje el vicio...

Apoyo la espalda en la pared del pasillo. Adentro de la pieza de baño se escuchan ruidos de agua y arcadas y expectoraciones de ese borracho inmundo... ¿Así es que ése era el secreto de Isabel? ¿Eso era lo

que no pudo decirme? ¡Cómo es posible que haya terminado en eso! Pero tenemos todos la culpa. Todos. Especialmente yo. Patricia trató de decírmelo esa vez que terminamos yéndonos al motel. ¿Pero por qué le habrá dado por los estupefacientes? Habrá otras causas..., otros motivos. Porque no es viciosa. ¿O será otro más grave el secreto que angustia a Isabel? Hay gente que circula por el pasillo y nos observa y trata de entrar al baño, que sigue ocupado por Roberto y sus ruidos groseros. El otro baño está ocupado por algunas mujeres que ayudan a la pobre Isabel. Tomo el hombro de Albert.

—¿De veras que a Isabel le ha dado por... eso? —le pregunto.

—Sí... y por otras cosas peores —dice, comenzando a caminar hacia el living.

Lo sigo maquinalmente. Tomo un vaso y me sirvo una triple porción de whisky. ¿Dónde estará el hielo, por la mierda? Lo busco con la mirada hasta que me topo con los ojos de Patricia.

—¿Qué buscas?... ¡Ven a sentarte a mi lado! — dice.

-El hielo, ¿dónde está? -pregunto.

—Aquí, toma —y alza el balde cuyo metal destila gotas de agua que corren por sus manos, haciendo que se estremezca.

Le alargo mi pañuelo y tomo el recipiente.

—¡Qué milagro! Tenías un pañuelo a mano —bromea.

Me siento junto a Patricia. Desgraciadamente no puedo preguntarle lo que deseo: Demetrio comparte nuestro sofá.

-¿Qué te pasa? - pregunta Patricia.

-¿Te parece poco? -digo.

De un sorbo me tomo el whisky, aún tibio, a pesar del hielo.

—¡Mira, éste cree que está tomando leche! —dice Demetrio.

* * *

Ese fue el comienzo, a pesar de que la noche recién empezaba. El incidente trajo una leve calma. Isabel volvió tranquila desde su cuarto. La corista se había bañado y sin maquillaje dejaba de ser interesante... o distinta. Desgraciadamente las cosas no pararon ahí.

-¡Vamos! -dice Jorge.

Es el momento de adelantarse hasta el carro. Ya nadie se mueve. Lo que falta es progresivamente más terrible. Nada de lo que resta puede ser eludido. Habrá que soportarlo todo. Hasta el final: hasta el momento en que uno de los parientes de Isabel (¡a lo mejor la misma doña Chabela!) cierre con llave la reja del mausoleo. Jorge se abre paso entre toda la gente. Lo sigo. ¡No ha faltado nadie!... Salvo Patricia -cuyo embarazo reciente está en peligro desde que supo- y María Margarita, que está en la clínica teniendo su guagua. Hemos llegado hasta el carro, precedidos por Albert y los otros. ¡Demasiados para una tarea tan simple!... ¡Y los otros! Los que se han retirado algunos pasos hacia atrás, dejándonos un espacio libre. Allí están, con las piernas más abiertas que de costumbre, y con los brazos cruzados sobre el pecho. Paseo mi vista por algunas caras. ¡Los conozco! Estarán pensando en los comentarios e insinuaciones mugrientas que ya circulan. Mi padre tenía razón al decirme que contra eso no había sino que dejar que el tiempo... y la distancia les confundieran

los hechos, las mentiras, las suposiciones, sus propias inmundicias, los nombres: todo.

* * *

—¡Por supuesto que saldrá en los diarios! ¿Y qué querías tú?... ¿Que aparezca en un artículo necrológico de la Vida Social, en el que se diga que murió de un ataque al corazón?... ¿Ah?... —dice, levantando un poco el mentón, para señalarme que espera mi respuesta.

—No, papá. No quiero eso. ¡Ni mucho menos!... ¡Pero lo otro..., las mentiras, las insinuaciones que ya han hecho! No tienen por qué publicar los nombres de los que estuvimos en la fiesta... ¡Que por lo demás ni fue "Dolce Vita", como dicen, ni tiene que ver en absoluto con la muerte de Isabel! Usted sabe que los "desmentidos" y aclaraciones posteriores son inútiles. ¡El daño que nos harían es irreparable!... Por eso hay que impedir las cosas cuando aún es tiempo. Todavía no han publicado nombres, salvo el de la pobre Isabel. Pero mañana será distinto...

Me interrumpe con un ademán casi imperceptible. Es decir, con los ojos me ordena silencio, y con la mano me exige serenidad. Pero ambos gestos y ciertos detalles imprecisables significan que no debo olvidar bajo ningún respecto que es él quien considera con estricta seriedad el problema. Para él, seriedad implica serenidad. (Y es cierto que en los momentos difíciles, desaparece su violencia. No grita; no amenaza...; apenas logra emborracharse un poco con ciertas palabras —esas que pronuncia con voz grave y con una entonación peculiarísima, como si las inventara especialmente o sólo él supiese su estricto significado— y que estimulan su antiguo hábito par-

lamentario.) Todo está muy bien, pero resulta que ahora necesito su ayuda concreta y rápida. Con sus influencias y amistades podría llamar a los directores de algunos diarios..., ¡qué sé yo! ¡Hacer algo positivo! De otro modo, ¡quién sabe a dónde va a llegar todo esto!...

Me habla. Prestarle atención.

—¡Mira, hijo! Todo esto que ha pasado y que está ocurriendo es algo que he temido siempre. ¡Sólo que mis temores eran pálidos al lado de la realidad! ¡Esto es peor que el peor de mis temores!... ¡Cuatrocientos años de salón embadurnados en una sola tarde por los titulares de la prensa amarilla! ¡Era lo último que faltaba! ¡Lo último!... ¿Ahora, qué queda?... ¡Ni quiero imaginármelo! ¡Qué barbaridad, Dios mío!... ¡Qué espanto!... ¡Qué vergüenza!... ¿Pero te das cuenta, hombre?...

Respondo con pequeños movimientos. (Ambiguos, salvo en la tristeza.)

Me observa un instante y prosigue:

—Aunque te parezca extraño, siento mucho la desgracia de esa pobre niñita Petterssen. ¡Verdaderamente lo siento! Y lo lamento por los Lastarrias, los Echegoyen, los Valdovinos..., ¡todos ustedes! Digo los demás, porque lo tuyo me duele de otra manera... y por otras razones, además. ¡Por ti, por tus sobrinos (¡mis nietos, caramba!) y especialmente por tu madre y su eterna ingenuidad, amenazada con todo este escándalo!... ¡Y no me importa que pienses que soy un indolente o un obseso: lo siento, más que nada, por Chile! ¡Me amarga seguir asistiendo a la hecatombe moral, al emputecimiento de la "gente decente" de este país!...

(La palabra "país" lo saca de su casillas. Es uno de los términos que pronuncia con la voz casi enron-

quecida, modulándolo como si se tratase de un vocablo mantra. ¡Aquí estamos! Mientras tanto, Isabel yace descuartizada dos veces —con la caída al cemento de la calle y con su cuerpo apoyado sobre un mármol de la morgue— y ahora, a punto de ser descuartizada por tercera vez, con la tinta roja de algunos diarios. Porque lo que digan será una mentira, una calumnia. Y, sin embargo, la verdad —esa verdad que le pertenece a ella y que nadie puede tocar..., que ni ella misma pudo tocar sin destruirse— es peor que las invenciones morbosas de unos reporteros policiales, ¡que ni sospechan el auténtico drama!)

La voz de mi padre es ineludible. Escucharlo amparado en el humo del cigarrillo; sin interrumpirlo,

sin provocar su enojo...

-Esto confirma el hecho de que ya no quedan esperanzas para este país. ¡Al menos a mí no me quedan esperanzas! Era el final inevitable de tu falta de fe religiosa..., de la falta de fe de todos ustedes. ¡A esto tenía que conducir la indiferencia total por las tradiciones familiares! (Que ahora último tocaba los lindes de la irrespetuosidad...) ¡Fracasé con mi propio hijo! ¡Oué podría exigírseles a otros muchachos que no han tenido ni la décima parte de lo que tú has heredado y recibido de la vida! ¡Calcula tú! Si yo no fui capaz de hacerte comprender la importancia de tu rol como miembro de la clase dirigente de este país... No entendiste jamás lo que significa pertenecer a una de las pocas familias que hicieron y escribieron la historia de Chile; que lo gobernaron; que le dieron prestigio internacional... (¡que ahora hemos permitido que unos infelices de medio pelo sigan despilfarrándolo!)... Ahí está nuestra decadencia. En eso consiste nuestra decadencia. ¡Y no en lo que pretenden los miles de resentidos que sostienen que no tenemos derecho a gobernar porque somos una "minoría reaccionaria"... y otras sandeces por el estilo! Nuestra decadencia como clase se debe, exclusivamente, al afán de compartir esa mentira colectiva que se puso de moda el año 20 y que se llama "el libre juego democrático"..., o ¡qué sé yo qué! ¡Regalamos nuestros derechos; despilfarramos un pasado histórico y eludimos obligaciones sagradas! Porque sí... Porque "los tiempos son otros"; porque "en una democracia la voluntad mayoritaria debe elegir a los gobernantes". ¡Y mil sofismas de esa índole! La piedad, la buena fe, la sensiblería y el deseo de progreso -todo mal entendido, por supuesto- nos arrastraron a esta paulatina cesión de derechos..., ja esta gratuita entrega de responsabilidades a individuos y grupos que no se lo merecían y que tampoco estaban preparados para ello!

—¡Cómo, papá! Creo que usted se equivoca: la mayoría de los políticos de ahora están muy bien preparados. Casi todos son profesionales...

—¡Ves tú! ¿Te convences de que todos ustedes están desorientados y confundidos? Te imaginas que por el solo hecho de poseer un título universitario, un individuo ya está preparado para dirigir el destino de Chile. ¡No, señor! ¡Falso! Una profesión es apenas un pequeño factor en la suma de requisitos indispensables para tener derecho a dirigir, a organizar y a gobernar un pueblo. Porque previo a eso que se puede aprender, más o menos, en los libros y en las cátedras, está la tradición. ¡Eso que algunas pocas familias chilenas han sabido mantener y conservar gracias a nuestra Fe religiosa, al respeto por los Mandamientos de Dios, a la práctica de virtudes como la caridad, a la limpieza de nuestros nombres y a la sencillez de nuestras costumbres!... Es cierto que cada día he-

mos ido quedando menos..., ¡porque cada día, también, se ha hecho más difícil distinguir entre las buenas y malas acciones; lo moral de lo inmoral; lo bello de lo feo; lo justo de lo injusto!... ¡Y qué sé yo cuántas cosas más! Cada vez queda menos gente decente. Y gran parte de nuestra culpa por este desorden proviene de la debilidad que nos ha hecho temer que ustedes nos juzgarían déspotas y anticuados... ¡Anticuados! ¡Esa maldita palabra que nos ha confundido a todos! Hasta hemos llegado a tenerle un estúpido horror... ¡Anticuados!...

("Miedo a que nosotros pensáramos que eran déspotas y anticuados." Son déspotas. Pensémoslo o no. Han hecho lo que han querido, con sus familias y con el país. ¡Cómo habría sido si no hubiese tenido "la debilidad de temer"! Es increíble. Claro que no voy a discutir en estos momentos. ¡Que tenga que soportar, por sobre mi pena, este sermón descabellado! ¡Y todo para que el caballero haga tres o cuatro llamados telefónicos!... ¡Si es que los hace!)

—¡Mira, hijo! Yo tengo la culpa de todo esto (en lo que a ti se refiere, al menos), por no haber sido duro contigo desde que estabas en el colegio. Debí haber actuado apenas supe que tu fe estaba perdiéndose porque te alejabas de tus deberes religiosos. (Lo que no entenderé jamás es el motivo que tuvieron esos curas para permanecer indiferentes a tu impiedad y a la de tus compañeros. ¡Pero como, por otra parte, la mayoría de esos curas estaban dedicados a las doctrinas "de moda", y en vez de preocuparse de ustedes andaban "haciendo labor social en las poblaciones callampas", no debería extrañarme el resultado!) ¡Pero eso no justifica nada! Si fallaban los otros, yo no tenía por qué fallar. ¡Sin embargo, fallé! No hice nada para alejarte de las fiestungas y bailoteos a los que

empezaste a ir cuando todavía no eras capaz de sonarte solo. Allí te mezclabas con cuanto siútico y ordinario andaba suelto por Santiago. Muchas veces cometí la torpeza (por no contradecir a la Rosario) de no sacarte a chicotazos de la cama, los domingos por la mañana, para que fueras a misa...; Como Dios manda! Pero las súplicas de tu pobre madre (siempre tan ingenua) para que te dejase dormir porque habías llegado "a las tantas de la madrugada", de tal o cual fiesta, me confundieron. Y en vez de castigarte y corregirte, como era mi obligación, llegué al extremo de justificar tus malas costumbres, diciéndome e imaginándome que era útil que te golpearas; que era mejor que te dieras cuenta tú mismo en qué consistían el pecado, la ordinariez, la frivolidad y la falta de clase de mucha gentuza que andaba mezclada con ustedes... ¡Creí que bastaba que fueras hijo mío, que bastaba que llevaras mi nombre, para que supieras distinguir y alejarte! ¡Bueno, aquí estoy pagando mi soberbia y mi flaqueza! ¡Mi hijo, mi propio hijo, a punto de aparecer en la sección policial de la prensa, mezclado con orgías, suicidios y grupos de degenerados!... ¡Qué espanto, Dios mío!...

(Esto era inevitable. Y es mejor que sea ahora, cuando mi pena y mi desesperación tienen otras causas. Cuando la intensidad de mi desesperación es insoportable; tanto, que los sermones de mi padre son un consuelo al ayudarme como esporádico alivio... ¡La religión! ¡Déle con la religión! Para él, todo es pecado y todo proviene de allí. Suponer que los bailoteos de niños eran orgías incipientes es típico en él. ¡Para qué decir las fiestas últimas! ¡Si supiera cómo eran las tales orgías! El energúmeno bebe agua de manantial. Le produce los efectos del alcohol más fuerte. Se emborracha con las cualidades inodoras del

agua. No hay peor borrachera que la de la inteligencia. Antídoto: gritar.

-¡Denme más vino, mierdas!

La palabra "mierdas" en su boca es como un bálsamo angélico. Las castas doncellas que lo rodean languidecen de ternura. Imaginar el grado de humedad de sus calzones. Pero Santiago es una ciudad de clima seco. Las mujeres se caracterizan por tener pantorrillas sin músculos. Es absolutamente cierto que las piernas de las chilenas son las más bellas del mundo.

- —Pero no te olvides que los brasileños son los campeones mundiales de fútbol.
- —Y los americanos son los mayores fabricantes de mapas camineros.
- —Los rusos tienen la carretera más larga del mundo.
- —Sí, pero en Andorra está la radioestación más poderosa de Europa.

-¿Y la producción arrocera china?

- —Los vinos franceses son los mejores del mundo..., sin contar que "La Marsellesa" es la mejor canción nacional.
- —¡Psch! Pero Canadá es el país con más esquimales.

La discusión llega hasta ahí, con lo cual queda demostrado que las piernas de las chilenas son las mejores piernas del mundo. Sin contar otro hecho que no se menciona: dificulto que en otro lugar de la Tierra se prepare una mejor ensalada de cebolla con tomate que en Talca.

A esta altura, el borracho cae por su propio peso y en espiral. Es recogido por los voluntarios caritativos —que nunca deben faltar en toda fiesta que se respete—, quienes lo conducen en brazos hasta el cuarto de huéspedes (llamado con mucho criterio: pieza de alojados), cuya cama está sin sábanas. Lo depositan sobre los colchones. Al día siguiente, los dueños de casa lo visitan —ya entrada la mañana—, despertándolo con sus disculpas involucradas en el perdón que le piden "por las sábanas". Entre bostezos y desapelmazamientos de la lengua, el alojado pide perdón por las frazadas y el colchón (los vómitos, se entiende). Esa es la orgía. ¿Y quién va a poder ir a misa con el cuerpo cortado y la camisa sucia? ¡Mayor inocencia, imposible! Ni fiesta de parroquia...)

Le ofrezco un cigarrillo. Mi padre se interrumpe. ¿Qué me estaría diciendo recién? Me distraje un poco. ¡Da igual, porque aún falta muchísimo! ¿Que no sabrá que tengo pena? Da una bocanada sin aspirar el humo y continúa hablando:

-...; Si parece mentira! Mezcolanza de los sentidos. (Aquí y en todas partes.) Ahora comprendo por qué hemos dejado de gobernar: ¡nuestros propios hijos están confundidos y degradados! ¿Qué se le puede exigir a la masa?... Si nuestra propia gente..., nuestra propia clase, ha caído en el juego ¡deee!... "la moral nueva", "el sistema político nuevo", "las necesidades actuales" y otras imbecilidades por el estilo, inventadas por gitanos internacionales, apátridas y descastados que acuñando viejas mentiras (verdaderos "cuentos del tío") se las han hecho creer a toda la humanidad. ¡Como no tienen nada que perder, apenas se vislumbra el peligro, levantan sus carpas y emigran para esperar el olvido y poder regresar! Lo han hecho mil veces a lo largo de la historia; ahora han llegado al extremo de tener la ley y el derecho de su parte. Nadie se ha librado. Ningún país ha es-

capado a la mala influencia de sus doctrinas...; Ah!, porque han elaborado "sistemas filosóficos", "principios estéticos", "fundamentos morales", "leyes socioeconómicas", para introducir el caos y minar nuestra cultura cristiana. Con nombres (porque los nombres y las palabras han sido sus mejores armas)..., con nombres como: "la necesaria evolución de la Iglesia", "la justicia social", "el arte abstracto", "la democracia integral", o, por el otro lado: "el proceso de democratización revolucionaria para poner fin al culto de la personalidad", "el arte para el pueblo y el realismo socialista", "la moral revolucionaria", "la coexistencia pacífica"... y los cientos de consignas nauseabundas, vulgares y ¡hasta mal redactadas!, que repiten, alaban y comentan moros y cristianos, sin detenerse a pensar en el hecho de que, incluso cuando aparentan oposición (para justificar la existencia de una "pugna ideológica entre Occidente y Oriente"), ésta es sólo formal hasta en lo geográfico...; Es puro tongo, como dice nuestro pueblo! Y es en ello (en la jugarreta con palabras y nombres) en lo que justifican sus afanes "de sacrificio": la cacareada "Paz Universal". ¡Que no es más que la excusa y el disfraz para imponer la herejía y el desorden!... ¡Qué temor a la guerra nuclear y a la destrucción atómica, ni qué ocho cuartos! (¡A lo mejor ni existen las tales bombas!) Y, por último, a nosotros qué nos importa que se hagan pedazos los yanquis y los rusos. ¡Mejor todavía, pues, hombre!... Especialmente si eso significa un vuelco total hacia los verdaderos principios cristianos. ¡Lógico! Está clarísimo que no existe otra Paz que aquella que predicó Nuestro Señor Jesucristo y por la cual fue crucificado. Es absurdo pretender que hay otro orden fuera del orden católico, apostólico y romano, donde puedan imperar la Paz y la Justicia...

¡Mira el mundo, que ya lleva veinte años sin guerras!, ¿qué nos muestra... a diario? Miseria, estupidez, odio, codicia, revoluciones, guerrillas experimentales para justificar el edificio de las Naciones Unidas; corrupción y apostasía. ¿Por qué? Simplemente porque una Paz sin Cristo, una sociedad sin base religiosa, significa la ruina... Y es en ella donde prosperan y triunfan los gobiernos de mercachifles..., algunos vestidos de santurrones. ¡Lo que falta es Orden!: los curas a sus parroquias e iglesias; las mujeres a sus casas a organizar sus hogares y a cuidar a sus niños y maridos; nosotros al gobierno; la clase media a sus oficios y profesiones; el pueblo al trabajo noble de la tierra o humanitarios turnos en las fábricas (por supuesto); los turcos y judíos a un comercio razonable y controlado, o si no, de vuelta a sus países (con lo cual se evitarían la brutalidad y degeneración que significa el nazismo); los maleantes, criminales y cogoteros a las cárceles. ¡En eso consiste el orden! Lo que hay ahora es el caos que preludia el reinado del Anticristo ...

(¡Ya se puso apocalíptico! Mi padre es un caso único: lo tiene todo tan claro que no me sorprendería que pensase que Juan XXIII era comunista. Lo curioso es que no es puritano, ni conservador: es un hombre antiguo, de otra época y que no entiende nada de lo que pasa en pleno siglo XX.)

—¿Quiénes crees tú que se perjudican más con el presente estado de cosas? ¿Quiénes son los que verdaderamente pagan el pato con los sistemas propiciados por las consignas y actitudes de estos precursores de la "Gran Bestia", que andan sueltos por todas partes, disfrazados de "sacerdotes progresistas y curitas modernos"; de "políticos revolucionarios" (de los de las revoluciones en libertad y de las otras…, cuales-

quiera que sean); de los "artistas de vanguardia"; de los "filósofos e ideólogos de nuestra época"? ¿Quiénes sufren las consecuencias de los gobiernos que postulan las majaderías que ya he mencionado?... Los puros, los inocentes, los pobres, la gente decente; eso que se llama "el pueblo" y que ha sido engañado haciéndole creer que gobierna... o puede gobernar... Aquí en Chile pudimos habernos salvado. Pero tampoco fue posible. ¡La poca gente decente que pudo mantener los valores se perdió! Unos se confundieron con los mediocres y arribistas y empezaron a hablar de "no se trata de hacer caridad, se trata de la justicia social" (¡cómo si la caridad no fuese una virtud teologal tan importante como la fe y la esperanza!); comenzaron a hacer política disolvente en organizaciones seudocatólicas, y curas confundidos de buena o mala fe, pero confundidos, los apoyaron... (¡la misa traducida al castellano, cuecas en las iglesias, curas en pantalones, monjas en bicicletas, obispos en sindicatos ofreciendo el reparto de las tierras, cruces abstractas. imágenes sagradas cubistas; niñas educadas en colegios de monjas usando bikini autorizadas por la madre superiora; jesuitas futbolistas, planificadores económicos o enemigos del dogma de la infalibilidad papal; presbíteros partidarios del divorcio, el psicoanálisis y el control de la natalidad; misjoneros luchadores en Sierra Maestra y partidarios de Fidel Castro... ¡aún ahora!; niñitas de la Acción Católica y de la Cruz Roja vagando por las poblaciones callampas en tiempos de elecciones!...) ¡El caos, pues, hombre!... ¡Claro, te produce risa! Tienes toda la razón para reír... Lo que no comprendo es ¿por qué la humanidad entera no se desgañita riendo, en lugar de tomar en serio a esos tontos graves y sus ridiculeces?... ¡Esta es la gran chacota! Lo que queda por ver son los resultados... ¿Y dónde están los muchachos sin contaminar? Esos que, ¡gracias a Dios!, no se habían metido en cualquiera de los dos bandos. ¡Tú, por ejemplo! (Porque no vamos a hablar de los Lastarrias, que creyeron que era una gracia dárselas de democratacristianos; ni menos de ese niño MacIver, que posaba de marxista.) Los otros muchachos decentes que aún no se contaminaban. ¡En orgías y farras; en sospechosas fiestas donde no faltaban ni los maricones! ¡Y a punto de encabezar escándalos que la crónica roja no va a desperdiciar!...

(Toda la amargura de mi padre. Y toda su incomprensión. No cuesta nada moralizar cuando se olvidan los propios pecados. ¿O sus palabras e indignación son sólo las meras justificaciones por su actitud cuando yo estaba en la Universidad? ¡Habla de cristianismo, de hogares cristianos y de muchas cosas por el estilo, pero se olvida de lo que hizo y dijo cuando me quise casar con Teresa...)

(Es la hora del desayuno. A pesar de haberme acostado a las seis de la mañana, me he levantado temprano para ir a la Universidad. Leo "El Mercurio" sobre la mesa del comedor. No hay nadie. ¿Llamaré a Teresa para saber si le dijeron algo por lo tarde? Y también porque quiero escuchar su voz. Y saber si aún me quiere..., a pesar de lo de anoche. ¡Pero fue todo tan maravilloso! Y simple. Durante la comida no me imaginé nunca que iba a pasar eso. Yo estaba preocupado de su rabia por haberla llevado a la reunión de la FECH. Casi no hablamos. Y nos comimos apenas un par de cucharadas de lasañas. No teníamos hambre. Y cuando salimos a la calle y empezamos a caminar hacia el Parque Forestal, sin po-

nernos de acuerdo, tampoco me imaginaba nada. La neblina se había levantado, pero los bancos del parque aún estaban húmedos. Pero yo no tenía frío; por eso coloqué mi abrigo sobre el asiento. Nos sentamos muy juntos. Tomé su mano mientras contemplábamos en silencio a otras parejas que deambulaban en busca de bancos desocupados. De pronto la besé. Nos besamos. No dijo nada, no hizo ni un gesto cuando abrí su escote y acaricié su pecho apartando a medias el sostén..., ni cuando acaricié sus piernas tibias y suaves y toqué su pubis, sin apartar mis labios de su boca. Luego nos pusimos de pie y empezamos a caminar en silencio, tomados de la mano. Sin arreglarnos la revuelta ropa y el desordenado pelo. Cuando estábamos frente a la Embajada americana, fue cuando me atreví a decírselo:

—Teresa..., ¿vamos a una parte donde..., donde estemos solos?

-¿Adónde? - pregunta en voz baja.

—Es un lugar que está a una cuadra de aquí..., y que conozco. Si tienes miedo... no vamos...; No sé si te resultará sórdido!... Pero ¡te quiero tanto!...¿Vamos? —suplico.

-¿No nos verá nadie?

-¡Nadie! ¡Palabra!

Y luego entramos al hotel de la calle Bueras. Temblábamos. Estuve muchas veces decidido a no entrar..., además ya ni me quedaba plata. "¡Por último dejo mi lapicera y el reloj en prenda!", pensé. La mujer nos miró de alto a bajo y Teresa tuvo que esconder la cara. Luego subimos al segundo piso y entramos a una pieza chica, casi entera ocupada por la cama. Dejé a Teresa adentro y salí cerrando la puerta, para pagarle a la mujer que esperaba a dos metros del umbral.

-¿La noche o un momento? -me preguntó.

-¡Un momento! -dije.

Me dijo el precio —como si se tratase del valor de un remedio o de los honorarios de una adivina—. Por suerte me alcanzaba la plata.

—Si necesita algo toque el timbre —murmuró, iniciando el descenso.

Volví al cuarto. Teresa me esperaba de pie, vuelta hacia la muralla del fondo. Aún tenía su cartera bajo el brazo. Me acerqué y la besé en el cuello. Mis labios y su piel estaban fríos. Luego nos tendimos así, vestidos, sobre la cama. Apagué la luz, y, después de algunos momentos de silencio en la oscuridad, busqué sus manos v su boca v nos besamos. Progresivamente desaparecieron la rigidez de nuestros músculos y el frío de la piel y el resecamiento de los labios. Se repitieron las caricias del Parque. Comencé a desvestirla y ella me susurró que la dejara sacarse la ropa por su cuenta. Nuestros ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y gracias a la luz de un farol callejero que se filtraba por la parte superior de la ventana, podíamos ver nuestras siluetas. Sin mirarla comencé a desvestirme, semiincorporado en la cama. Aún me faltaba una prenda cuando Teresa me pidió que la ayudase a abrir la cama porque tenía frío. Nos metimos juntos entre las sábanas. Allí terminé de sacarme la ropa. Luego me acerqué y la abracé. Estaba loco de amor y de deseo. Separó sus labios de mi desesperada boca y me dijo:

—Trata de ser suave... Aunque no lo creas, ésta es la primera vez que lo hago.

Y sin esperar mi respuesta volvió a besarme... casi con furia.

Después...

Cuando se nos ocurrió ver la hora -no por can-

sancio, sino porque nos parecía que recién habíamos llegado—, ¡eran las cuatro de la mañana!

Nos vestimos de prisa. Y allí fue cuando reapareció la vergüenza. Y el miedo. Y la sensación de culpabilidad. Pero sin que desapareciera la ternura; ni el deseo, que se renovaba, a pesar de haberlo apagado sin descanso...

¡Sí, debo llamarla por teléfono! ¡Teresa!...

Entra mi padre al comedor. Le doy los buenos días. Me responde con un gruñido y un gesto irónico que quiere decir (¡cómo lo conozco!): "Qué milagro ha ocurrido para que estés en pie a esta hora". Me habla de la situación política: repudia las medidas tomadas por los estudiantes y repudia las medidas tomadas por el gobierno.

—¡Cómo pudo salir ese bruto de Ibáñez! —exclama.

No me interesan sus ideas políticas. Además, quiero decirle algo. Algo que he decidido en este preciso momento. No es una locura.

-Papá, quería decirle que pienso casarme...

—¿Quéee?... ¿Casarte?... ¡Estás loco!... ¿Casarte?... ¿Y con quién, mira? —grita.

-Con Teresa Arlegui, papá -respondo.

—¿Teresa Arlegui? ¿Y desde cuándo, mira?... ¿Que no estabas pololeando con esa niñita... no sé cuánto... Petterssen o algo así?

—Sí..., es decir... no. ¡Bueno, la cosa es que estamos enamorados con Teresa y pensamos casarnos!

—¡Piensan casarse!... ¿Y por qué no piensan darse vueltas de carnero, mejor?...

-¡Mire, papá...!

—¡Nada, señor! Usted termina su carrera primero y después piensa en casarse. ¡Como Dios manda! Y con una niña de buena familia..., pero que además

provenga de un hogar bien constituido y cristiano... Nooo de unos padres separados y en bancarrota...

Me levanto de la mesa y salgo —sin decir ni una

sola palabra— del comedor.)

Después la Guerra Santa. Aquí y en casa de Teresa. ¡Jodernos y jodernos!... A mí me habla de pecado. ¡Cuando ni siquiera fue humano la vez que le comuniqué la urgencia de casarnos, ya que el atraso de Teresa era demasiado sugestivo!

—¡No me venga con trucos ni ordinarieces! ¡Me niego a escuchar que un hijo mío haya cometido un pecado de esa naturaleza con su polola! ¡Mire, jovencito: ni usted es un carabinero ni la niñita esa es empleada doméstica! No puede ser: usted miente. ¡Y por ahora déjeme solo en el escritorio! Después hablaremos.

Por suerte, cuando me encontré con Teresa esa tarde, me contó que el peligro había desaparecido y no tuve que repetirle las palabras de mi padre. Y después... Cuando a las dos semanas me regaló un viaje a Europa por seis meses. ¡Y que acepté, por supuesto! (¡A pesar de las lágrimas de Teresa!)

Levantarme a buscar un trago. Lo interrumpo para ofrecerle a él.

-¡Bueno, gracias! -dice.

Me acerco con la copa y se la paso. Nos miramos. Hace un leve gesto que expresa su preocupación por mi estado de ánimo.

- —¡Te hará bien este coñac!...¡Nos hará bien! —murmura.
 - -Me hacía falta.
- -No tiene nada de particular tomarse un trago de vez en cuando. Esa es la manera de tomar...

entre la gente decente. Lo demás es vicio y ordinariez. ¡Nunca te dije nada con respecto al alcohol! ¡Por el contrario, desde chico te enseñé a tomar vino a las horas de comida, para que te acostumbraras! ¡Pero ustedes creían que los vicios son elegantes! ¡Todos ustedes! ¡Ahí están los resultados! Igual que los radicales: traguitos y aperitivos en bares y restoranes. En vez de haber dado el ejemplo de sobriedad y decencia. ¡Todos iguales: Ismael Lastarria, Demetrio Echegoyen, y las propias muchachas! ¡Qué espanto!

—¡Usted sabe que no he sido borracho, papá!... Es cierto que hemos tomado más de la cuenta, pero borrachos no hemos sido jamás... Excepto Roberto Mac-Iver..., que..., ¡bueno!..., ha sido curado toda

la vida —digo.

—¿Cómo? ¿Y lo de anoche no fue una borrachera general?

—No exactamente, papá. No se trató de una borrachera.

-¡Pero hubo gente curada! ¿O no?

—Bueno..., sí. Roberto se anduvo mareando y Demetrio y Albert tomaron bastante. Al que más podría llamársele borracho es a Raphaín Dagoni...; sin embargo, manejó su propio auto sin dificultades...

—¿Me vas a hacer creer que tomaron leche?... ¡No! Realmente no entiendo. ¿La mujer de Demetrio (la niñita Weelwright, esa que fue compañera de la Rosarito) no está esperando guagua, acaso?

-Sí, está por tenerla -digo.

—¡Fíjate tú! A lo que hemos llegado: igual que los empleados públicos. Mientras la mujer está pariendo, el marido de francachela. ¡No digo yooo!... ¡Y ese tal Raphaín... o como se llame! (¡Qué nombre más raro!) ¿De dónde lo sacaron? ¿Qué significa esa amistad con un centroamericano desconocido?... Así,

de la noche a la mañana, llega una especie de papagayo que se las da de artista y todos ustedes, ¡todo Santiago se fascina como si se tratara de alguien interesante! Lo que pasa es que los valores están trastrocados. Este país exportó cultura, impuso el arte, expandió la educación por toda Latinoamérica, en los últimos cien años; ahora, basta que llegue un snob traspirado, hediondo y peludo y superficial, para que los intelectuales y la gente de Santiago le abran sus puertas y le entreguen sus cátedras. ¿Pero en qué estamos. Dios mío?... Pensar que la desorientación es total. ¿Los resultados?: la tragedia de anoche. Y la tragedia que vive el país desde el año 38. Si ustedes..., la nueva generación de Lastarrias, Echegoyen, Mac-Iver, Arleguis..., tú, y los demás muchachos decentes, han llegado a lo que te decía hace un momento. ¡Si no hubiesen caído en la mentira colectiva! Si se hubiesen dado cuenta de que tenían el deber y jel derecho! (¡Sí, el derecho por la simple razón de pertenecer a la única aristocracia de este país!)... Si se hubiesen convencido, digo, de que deberían haberse preparado para gobernar en Chile. ¡Sí, señor! Nosotros (es decir, ustedes) y el "roto chileno". Sin esa clase media arribista y desarraigada, que ahora está en el poder. ¡Nosotros y el auténtico roto chileno! Tal como fue siempre... Tal como fue cuando este país jugaba un rol preponderante en el plano político internacional. Tal como fue en el siglo pasado y principios de éste, cuando éramos ricos, poderosos, emprendedores, cultos y ¡hombres!... (Valientes y honrados.) ¿Quiénes entraron tres veces a Lima gritando: ¡Viva Chile mierda!? ¿Quiénes? Los caballeros y los rotos de verdad. Ni un solo tipo de medio pelo tuvo nada que hacer con el pasado histórico de este país. Fue justamente cuando los suches y furrieles de la admi-

nistración pública; los oficiales del registro civil y los boticarios de pueblo chico; los hijos de almacenero, comenzaron a llegar al Parlamento (exhibiendo como único mérito la humildad de su origen), cuando comenzó la decadencia nacional. Y vino la marabunta de masones, marxistas, anarquistas, herejes partidarios de las doctrinas sociales de la Iglesia Católica, mutualistas que se reunían a comer chunchules bajo chillones estandartes que decoraban sus "clubes sociales", mozalbetes nazistas y fascistas que exaltaban el odio, marimachos y carcamales que pedían "igualdad de derechos para la mujer" (jignorando que nuestra legislación les ha concedido mil prerrogativas más que a nosotros!), afeminados que fomentaban la histeria de esas viejujas bigotudas e irresponsables, judíos y judaizantes que explotaban la piedad, comerciantes venidos a más que deseaban ascender de clase y meterse con la gente... ¡Qué sé yo!... Todos ellos trepando con dientes y uñas, y demoliendo en su marcha los fundamentos del Estado Católico. ¡Y nuestra clase mirándolos hacer; contemplando inactivamente cómo se iban adueñando, sin ningún sacrificio ni compromiso (ni derecho, por cierto), de todo lo que nos pertenecía por haberlo construido y preservado nosotros v el inquilinaje, hasta con sangre! ¡Pero había que dárselas de demócratas! ¡En eso consiste el descastamiento!... ¿Y ha sido mejor para el país esta administración popular?...; No, señor! No han hecho sino hundir y desmembrar a Chile. Ni siquiera han sido capaces de ayudarse entre ellos, elevando la educación. ¡Para qué! Cuando apenas han llegado a la Cámara o a algún ministerio o a alguna vicepresidencia ejecutiva, se han cortado las uñas, se han comprado un sombrero enhuinchado, han matriculado a sus hijos en los colegios particulares (que no dejan

de combatir desde la tribuna parlamentaria), disculpándose ante sus correligionarios y compinches con frases como: "Es mi mujer, que es tan beata; pero el cabro (yo no sé por qué siempre tienen "cabros" en vez de chanchos, por hijos) me salió muy hombre: se ríe de los curas"..., y otras leseras de esa índole. Y al cabo de unos pocos años no se acuerdan que no saben ni cómo se llamaban sus abuelos o qué hacían... o si los tuvieron, siquiera...; No hay nada peor que la clase media: porque no tiene nada que perder!... Nosotros, por el contrario, lo único que tenemos son cosas para perder... Y otro tanto (en distinta medida, por supuesto) les ocurre a las gentes verdaderamente humildes y de trabajo: esos que se sentían orgullosos de ser llamados rotos chilenos...; Gracias a Dios que todavía saben distinguir a un caballero de un siútico! ¡Y te aseguro que esperan y desean que las cosas vuelvan a su antiguo cauce!...

Se detiene agitadísimo por el esfuerzo. Pero su cansancio no le impide hacer gestos cuyo significado es muy claro: espera una respuesta mía, que sea válida para todas sus infinitas preguntas, y que al mismo tiempo sea la adhesión a la totalidad de sus afirmaciones. ¿Por qué será tan estrambótico este caballero? ¡Ya sé, es de la Edad Media, pero partidario de una monarquía absoluta, más extensa que la de Carlomagno..., y es enemigo mortal del feudalismo anárquico! ¡Ah, y debe pensar que el Emperador y el Papa pueden tutearse!... Mejor no discuto: hablamos diferentes idiomas. Y si se enoja, terminará diciéndome: "Usted está descalificado moralmente para decir eso". O lo que sería peor, en este caso: que se negase a ayudarnos a todos, por culpa de una discusión teológica incoherente... ¡Pecado, pecado y pecado! ¡Culpas y culpables! El lo tiene muy claro...

¿Habré pecado?... en el sentido católico, digo. ¡Pamplinas! ¡Qué pecado ni qué ocho cuartos! Mi papá logra arrastrarme siempre al plano de lo absurdo... ¡No me voy a poner a pensar como niñito de primera comunión, justamente ahora!... Parece que voy a tener que decir algo, porque sigue esperando mi respuesta. ¿Qué?...

—¡Mire, papá, yo creo que estas cosas son bastante más complicadas que lo que parecen! Estoy de acuerdo con usted en que la situación general de nuestra época es muy caótica. Nadie entiende nada. O muy pocos entienden... ¡Pero de ahí a asegurar que la culpa la tiene tal o cual cosa o tal o cual persona o grupo..., bueno..., creo que es un pocooo...! ¿Cree usted, por tomar un ejemplo cualquiera, que se puede hablar de una aristocracia chilena?... ¿Y de que el pueblo la conoce y la desea para que lo gobierne?... ¡Es cuestión de mirar las cifras de la última elección presidencial, no más!... Los partidos tradicionales ni siquiera pudieron tener un candidato... Yo pienso que...

(Me interrumpe con violencia.)

—¡Tú piensas! ¡Tú piensas! Eso es precisamente lo que no haces: pensar... (¡Y no te hagas el ofendido, porque lo mínimo que debe tener un caballero es humor y agallas para conversar las cosas como hombre..., sin palabritas amables ni circunloquios, caramba!)...

—No me hago el ofendido. Simplemente creo que si tengo otra opinión que la suya, no por ello he deja-

do de pensar...

—¡Hablo de pensar en un sentido integral! No basta tomar un par de hechos, compararlos con otro par de hechos contradictorios y luego formular un silogismo aristotélico en *Bárbara* y luego espetar la conclusión. Eso es lo que ha confundido a la humanidad entera. Pensar significa meditar..., meditar...; Eso es lo que no hemos hecho aún en América!... Miraaa, a propósitoooo, ¿qué coñac me diste? ¡Está muy bueno! ¿Encuentras? —dice, mientras aspira los vapores, casi sensualmente.

—¡Muy bueno! Debe tener quince años, por lo menos —digo.

—¡Treinta y cinco!... Es del año 29 —agrega satisfecho.

Entrecierra los ojos. ("Desgraciadamente uno tiene que seguir soñando las pesadillas hasta que despierta", decía don Ladislao. ¡Qué ingenioso es! Esto de ahora lo ha afectado muchísimo.) Mi papá ha vuelto a hablar. (Aquí fue cuando me habló del transcurso del tiempo y de lo otro...)

* * *

Este silencio repleto de ruidos, pisadas cautelosas y movimientos profesionales de los hombrecitos con gorra, se prolonga demasiado. Todo lo ajeno al silencio mismo destaca el instante. La cordillera ha ido creciendo con el transcurso arrastrado de este tiempo casi estático. Abandono la visión de los cerros, bajando la vista: doy con la mirada de Teresa. A pesar del disgusto que le ha producido el encuentro de mis ojos, realiza un gesto de saludo. Luego se vuelve hacia doña Chabela, que está a su lado. Es imposible descubrir su mirada: lleva anteojos oscuros. Ella y Teresa son las únicas mujeres que han llegado hasta este lugar. Creo que es la primera vez que doña Chabela altera una norma social conocida de todos. ¡Se trata de su única hija, por lo demás! Pero

ya es demasiado tarde para hacer algo que por siutiquería no lo hizo mucho antes... y varias veces.

¡Pensar que es cierto que hay cipreses en los cementerios! Ahora han terminado de sacar las coronas que repletaban el carrito auxiliar y el otro. Rodeamos el ataúd. A un lado, se ubican Jorge, Albert, Ismael y uno de los tíos de Isabel; al otro, estamos Raphaín, Marcos, Mario Mascayano y yo. No ha quedado sitio para Roberto, Alejandro, Juanito ni el otro pariente. Todos ellos permanecen en actitud de querer auxiliarnos en cualquier instante...

La manilla está fría y áspera. ¡Es todo lo que puedo tener de ti, Isabel!... Comparto tu peso con nueve personas. Uno de ellos —el que está a tus pies— es tan siniestro y frío, que si pudieras verlo, te horrorizarías, Isabel... Es un desconocido de gestos profesionales... Viste de negro; tiene corbata negra, Isabel...; y pantalones negros y corbata negra, Isabel...; Y zapatos café, Isabel!...; Ya no puedes reír!...; Pequeña walkiria tensa!...; Pesas tan poco, niñita

mía!...

SEGUNDA PARTE

DE CIVITATE DEI

"Y me dijo: No selles el libro porque el tiempo está cercano."

APOCALIPSIS DE SAN JUAN

"Dios creo las estreyas, los arvoles, las plantas el cielo, los paices el primer hombre se llamó adan y la primera mujer se yamo eva. Dios quiere a las niños les da premio a los guenos y castigo en el infierno eterno para los niños malitos. Dios es un ser infinitamente perfecto. Todas las noches ay que resar por Dios por todo lo que nos a dado. En aleman dios se yama got."

ENRIQUE BEYTÍA. (Tercera preparatoria del Liceo Alemán de Santiago.)

ELUDIENDO a la gente, tomé una calle que me ha conducido hasta uno de los costados de la capilla. Es conveniente que haga un poco de hora. Sólo el tiempo para que terminen de recibir el duelo, a la salida del cementerio. No quiero ni ver ni encontrar a nadie conocido.

Me asomo a la penumbra interior de la capilla. Por suerte, no alcancé a encender el cigarrillo que tenía en los labios. Lo conservo apagado entre mis dedos, que también sostienen la caja de fósforos. Doy unos pocos pasos (que bastan para que me encuentre totalmente adentro) y me ubico a un costado posterior de la iglesia. Parece que está por comenzar otra misa de difuntos. ¡Otra! ¡Y yo que no quise asistir a la de Isabel! Pero se trata de otra cosa: sólo deseo ocultarme aquí -a la sombra- mientras espero que se vaya la gente que aún debe estar desfilando frente a los tíos de ella (y a más de alguno de nosotros), diciendo alguna frase estúpida... o simplemente apretando las manos extendidas en silenciosa secuencia. (Después de haber depositado la tarjeta de visita en la urna que está debajo de la pizarra donde el apellido de Isabel -escrito con tiza- tiene faltas de ortografía.) En esta misa hay poquísima gente. Junto a los bancos próximos al ataúd se arrodillan seis o

siete seres humildes. Muy pobres... (Por el modo de vestir, digo.) Juego con el fósforo que conservo en la mano derecha. Lo restriego lenta y suavemente por el raspador...

La pequeña franja oscura de la caja parece poblarse de diminutas estrellas. En la penumbra de la iglesia, remedo estrellas en una caja de fósforos. Voy creando infinitos universos. Ahora giran mis planetas y se desplazan mis galaxias. Basta una presión, apenas más intensa que la constante, para encender el fósforo. Se ha hecho la luz. También el agua y la tierra. Aparecen las primeras criaturas elementales. Corren hacia su perfección. Soplo (para no quemarme los dedos y porque no se pueden encender fósforos porque sí adentro de las iglesias). Deseo algo...¡Cualquier cosa! Pienso un instante. El hombre comienza a sufrir. Me olvido de él, y por ello, comienza a llamar mi atención adorándome.

-Introibo ad altare Dei...

Por culpa de estas ceremonias, comete el primer asesinato usando por arma lo que queda de una bestia asesinada por la bestia...

-Ad Deum qui laetificat juventutem meam...

Mata en mi nombre, que desconoce...

—Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta; ab homine iniquo et doloso erue me...

La señal que ha dejado su mano ensangrentada al secar el sudor de su frente lo distingue, marcándolo con tantas obligaciones que llegan a impedirle ver otra cosa distinta a sí mismo. Es tanta su ceguera, que muere para conocer mi rostro... ¡Yo tengo mil rostros!...

—Quia tu es, Deus, fortitudo mea, quare me repulisti et quare tristis incedo dum affligit me inimicus?...

¡Yo no te he rechazado ni a ti ni a tus enemigos! (Mover la caja para que el aire se lleve el olor a azufre.) Esto trae cambios violentos que precipitan el agua a torrentes. Se unen los pocos, entre los pocos que se escondieron en un hermético cofre. Crecen. Aprenden a reír. (Desgraciadamente a ningún padre le gusta que sus hijos se rían a su costa.) Castigos y multiplicaciones. Los solemnes convencen a los risueños -con argumentos de ambigüedad falso-verdadera situados a lo largo de los filos de sus espadas— de las ventajas de su caprichos y de la impertinencia de la alegría. Alegan haber firmado un pacto conmigo. ¿Qué pacto? Proclaman que son mis elegidos. ¡Yo no tengo preferencias! Cuelgan y clavan a un inocente... que había sobrevivido gracias a la sangre de miles de inocentes degollados bajo el signo de Capricornio...

-Agnus Dei qui tollis peccata mundi...

¡Oh, Macho Cabrío frustrado! Dicen que es mi hijo. (¿Pero que no son todos mis hijos?) El sí que lo sabe. (¡Peor para él!) Me llama desde un madero que llegará a ser joya de oro, testero de alcancía, alivio del peregrino, símbolo de esperanza, imagen de dolor olvidada por su exagerada profusión. In Hoc Signo Vinces..., ¡después de la persecución, por cierto! Después, la legalidad. Con ella, la administración de mis poderes y las leyendas sobre mi omnipotencia. Para estar a mi servicio: la castidad. Los que protestan (de la castidad, entre otras cosas) son quemados. Pronto las hogueras se encienden en todos los bandos. También hay algunos que navegan para probar la redondez de su pequeña esfera. La carne morena también sirve de combustible... Amén de que

es muy útil como utensilio de labranza y caricatura de máquina. ¡A lo mejor la cordillera de los Andes es de oro puro! Aprenden que el fuego y el agua, encerrados en un ridículo mecanismo de hierro, reemplazan al caballo, al aire que infla las velas y a los brazos sudados de los trabajadores. Ya sabían recoger partículas infinitesimales del azufrado raspador para iluminar su cielo y celebrar, pintando la noche de mil colores, la resistencia de una cabeza que acababa de sostener un sombrero de oro v jovas. Descubren que con un tubo de metal pueden trocar la dicha en llanto y los destellos que alegraban su noche de fiesta pueden transformarse en estampidos que apuran y multiplican la muerte, que los fascina tanto. A pesar de los cadáveres que cubren los campos de batalla... y de los esqueletos sepultados bajo los cimientos de los edificios que reemplazan a los edificios derrumbados desde el aire; a pesar de sus incontables muertos, crecen y se multiplican. (¿Yo di la orden?) Ya no quedan sitios solitarios donde el mar retumbe sin testigos, ni la tierra permanezca sin ser pisada... Entonces se atreven a abandonar, en absurdas capsulitas que giran algunas horas en torno a su no tan geométrica esfera, el pequeño mundo que han poblado. Intuven mi juego con la caja de fósforos. Desean imitarme, pase lo que pase. ¡Tomen, ahí tienen, ustedes mismos se desintegraron!...

- -Dominus vobiscum...
- -Et cum spiritu tuo...
- -Requiescant in pace...
- -Amen.

¿Cuánto rato he permanecido aquí, sin darme cuenta? Escondo mis manos en la espalda, para ocul-

tar los fósforos y el cigarrillo, que aún permanece apagado: salen los deudos. ¡Pero si ahí viene Isidoro Necochea! ¿Qué estaría haciendo aquí..., en otra misa? Es imposible que me oculte. E inútil, porque nuestros ojos ya se encontraron. Saludarlo con una venia. Salir con él.

La claridad exterior me encandila. Caminamos en silencio. Poco a poco me acostumbro al cambio de luz. Estamos llegando a la salida.

—¿Qué hacías otra vez en la capilla, Isidoro? — pregunto.

—Rezar otro poco más por Isabel... Y por el muerto para quien era la misa. También por todos

nosotros -agrega, con profunda seriedad.

Hemos llegado hasta la salida principal, que da a la Avenida La Paz. Ya es tarde. Hasta después de almuerzo, se ha detenido el movimiento en estos lugares. En la plazuela, sólo deambulan escasas personas mezclándose con los pequeños vagos que "cuidan" autos, y con los vendedores de flores, silenciosamente sentados sobre la vereda, junto a su mercadería. Al bajar las gradas, le señalo a una mujer que mientras come sosteniendo con una mano el sandwich, con la otra ordena los ramos de clavelinas alineados delante de sus rodillas.

—Es curioso, tan cerca de la muerte —le digo a Isidoro.

-¿Tú encuentras? - pregunta.

-Sí... Especialmente ahora... ¿No te parece?

—Ahora no me parece curioso —responde.

* * *

Para soportar lo que queda en este futuro próximo y en todo el tiempo por venir (¡tan distinto y desconocido!), debo encontrar algo demasiado importante. Quizás si organizase un nuevo sistema mágico; aunque me lo impidiera el esfuerzo de tener que enfrentar recientes imágenes inútiles, hirientes y peligrosas. Ensayo símbolos que en algún instante del pasado fueron buenos. Viejas supersticiones, tan antiguas como mi propia angustia y más antigua que el mismo ser humano. Vuelvo a lo positivo. A lo que me hiere sin abandonarme ni el más leve instante. A aquello para lo cual todo es estímulo y fertilizante. Basta una palabra -que ni siquiera fue dicha-; una esquina que se parece a otra esquina; un olor o un sonido que quizás podrían producirse y llegar hasta mi olfato o mi oído. ¡Todo! Y aunque no hubiese nada, sería imposible escapar, porque el cerebro trabaja vertiginoso, independiente y paralelo para producir, en caso necesario, la angustia pura, la angustia abstracta: ¡la absoluta angustia! Es cierto que cuento con una especie de embrionaria esperanza. De allí debo partir; comenzando por superar, a todo trance, el efecto negativo que ello me produce, al retornar como reacción ante el efímero alivio- convertida en total desesperanza. ¡Pero todo puede servirme! Como todo puede perderme. ¡Sólo deseo salir de este espacio interior que se me escapa!... No tener culpas. Poder olvidar y recordar sin dolor ni odio (sentimientos cuya simultaneidad intensifican el espanto). Porque el odio aislado sería útil. Sin embargo, en este instante la esperanza misma de liberarme algún día, también me hiere... No me sirve saber que eso es masoquismo. Sería tan bueno que, por ejemplo, tomase un símbolo cualquiera..., jel horror a un número que provoca mala suerte!... u otro. ¡Qué sé yo!... Ir por las veredas contando los pasos, sin que, al llegar el número trece, mi pie coincidiese con las separaciones del asfalto. Jugar a ello y concentrarme hasta perder la conciencia...;Pero es inútil!... No es sino otro estímulo más...

Recorro encorvado el borde húmedo de la playa. Ya es tarde y pronto deberemos volver a casa, para el almuerzo. He encontrado sólo trece ágatas esta mañana. Debo apurarme para llegar al número catorce. Desgraciadamente, el mar no botó piedras hoy día. La cosa es difícil. Si junto catorce, arreglaré nuestra pelea con Isabel... ¡Pero si me quedo en trece, costará mucho! Está furiosa. Y cada día más estrambótica y agresiva. Ahí está tomando sol desde temprano, sin levantarse ni un minuto del nido de arena que fabricó al llegar a la playa. Ni ha mirado las ágatas que le mostré. ¡Estoy hasta la coronilla con su neurosis y frialdad! (Mis pies no dan más con la aspereza de esta arena de Isla Negra.) ¡No sé en qué va a terminar este asunto con Isabel! No debí jamás abandonar a Teresa por ella. Pero fue inevitable que nos encontráramos en Europa. ¡Y nada menos que en París! Aunque, pensándolo bien, vo la hubiese buscado de todas maneras. ¡Cómo iba a dejar de verla! Hubiera sido estúpido volver a Chile y decir: "Fíjate que no estuve con Isabel". Por otra parte, las cosas fueron demasiado complicadas: doña Chabela en Suiza, Isabel sola en París y totalmente cambiada con... eso. Y las mentiras empezaron al tiro. Mis mentiras.

—Bueno, la verdad es que no supe lo que hacía... Tú comprendes; André era un hombre tan maduro... y mi mamá estaba feliz de que saliéramos juntos y fuéramos a los lugares más maravillosos que puedas imaginarte..., bueno, y a mi mamá no le importaba un bledo la hora en que llegara al hotel y ni me preguntaba nada. Por todo lo que me molestaba..., por todo lo que nos fregaba en Santiago a ti y a mí,

ahora hacía como que le encantaba, tratándose de André. Y él era tan maduro..., todo le parecía de-lo-más natural del mundo. Y un día volvimos al hotel donde estábamos con mi mamá, en Birmingham; porque se puso a llover y yo andaba hasta sin abrigo. Mi mamá se había ido a pasar el día donde una gringa amiga de la familia (tú sabes que mi abuelita era escocesa). El caso es que subí al departamento a cambiarme...

- —¿Y te acompañó el fulano, no es cierto? —la interrumpo.
- —¿No veo por qué te enojas tanto?... Y además te estoy contando tal como fue...
- Perdón, sigue, por favor, y no me hagas caso
 vuelvo a interrumpirla.
- —Total, subimos al departamento y él se quedó leyendo unas revistas, mientras yo me desvestía en el baño... ¡De repente, cuando estaba totalmente desnuda, se abrió la puerta (tú comprenderás que no tenía para qué echarle llave) y entró André, sonriendo... como si tal cosa! Tomé una sábana de baño que estaba al lado y me tapé. Ni siquiera podía hablar, de lo sorprendida que estaba. André me miraba y, sin dejar de sonreír (no creas que como un idiota o un degenerado; no. Era una sonrisa de-lo-más natural), me dijo que no me tapara porque tenía un cuerpo "absolument parfait"... ¡Así me dijo, en francés!... Y yo, no sé por qué, le hice caso y le entregué la sábana de baño que me pedía con la mano extendida. Tampoco tenía miedo ni vergüenza...

Se detiene buscando la palabra precisa. Lógicamente no la encontrará, porque sus sensaciones eran imprecisas. La sangre se me ha concentrado en la parte superior del pecho y me aprieta la garganta y hace latir las arterias de mi cuello. Yo sí que conozco la palabra que explica mi estado de ánimo: desolación.

—Entonces, André te tomó entre sus brazos y te llevó, como si fueras una liviana golondrina, hasta la cama de tu mamá y allí...; Bueno, lo que me gustaría saber es cómo se desabrochó el marrueco; detalle que los autores de novelas rosa nunca han aclarado! —digo, sin ocultar el despecho.

—¡Eres un grosero!... y un patán que ni te mereces que te haya contado —grita por sobre las lágrimas y sollozos que le aparecen espontáneamente.

Entonces, utilizando toda mi autocompasión que ha terminado reemplazando a las otras sensaciones, me acerco a ella (que oculta su cara con ambas manos) y ruego, suplico, lloro, pido perdón, prometo, explico, comprendo y todo lo demás, hasta que logro serenarla. Luego, mis caricias terapéuticas e inocentes empiezan a transformarse y a arrastrar -en su metamorfosis- a mis sentimientos hasta que, en menos de una hora, me encuentro semidesnudo (al igual que Isabel) poseyéndola sobre el sofá. Mi deseo (magnificado por la suma de mis frustraciones y fracasos que siempre hubo entre nosotros, más la larga abstinencia típica de un turista recién llegado al extranjero, sumados a la excitación morbosa de las ingenuas caricias convertidas en francos manoseos, momentos antes) olvida todos los límites... Mis sentimientos, por su parte, compensan la traición a Teresa, manifestándose en términos de amor desbordado y auténtico.

Esa misma tarde —mientras caminábamos por París, sintiendo, sin otras restricciones que las impuestas por motivos biológicos menores, esa "atmósfera romántica" explotada y difundida hasta la saciedad (aunque no tanto como para impedirnos la motivación emocional: probablemente artificial y producto de los mitos literarios y cinematográficos, unidos al ridículo europeísmo de los latinoamericanos, que alcanza el paroxismo y hasta la caricatura tratándose de las márgenes del Sena) y que nos envolvió de manera inevitable- le conté sin omitir detalles la historia de mi relación con Teresa. Es cierto que la presencia absoluta de la reciente experiencia hizo que minimizase los verdaderos sentimientos hacia Teresa. Hubo momentos en que la vergüenza emergió y estuve a punto de confesar la estricta verdad -es decir, la existencia absoluta de amor- ocurrida hasta apenas dos semanas antes, en Santiago; pero ese destello de honradez se apagaba con mi anhelante necesidad de creer que el reencuentro con Isabel me demostraba mi equivocación de sentimientos. En ningún momento descubrí el deforme mecanismo psicológico de mis razonamientos. Y como último recurso compensatorio (que hizo las veces de absolución total), actuó el calificativo de "traición con Isabel", aplicado a la actitud de Teresa.

Pero esta explicación y estas reflexiones son válidas para este instante de mi vida. Son producto de un análisis hecho a posteriori. Es posible que justifiquen o expliquen y quizás disculpen mis actos. Pero sólo ahora. Mi conducta y mi conciencia de entonces poseeen otros calificativos, otras explicaciones y otras reflexiones cuya temporalidad pretérita resulta imposible de medir y establecer hoy día..., cuando aún no logro encontrar el ágata número catorce...

-¿Que no vive Hugo por estos lados?

-¿Ahhh? -digo.

—Te pregunto que si Hugo, el hijo de la empleada que tenían en tu casa, vive por estos lados —dice Isidoro.

-¡Ah! ¡Hugo!... ¡Sí! Vive en este barrio -res-

pondo.

Miro en torno nuestro. Estamos casi al final de la Avenida Perú. Mientras contaba mis pasos mecánicamente, llegamos hasta aquí. Es increíble todo lo que hemos caminado desde el cementerio... y sin hablar ni una palabra. Observo a Isidoro. Al notarlo, también me mira. Le sonrío amistosamente. Devuelve mi gesto con espontaneidad.

—Me ha hecho bien caminar, Isidoro. Ni me di cuenta de cómo llegamos hasta aquí... y sin conver-

sar...

—A veces resulta inútil hablar. Es peor —afirma como para sí mismo.

-¡Ojalá todo el mundo supiera eso!

—Basta con saberlo uno... Es decir, saberlo bien. ¡Tan bien como para practicarlo siempre! — habla con tono sentencioso.

Desde chico habla igual. ¡Qué aburrida debe ser

la vida de Isidoro!... Aunque...

—¿Pero qué saca uno con saber eso, si la demás gente lo ignora y te habla? Uno tiene que contestar de todas maneras —digo.

—¿Por qué vas a responder, si realmente quieres estar callado? ¡No! Sencillamente uno no contesta....

¡Muy simple! ¿No te parece?

"¡Muy simple!"... El simple es él, que cree que es llegar y quedarse callado. ¡Lo viera yo con Teresa! Imposible. Obligado a responderle, no más... ¡Cuando empezaba a preguntar!

—¿Y por qué lo hiciste? ¿Ah? ¿Por qué lo hiciste? No le respondo. Fumo sin mirarla. Me concentro en abrir mi ventanilla del auto, que está atascada.

—¡Contesta, pues! ¿Ah? ¡Ese era el amor tan grande!... Me da pena por ti, cuando me acuerdo de tus juramentos... ¡y tus celos! ¡Ah! Porque eras enfermo de celos... ¡Ahora caigo por qué, pues! Te imaginabas que yo era como tú. ¡Y la estúpida te daba explicaciones y te acariciaba y te prometía que la próxima vez me pelearía con toda la casa para no atrasarme y que el perla no se angustiara esperándome, mientras pensaba que yo lo estaba engañando!... ¡En vez de haberme indignado por tu falta de confianza, y tus sucias dudas!...

Sigue hablando. La miro de reojo. ¿A qué horas terminará de lamentarse? ¿Por qué no se da cuenta de que no puedo hablarle ahora? Es mucho mejor que nos quedemos callados...

—¡Teresa, Teresa, te quiero tanto!...¡Hipócrita! A Isabel le dirías lo mismo. Tal como a mí: "Teresa, la verdad es que nunca estuve enamorado de Isabel. Tú no sabes todo lo que sufrí... En cambio, contigo soy tan feliz; a ti sí que te quiero. Estoy enamorado de ti, Teresa...¡Teresa mía!"¡Pua! Me das pena.¡Ya te veo!: "Isabel, Isabel, no debí jamás engañarte. Fue una locura lo de Teresa. Pensaba en ti cuando me acostaba con ella, Isabel"...¡Sucio!¡Repugnante!...¡Claro y ahora callado! Por lo menos deberías decirme algo...¡Que no es cierto que le decías eso a Isabel! Pero no puedes, porque se lo decías...

Hasta aquí llega mi silencio.

—¡Por Dios, Teresa! ¿Cómo puedes decirme una cosa así? ¡Cómo se te ocurre que iba a decirle eso a Isabel!... Tú sabes que te quise..., ¡que te quiero!...

—¡Jajá! ¡Que me quieres! No me hagas reír, mejor...

-;Sí, Teresa! Nunca he dejado...

Ese era el comienzo. Después los juramentos y las súplicas. Las lágrimas. Suyas y mías. Y mis ruegos para que me respondiese. Y la desesperación por su silencio. Hasta que lograba su respuesta...

Está loco Isidoro. ¡Ojalá bastara con el deseo de

no hablar!...

—Se trata de ser sincero. De no esconderse... en el sentido de no usar el silencio de uno como disculpa... o como un truco para ocultar la verdad. No. Se trata de no querer hablar, simplemente —dice.

¿De dónde habrá sacado éste la experiencia? Lo miro. Vuelve a sonreír; espontáneamente. No hay ni un solo rastro de ironía o de suficiencia. Imito su gesto. ¡Ojalá haya sido como el suyo!... ¡Pobre Isabel! ¡Dios mío! No hay ni un minuto —ni un solo instante— en que se dé el estricto olvido...

—No has dejado de pensar en esto, ¿no?... Digo, en Isabel; en lo de esta mañana, y principalmente en ti..., ¿verdad? —dice Isidoro.

Casi me detuve en seco. Por milagro pude mantener la marcha, apenas perdiendo un poco el paso. ¿Qué se imagina este tipo? Debería probar el sistema de silencio que ha predicado, con él mismo...

—¡No, no trates de quedarte callado por razones extrañas al deseo que sientas!... A no ser que verdaderamente sea eso lo que quieres. Si sólo no abres la boca porque te molesta que me meta en tu vida privada... o porque crees que estoy equivocado u otra causa de esa naturaleza: no sirve... No te enojes por lo que te voy a decir, ni pienses que es una fanfarronería, tampoco; no. Sería muy fácil hacerte hablar si...

-¿Crees tú que sería fácil? -lo interrumpo.

Se echa a reír a grandes carcajadas. Me toma cariñosamente del brazo y me es imposible dejar de sonreír. No hay ni un asomo de burla en su actitud. Me he comportado como un niño. ¡Es que estoy tan cansado, también! Mi atención y mis fuerzas están hechas pedazos con el cansancio y la angustia. Es divertido: caí como un tonto. Sin embargo, a pesar de la risa estruendosa, no parece haberle causado mucha gracia el asunto. Por el contrario, ahora camina evidenciando una especie de tristeza. Es curiosa la impresión de seguridad en sí mismo que demuestra Isidoro. Sin embargo, se trata más que nada de serenidad.

Hemos llegado al lugar donde la calle Pío Nono se encuentra con la subida al San Cristóbal. Hace calor.

—Tomémonos una bebida por aquí, Isidoro. Me muero de sed.

-Bien; gracias -dice.

Pero es preciso caminar otro poco para dar con el "Alemán de Dardignac". Un schop helado nos hará bien.

* * *

Después de la cerveza, seguimos andando. El sol ha recalentado el cemento: la calle entera parece hervir. Este podría ser el motivo por el cual tengo la impresión de que las caras de toda la gente que se cruza en nuestro camino son diferentes. Pero predomina en mí la idea de que se ha cerrado una etapa cuyos primeros efectos son éstos: "Mirar con otros ojos. Ver las cosas y los seres desde algo parecido a la inseguridad. También, abulia para iniciar el primer

movimiento. Ese gesto ineludible que nos permite ver cómo se ilumina un rostro y luego aparece una sonrisa cuyo descubrimiento nos pertenece. Quizás se trate de penetrar el secreto de envejecer de veras y con dignidad. Porque así, tal como estoy, es como si de pronto el tiempo que sigue a este instante de vida se precipitara en un terrible "ahora", que no tiene sentido. La vida entera no es más que una explosión de incertidumbre y tragedia, sin ningún sentido. Alguien impide que ría con toda mi risa; alguien sostiene un mundo que ya está perdido; alguien oculta todo lo que no es sino estricta desesperanza. No puede ser de otra manera: la memoria no descansa en su búsqueda de estímulos. A veces se trata de estímulos que me llevan al centro mismo de aquello que me hiere; son los menos. Otras, me arrastran a la periferia de aquello que quiero olvidar. Sé que el alivio comenzará solamente cuando pueda recordar, cuando pueda tener presente una parte o el todo y mi desesperación se haya hecho tan vieja que sea únicamente tristeza."

El aire refrescado por la pequeña plaza enfrente a la Escuela de Derecho me hace bien. Nos detenemos en la esquina norponiente de Pío Nono con la Avenida Santa María. Miramos hacia el puente. La canaleta que bordea nuestra esquina está cubierta de los últimos pétalos de los ciruelos de flor. Un niño vago dormita sobre la vereda del puente. Se ha tendido allí, buscando un poco de sombra. Transeúntes pasan a su lado. Lo esquivan piadosamente. O temerosamente. O canallescamente. O mierdamente. O moviendo la cabezamente. Ruido de vehículos. Temblor de la estructura metálica. Vergüenza de estar parado aquí, mientras contemplo a ese futuro pordiosero cubierto de piojos y espiroquetas (como única herencia), con

una sensación más vaga que el oficio mismo del pobre niño. Tengo vergüenza de que esa visión sea sobrepasada por mi propio desencanto, tenuemente anestesiado por la pequeña euforia de la cerveza. Me molesta pensar que-ese-niño-necesita-ayuda-y-que-se-podría hacer-algo-y-nadie-hace-nada. ¡Tantas veces que para huir de una ligera depresión salía a caminar por las calles pobres de Santiago, pretendiendo ser un vagabundo! Hasta que lograba sentir una especie de alegría cuando imaginaba que yo era un ser marginal (curiosamente ataviado con cuello y corbata) que sólo podía encontrar la felicidad desde una pobreza ;que no he conocido jamás!... y de una libertad inventada por literatos delicuescentes. ¡Ahí está la verdad: en ese niño que duerme para olvidar el hambre! Es una vista para un pintor de la vieja escuela: Niño harapiento sobre vereda negraclara, con una línea de pétalos casi suspendida por la perspectiva y que corta transversalmente su cuerpo. Buscar otro ángulo. No. Era mejor el primero. Seguramente el Viejo Maestro usaría colores fríos (levemente fríos). Después barnizaría la tela y la mandaría al Salón de París 1911... ¡Qué locura!

-¿Qué miras tanto?

Antes de responderle le señalo el sitio enmarcándolo en un rectángulo imaginario.

- -;Eso!
- —¡No creas que es más feliz que tú! Por el contrario: es infinitamente más desgraciado —dice Isidoro.
- —Ya lo sé. Precisamente pensaba en algo parecido.
- —Sin embargo, entre su miseria y su dolor y tu angustia y falta de fe, hay una relación estrecha. Son los que están al medio los que están perdidos. Tú

puedes salvarte..., salir del pecado porque vives en un "estado de necesidad" que te obligará a intentarlo. El también vive un estado de necesidad (distinto y más urgente, por cierto) que lo obligará tarde o temprano a intentar el salto...

Ya no lo escucho. Por suerte habla en voz baja, casi como para sí. Contemplo al niño. Las piernas de unas liceanas pasan a pocos centímetros de su boca. Si estuviese despierto podría oler sus incipientes reglas. Y erectarse como animalito en época de celo. Es posible, porque ya a los seis o siete años debe de haber sido usado por algún maricón de auto grande (de esos que se detienen de noche en el puente e invitan a subir a algún niño vago)... O por algún degenerado más viejo, sucio y harapiento que él, sobre la islilla del Mapocho. Ya sabe de esas cosas. También habrá participado en un capote a cualquiera de las niñitas —tan chicas como él— que se arriendan para aumentar la prole de una pordiosera vieja. Pero pensar todo esto es hacer lo mismo que hace el filántropo cristiano o la señora presidenta de tal obra pía o el funcionario público que no le gusta el fútbol, o el escritor maricón y sensacionalista que quiere vender un libro a base de pornografías... y pensar que estoy pensando que todo esto es hacer lo mismo que hace el filántropo cristiano o la señora presidenta de tal obra pía..., y pensar que pienso que estoy pensando que todo esto... ¡Metalenguaje! Inútil.

—¿No te parece?

—¿Qué? pregunto.

—Que todo esto podría ser diferente si todos tuvieran un poco de fe... De verdadera fe religiosa. Al principio bastaría que la gente con tradiciones volviera al seno de la Iglesia...

Igual que mi papá. Isidoro nació tarde. Porque

no me caben dudas de que mi padre no es de esta época. Era el tema que le faltó en su sermón de ayer... mientras Isabel estaba allí, pasando los últimos minutos entre nosotros. ¡Ni siquiera pudimos verte! ¿Y ahora y ahora y ahora?... Sin embargo, para ti es el cambio. Yo sigo en este mismo sitio, donde ni siquiera se alteró mi reputación amenazada junto a la amenazada reputación de todos los que sostuvimos tu último peso esta mañana.

* * *

—Convencete de una vez por todas que la vida debe ser una Teodicea —un peregrinaje hacia Dios— y no otra cosa. Por eso, todo aquello que aleje al Hombre de Dios, lo acerca al Demonio (que es el caos) y no lo conduce al Hombre mismo.

La copa de coñac sigue los movimientos de su mano. El líquido agitado en su interior se escurre lentamente por las paredes interiores del vidrio, hasta fundirse de nuevo con la masa que reposa, al detener mi padre sus ademanes. Baja la cabeza y contempla en silencio el proceso que se desarrolla en la copa. Decide colaborar al regreso de esas gotas aventureras: inicia un movimiento rotatorio de su mano, logrando que la vorágine formada por el coñac devore hasta las últimas gotas. También, es cierto, la temperatura del trago se ha elevado otro poco. Permanezco en silencio, imitando inútilmente sus movimientos: mi copa está vacía. Cuando percibo un leve gesto de todo su cuerpo, que me indica la reiniciación de sus palabras, no puedo evitar adelantármele:

-Pero, papá, yo creo que es legítimo el afán de progreso del Hombre. Especialmente en una época como ésta, en que la ciencia y la técnica se han desarrollado tanto... Yo pienso que es fundamental que el hombre busque su perfeccionamiento...

Me interrumpe, separando con energía los labios

que se habían unido a la copa.

- -¿Perfeccionamiento? ¿Progreso?... ¿Tú piensas?...; No, señor, nada de eso! Insisto en que ustedes no piensan. ¿Podrías pedirle a una máquina para hacer botones que hiciese la tela para la ropa... sin alterar el diseño y la forma de la máquina, por supuesto? No, pues. Imposible. Puedes hacer otra máquina para ello. Perfecto. Eso es totalmente posible: pero la estructura, el tipo, la calidad, la forma..., la naturaleza de esa nueva máquina será absolutamente diferente de la otra; a pesar de los buenos propósitos y del esfuerzo que realices... y aunque te ayuden todos los ingenieros del mundo. ¿Por qué, entonces, la estúpida pretensión de alterar la naturaleza misma del ser humano?... Pasa lo mismo que con el ejemplo que te he dicho. Es probable que en teoría (pero una teoría que no puede superar la realidad física de esa máquina) sea posible la transformación; pero en la práctica es otro gallo el que canta. Teóricamente el hombre podría ser bueno, justo, trabajador, sano, anárquico v autárquico... jy qué sé yo cuántas cosas más! Dios le ha dado conocimiento e inteligencia para distinguir; pero en la práctica el hombre es (después del pecado original) lo que es: proclive al mal, a la injusticia y egoísmo, a la pereza, se enferma y sufre, y necesita ser gobernado y dirigido por los mejores . . .
- —¡Sí, pero podría superar esa condición! Para eso es un ser pensante —digo.
- —¡Vuelta a lo mismo! ¡Pensante! ¡Tú piensas.., nosotros pensamos..., la humanidad piensa! ¡Pampli-

nas! Ni tú ni nadie piensa. Ese es el drama del mundo de hoy. Y el drama más inmenso de toda América. ¡Sí! Pensar es enfrentarse (minuto a minuto y cada vez que remitimos la mente a algún objeto que ocupa nuestra atención) a toda la historia de la humanidad; a toda la cultura; a todas las sensaciones, emociones, recuerdos, experiencias y voliciones propias; a toda nuestra fe: a todas nuestras infinitas contradicciones propias de nuestra condición humana limitada, perecible y minúscula; pensar obliga a tener un sistema de valores inmutables que nos ha sido revelado en las Sagradas Escrituras; significa incorporar el objeto sobre el cual fijamos la atención a todo eso; y, por último, extraer las consecuencias (que no pueden contradecir ni las partes ni el todo). ¡Eso es meditar o pensar! Lo demás no pasa de ser opinión superficial que no resiste un mínimo análisis.

Me levanto a llenar mi copa. Le muestro la botella a mi padre. Dice que no. Es mejor que llene bien la mía porque después me hará falta esta anestesia. Debo volver a casa de Isabel. Teresa habrá llegado de Arica y es preciso que la vea pronto. Antes que hable con otra gente y conteste cosas que le preguntarán y que es preferible que no se sepan nunca...

—¡Parece que no sabes tomar coñac! Te lo tragas como si fuera whisky o pisco tomado por mineros en un burdel. El coñac se toma con calma, a pequeños sorbos..., como aspirándolo, casi. ¡Pero no como remedio, caramba! —dice.

Vuelvo a mi asiento. ¿Para qué voy a contestarle?... ¿Hasta qué hora tendré que quedarme aquí, soportando los consejos, dominándome para no discutir, y olvidando a medias el espanto y la tristeza?

—¡Sí, señor! Lo que les ha faltado a ustedes es clase. Han perdido la conciencia religiosa; luego, la

conciencia de clase, y, por último, la conciencia moral. ¡De ahí todo lo demás! Y todavía tienen la pretensión de pensar...; no se dan cuenta de que sólo repiten el eco de consignas puestas de moda por esos demagogos y apóstatas que hablan del "orden nuevo" y la retahíla de mentiras e inexactitudes con que hipnotizan a los cándidos... ¡Y todos ustedes se las tragan y más encima pretenden haber pensado al respecto!... ¿Cómo es posible, digo yo, ¡caramba!, que haya gente decente que se conformen con que los gobiernen los medio pelo? ¿Cómo es posible que ni se inmuten porque el Parlamento se ha llenado de picantes y analfabetos?

—Usted olvida, papá, que todo el mundo (especialmente el pueblo) tiene derecho a ocupar los cargos dirigentes. Son mayoría y nadie podría negarle los derechos para elegir a sus propios gobernantes. ¡Eso es algo que ya nadie discute! —digo en un tono impersonal y casi distante, producto del malestar por haber caído en la tentación de dialogar. (¿Qué gano con darle mil argumentos, cuando no lograré convencerlo jamás?) Menos ahora que todo esto me parece tan impertinente y lejano. Mi próxima intervención será para recordarle que Isabel está... allí...; ¡Dios mío! Y para que me diga si nos va a ayudar o no con el asunto de la prensa. Lo demás es locura e inconsciencia.

—¡Derecho! ¡Claro que tienen derecho!... ¡A to-do! Pero para que los derechos sean válidos y trascendentes, deben ganarse a costa de sacrificios, dolores, crímenes, arrepentimientos, capacidad y responsabilidad ante Dios, la historia y la sociedad. ¡Tal como nuestra clase se ganó sus derechos! ¡Qué no vengan los empleadillos públicos miembros de sectas paganas o los empleadillos públicos seudocatólicos o los pije-

227

citos arribistas que se las dan de marxistas y revolucionarios, a cacarear por abstracciones que no se merecen...; ni mucho menos a dárselas de defensores de la clase trabajadora! Y menos, todavía, esgrimiendo argumentos y predicando doctrinas extrañas, principios importados de países que no tienen nada en común con el nuestro. ¡No, señor! Esa es la disculpa, y la píldora para ocultar los afanes por el poder y la riqueza mal habidos. ¡Que no vengan a erigirse en los paladines de los derechos de nuestro verdadero pueblo!... ¡Noooo! Porque de partida son falsos los argumentos que esgrimen, ya que no provienen de una meditación propia, chilena, acerca del origen, naturaleza y realidad de las necesidades de todos. ¡Pretenden interpretar (y gobernar conforme a ello) los deseos del pueblo! ¡Infelices! Lo que están haciendo es torcer y confundir y utilizar algo que les es totalmente desconocido. ¡Ninguno de los "principios", ninguna de las "doctrinas" que citan, están arraigados en el pueblo. Nada de lo que predican es válido para esos chilenos humildes y trabajadores, valientes y honestos. Ahora es cuando comienzan a ser explotados, esclavizados y emputecidos...

Se detiene y toma un pequeñísimo sorbo de coñac. Luego me pide un cigarrillo. Me levanto y no vuelvo a mi sillón hasta que él exhala la primera bocanada de humo. Me mira con insistencia. Casi con

curiosidad.

—¡Comprendo tu pena, hijo!... En cierto modo la comparto..., hasta donde me es posible. ¡Es tan difícil saber todo lo que sufres... tú que estás tan cerca! Bueno..., las palabras están de más.

-Gracias, papá -digo.

Levanta levemente un hombro y abre los ojos, para responderme sin recurrir a las palabras. Ahora que estamos callados, podría recordarle el asunto de los diarios. Pero no puedo aprovecharme de sus sentimientos. Menos utilizar el momento en que él ha tomado conciencia de mi tristeza. Sería como utilizarla (desvirtuándola); sería como aprovecharla para algo extraño y egoísta. El retrato de mi abuelo repite en la muralla los rasgos de mi padre. La misma frente, igual mirada y toda una actitud que conozco tanto, que dificulta mi pensamiento sobre las características de la herencia, en términos de inversión de valores: pienso que esa actitud es originaria de la imagen viva que está ante mis ojos, y que ha sido el abuelo quien la ha adoptado a posteriori. ¡Pero es al revés!

Se abre la puerta y en el umbral se detiene la figura siempre joven y sana de la Nilde. Su sonrisa esconde la pregunta por la presencia de mi padre. Le contesto en igual forma, señalándole el sillón que ella no puede ver desde su ubicación. Avanza dos pasos y

dice:

—Señor, dice la señora que si puede ir que vaya... Y a usted —me indica con el dedo— no han parado de llamarlo por teléfono. Yo *hei* contestado que está ocupado con su papá y que lo llamen más rato. ¿Y qué le digo a la señora? —se vuelve a mi padre.

—Dígale que ya voy, por favor —responde.

—¡Mira, vieja, te apuesto que no le preguntaste a nadie el nombre! ¡Y nadie te dijo quién era, tampoco! ¿Ah? —digo.

—¿Y para qué quiere saber?... Si lo necesitan de veras, tendrán que llamar de nuevo. Muy bien, pues, señor, así le voy a decir a misia Rosario, ¡pobrecita! —dice.

Y, sin esperar más, se retira, cerrando la puerta estrepitosamente.

-Tu madre está muy abatida. ¡Y la Rosario no

está jamás cuando se la necesita de veras. ¡En fin!... ¿Has visto la manera de responderte de la Nilde? ¡Lleva más de treinta años en esta casa y todavía no sabe contestar el teléfono! Por suerte es una mujer limpia y decente y muy leal. ¡Ya no quedan empleadas como ella!... Porque la gente no sabe cómo tratar a la servidumbre. Ni sabe cómo tratar a los subalternos. Es parte de la crisis de la clase dirigente de este país. Aquí me refiero a un problema general; válido para todos los estratos socio-económicos chilenos. ¡Crisis de dirigentes! En todos los planos. No sólo en nuestra clase; también en las otras. Porque es dirigente un jefe de servicios de la administración pública; es dirigente el director de una escuela primaria: el jefe de un laboratorio: el capataz de un fundo: el jefe de una cuadrilla de obreros de caminos. Lógicamente que en su nivel. En el fondo, lo que se ha perdido es la responsabilidad..., ¡que pretende ser reemplazada en las esferas superiores por un trato indigno y vergonzante para con los subordinados! ¡Fíjate tú en los tuteos, apretones de manos, chirigotas, promiscuidades, ademanes al estilo yanqui... y mil otras estupideces que han adoptado algunos dueños de fundo, gerentes de industrias, senadores, sacerdotes, etcétera, en su trato con los subordinados! Todo eso es falso, criminal y carente de verdadera humildad cristiana. Hay una jerarquía que debe ser respetada. no sólo de abajo para arriba, sino también desde arriba hacia abajo. Ello dignifica, no al patrón, al jefe o al dirigente, sino que dignifica al obrero o empleado, que ve respetada su individualidad y respetado su oficio. La confianzudez no es democracia, ni humildad, no bonhomía, ni sencillez, sino que, por el contrario, es hipocresía, falta de clase, soberbia y carencia de respeto por los oficios menores...; Juegos

de manos, juegos de villanos! Sin embargo, hay dueños de fundo que por dárselas de simpáticos y de sencillos se dan manotones y palmoteos con los inquilinos. ¿Tú crees que eso le gusta a la gente del campo? ¿Tú crees que piensan que el patrón los respeta, a ellos y a su trabajo? ¡No, señor! Por el contrario: eso los desconcierta, los humilla y los resiente. Es lógico: el patrón se les aparece de pronto como un individuo vulgar, irresponsable v pedestre que trata de disimular su condición y disculpar o justificar sus rentas y estandard de vida, a base de una actitud externa e incongruente. En cambio, la gente humilde aún mantiene muy clara la diferencia... Acuérdate que a nosotros nos llaman futres, en cambio a los medio pelo les dicen pijes; cuando se refiere a la elegancia de un caballero, dice que es pituco y, tratándose de los otros, los llama pisiúticos; dice: caballero para distinguir a los chutes. ¡En fin! Hay mil ejemplos que te demuestran que al pueblo no se le puede engañar demasiado. ¡Todavía es tiempo de que ustedes vuelvan la vista a esa gente que los espera y los necesita! ¿Pero hasta cuándo va a esperar? Piensa que estos siúticos de ahora ya no los llaman por ese nombre que los enorgullecía: "rotos" o "inquilinos". No. Ahora los llaman "pobladores" o "clase trabajadora" u "obreros agrícolas" y otras huevadas por el estilo... Sonríes porque dije "huevadas". ¡Bueno, hay que llamar las cosas por su nombre!; y además ahí hay otra diferencia entre un caballero y un siútico: el caballero puede decir los garabatos que quiera y cuando quiera, porque sabe decirlos. El siútico ni puede hacer eso sin perder la compostura y mostrar la ojota. ¡Porque hay maneras y amanerados! Uno tiene maneras; ellos tienen amaneramientos. ¡Qué le vamos a hacer!: tendríamos maneras aunque una revolución

bolchevique convirtiera a todas nuestras familias en basureros. Ellos seguirían amanerándose aunque los nombrasen embajadores ante una corte europea. ¡Qué diablos, esas cosas no se enseñan en manuales! Y la gente decente sabe distinguir y los rotos saben distinguir. La clase media no tiene sensibilidad ni para eso... ¡La jerarquía obliga a mantener actitudes externas acordes con la misión del dirigente: eso se llama dignidad del cargo!... Pero también se ha olvidado. Por eso no verás en muchas casas empleadas como la Nilde. Tampoco verás cocineras que puedan preparar comidas sanas y chilenas, como sabía hacerlo la pobre Rosaura... ¡Ahí tienes! Tú que has viajado, que te has llevado en fiestas y comidas, y que eres buenazo para criticar a la gente que te invita, dime: ¿no es la cocina tradicional chilena que a diario se sirve en esta casa (es decir, cochavuvo, charquicán, ensaladas, porotos, valdivianos, ajiacos, frutas de la estación y mermeladas) lo más sano y sabroso que has comido en tu vida? Ese y no otro ha sido el alimento nuestro y del pueblo, desde la Colonia. Todos los demás rebuscamientos han venido después. ¿Dónde está la "opulencia de la mesa de la oligarquía chilena" con que se llenan la boca los demagogos? En cambio, anda a comer a la casa de un medio pelo; salsas y cremas y postres de pastelería... Te advierto que no estoy generalizando porque sí. Podría afirmar enfáticamente que esa parquedad en el comer o "falta de imaginación" como la llaman los siuticones, propia de las clases altas y bajas de Chile, define una actitud extraordinaria frente a la vida, evidencia un rasgo único de nuestra raza y explica más de un motivo de nuestra historia. Quizás se trate de una cualidad cuyas raíces están en el ascetismo español y que no es sino la práctica de una virtud teologal: la tem-

planza, remedio de la gula. ¡No creo equivocarme, al menos, basándome en la historia universal! ¡Pero, en fin, todo eso va desapareciendo, para ser sustituido por los chunchules y otras mugres que los partidos políticos del Frente Popular comenzaron a enseñarle a comer al pueblo (sin considerar que con ello sólo les aumentaban el colesterol a esas pobres gentes), y también le ha tocado a nuestra clase la nefasta siutiquería de las cremas y las frituras importadas por los nuevos ricos que pretenden "vivir a la europea", en un país que está en el sur de América. ¡Ahí están los tipos: idiotizados por la arteriosclerosis, apenas pasan los cincuenta años! ¡En fin, qué le vamos a hacer! En cambio, mira tú: todos nosotros sanos y longevos. ¡Qué agradables comidas las de la Rosaura! ¡Pobre mujer! ¡Mira en lo que terminó la ingratitud de ese muchacho, por quien su madre se sacrificó la vida entera!... Y a quien ayudamos en esta casa para que tuviese una educación y una carrera universitaria. ¡Mira tú! No hizo más que recibirse de médico y se casó con una medio pelo ante la cual se avergonzaba del origen y del oficio de su madre; hasta el punto de hacer que la Rosaura nos abandonase (muy loable y justo, pero con distintas intenciones), y en vez de llevarla a vivir junto a él, la metió a un asilo de provincia, donde languidece hasta hoy, sin haber conocido ni a sus nietos ni a su nuera; y cuyo único contacto afectivo consiste en las periódicas visitas que le hace la Nilde. ¡Fíjate tú!... Y ahora, el tipo ese, que se las daba de comunista y ateo en sus años de estudiante, está convertido en médico y dirigente político de gobierno. ¡Calcula tú el grado de sinceridad con que actúa! ¡Quizás era la intuición de todo esto la razón del aborrecimiento que le tuvo siempre la Nilde! ¡Anda a saber tú!

Aprovecho la pausa (en la que su frente refleja las meditaciones que motivan el silencio) para mirar la hora. Es tardísimo. Si no se apura en hacer los llamados telefónicos necesarios —siempre que quiera hacerlos, por supuesto—, será inevitable que me imponga de las más estrafalarias versiones de todo, por medio de los diarios. Es tiempo de decirle las cosas. Un último trago será muy útil.

—Mire, papá, quisiera pedirle (por razones que usted entiende mejor que nadie) que, por favor, interviniese con respecto al asunto de los diarios... Sería mejor no dejar pasar mucho tiempo, porque...

—¡Hmm! ¡De veras, hombre, nos habíamos olvidado!... ¡Bueno, pero yo no puedo hacer imposibles... ni pedir cosas turbias... aun tratándose de ti, y que a la larga es lo mismo, para los efectos, que si se tratara de mí y de toda nuestra familia! ¡Es un espanto..., es algo monstruoso; pero hay que afrontar la verdad! ¡Que por lo menos te queden la hombría y el valor de... mirar las cosas sin esquivar los ojos! ¡Qué diablos!

—Lo que ocurre, papá, es algo que usted no me ha entendido todavía. Le he pedido que me ayude en algo absolutamente decente y justo. Se trata de evitar que nos calumnien; que digan cosas que no son; que aprovechándose de esta desgracia..., de esto tan terrible que ha hecho Isabel, inventen una historia truculenta para vender más ejemplares y... para descargar todo el resentimiento social de los reporteros que se dedican a ese tipo de crónicas y... para explotar el semianalfabetismo de los que leen gozándose con la desgracia ajena...

—¡Y más que nada gozándose con la degradación de "la aristocracia corrompida", como dicen estos patanes! —me interrumpe.

—¡Bueno, eso es lo que quiero que usted nos ayude a impedir! Y también hay que hacer algo, aunque sea sólo eso, por la memoria de Isabel...

-; Mira, hijo!... Es fundamental que ahora me hables con absoluta honradez y hombría. Aunque siempre he tratado de mantener una moral y un sistema de vida cristiano y haya aparecido ante ti como una especie de juez..., digamos..., como alguien que sólo conoce el vicio y el pecado..., porque lo ha leído en manuales con el "nihil obstat"; aunque ésa sea la imagen que tengas de mí, te ruego que me cuentes todo, sin temor a escandalizarme o a algo por el estilo. Es cierto que siempre me he mantenido alejado del vicio; pero a lo largo de mi vida he visto mucho. Quiero que sepas que mi horror y mi indignación por el pecado tienen una base religiosa, pero te aseguro que sea cual sea la verdad (aún la más abvecta) de todo este asunto, sabré comprenderla y no alterará mi cariño por ti ni mis propósitos de avudarte...; Pero, por favor, dime la estricta verdad!

En realidad, y a pesar de mis esfuerzos en contrario, las palabras y el tono (especialmente la intención) de mi padre me emocionan. ¡Pobre, se imagina lo peor! Y, en el fondo, sus temores y su tristeza no son por Isabel. Son por mí, que no tengo nada que ver con aquello que lo horroriza. Mi culpa, mucho más grave aún, está conectada a hechos y actitudes que serían puerilidades y faltas menos que veniales de acuerdo con el esquema por el cual se rige; no obstante, es inútil cualquier explicación. Sería bueno que pudiese explicarle en pocas palabras (o en muchas) mi estricta responsabilidad. Pero es imposible, porque mi propia comprensión del problema se altera y distorsiona, convirtiéndose —llegado un instante— en excusa y en arrepentimiento, sin ningún valor, por

tratarse sólo de un rudimentario método de evasión. Debo cuidarme de la autocompasión, del masoquismo y del arrepentimiento que sirve para ocultar mi orgullo y ocultar uno de los mil matices que tipifican a los vulgares celos. En todo caso, le diré la verdad que él quiere saber, la verdad estricta sobre aquello que le interesa y le preocupa; que, por lo demás, no es sino la verdad que yo mismo le he manifestado me interesa imponer... o proteger. Con lo otro, habrá que rogar para que el tiempo nos permita llegar a la esencial comprensión.

Entonces fue ese diálogo. Todo era absurdo. Mis explicaciones totalmente ajustadas a los hechos, y sus preguntas e interrupciones absolutamente razonables dentro del sentido común, constituían -pese a ellouna relación cuya incoherencia logra alterar mi actual juicio. Sin embargo, creo que sería posible reproducir, en términos de lógica no aristotélica, el nudo de la situación: vo trato de obtener una conclusión que debo expresarle a mi padre, teniendo en cuenta los siguientes factores: a) una premisa que sea la conclusión de un silogismo que sintetice mi conocimiento total de una realidad ya vivida (que se llama fiesta de anoche), más la síntesis de mi experiencia vital completa relacionada a los hechos de la fiesta de anoche, pero que debe incluirse de manera tácita (ya que es impertinente); b) otra premisa que también debe ser la conclusión de otro silogismo cuyos términos sean: independencia de hechos de anoche respecto a suicidio de hoy a las diez de la mañana -no sólo por razones cronológicas, sino de orden psicológico v factual-, lo que constituye el término mayor; el término medio sería la necesidad de intervenir enérgica y rápidamente para que no se imprimiera una versión contradictoria de la premisa mayor; y el término menor estaría formado por la implicancia "la verdad es peor que la mentira y la mentira produciría daños incalculables, si y sólo si se publicase". Si tuviera un papel podría reducir el problema a símbolos, lo que facilitaría la solución del problema. Por otra parte, sería fundamental obtener el otro elemento de la conectiva, por medio de una operación aplicable a las afirmaciones, preguntas, interjecciones, consejos, onomatopeyas y gestos de mi padre. Lo cual es dificilísimo y requiere demasiado tiempo...

¡Todo esto alcanza los lindes de la demencia!... Bueno, quedó todo arreglado. No hubo informaciones. Hubo algunos llamados a ciertos directores de consejo de las empresas. ("¡Estás loco que voy a hablar con los directores de los diarios para conseguir una cosa así! ¡Cómo se te ocurre, ésos son apenas empleados a sueldo! ¡Para cosas de esta índole hay que llamar a los dueños de las empresas, pues, hombre!") Hubo juramentos solemnes y emocionados de mi parte como garantía de veracidad. Hubo recriminaciones expresas de mi padre por mi candidez "en grado de moronismo" y tácitas recriminaciones mías por mi ignorancia hasta sólo seis horas antes de que Isabel se lanzase a la calle desde su departamento en un octavo piso ("¡Este departamento con terraza y frente al cerro Santa Lucía te conviene comprar, Isabel! ¡No lo pienses dos veces! Entre una casa común y corriente del barrio alto y esta maravilla aérea, no hay punto de comparación!"), de que no sólo se había dedicado a la cocaína, sino que además era lesbiana... ¡y de las agresivas, según me dijo Patricia, allí en el mismo sitio de la terraza que Isabel atravesó corriendo para lanzarse al vacío, sólo seis horas después! ("¡Si la pobre está como trastornada! ¡Casi se volvió loca de celos con Roberto porque le manoseaba su vedette!")...

-¿ Oué vedette, hijo?

-Una vedette que hace strip-tease y que estaba anoche en la fiesta, papá. Dicen..., bueno..., es pro-

bable, que eran amantes con Isabel...

-: Qué barbaridad, Dios mío! ¡Qué espanto! Y todavía tú sigues afirmando que no se trató de una orgía. ¡Le sobraban numeritos para una noche de Walpurgis, un aquelarre y una orgía pagana juntos!... ¡A no ser que tú creas que sólo hay orgía cuando (además de lo que me cuentas que hubo anoche) hay algún emperador romano auténtico o está Rasputín tocando la balalaica y dando zapatetas en el aire!

-; Por favor, créame, papá!...

-: Déjate de pamplinas! Ese es otro asunto. Me has dado tu palabra de caballero de que me dirías la verdad v me basta eso para creerte. Pero una cosa es que te creas que no hay ninguna relación directa de ustedes ni con los vicios ocultos de esa niña..., de esa pobre muchacha, ¡hombre!, ni que su decisión hava estado conectada a lo de anoche, al menos de manera directa: ¡eso lo creo!; pero respecto de tu definición de fiesta, no se trata de creer o no creer..., ¡absurdo! Se trata de un problema del conocimiento, pues, hombre. No confundas. ¡Eso fue una orgía... v sanseacabó! ¡Dios mío, estos niños están habitando la Ciudad del Demonio!... ; Ayúdalos, Señor, a que aprendan a distinguir Tu Ciudad, de la Ciudad del Mundo! ¡Oue por lo menos sepan que Santiago ya es la Ciudad del Demonio!....

238

Mientras tanto, el niño vago continúa acurrucado sobre una de las veredas del Puente Pío Nono, teniendo por cabecera la reja de fierro, orinada anoche y antenoche y desde siempre, por él mismo y su pandilla: "¡Cañería e milicooo!"... O por un borracho o por algún juguetón que quiso mear el río. Mi piedad no sirve. Tampoco la piedad de los otros. Hay que buscar los verdaderos valores dando saltos, pero hacia la vida y no hacia la nada. ¿Cómo?

-¿Isidoro?

-¿Síii?

—¿Estaremos en la Ciudad del Demonio? —pregunto.

No. Todavía es muy temprano para Santiago
 responde.

Ha puesto su mano en mi hombro y me mira casi con alegría.

-¡Adiós! -dice.

-¡Adiós! -respondo.

Comienzo a andar. Voy hacia el puente. ¡Qué lesera!; nos despedimos sin preguntarnos antes por el lugar adonde íbamos. El caso es que ya da lo mismo. Ambos atravesamos el puente por distintas veredas, pero al llegar al Parque Forestal nos encontraremos de nuevo. Para qué voy a preguntarle ahora, a gritos, a dónde va. En unos pocos metros más podré preguntárselo sin tantos aspavientos.

Isla Negra - Totoral - Santiago. 1962-1965.

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

NOVELA DE NAVIDAD, por Enrique Lafourcade.

CONFESIONES IMPERDONABLES, por Daniel de la Vega. (1.ª, 2.ª, y 3.ª Serie.)

> UN PERDIDO, por Eduardo Barrios.

GRACIA Y EL FORASTERO, por Guillermo Blanco. REGAZO AMARGO, por Luis Merino Reyes,

LOS OJOS DE BAMBU, por Mercedes Valdivieso.

LA PLAZA DE LAS CUATRO CALLES, por Camilo Pérez de Arce P.

INES ... Y LAS RAICES EN LA TIERRA, por María Correa Morandé.

EL PARAISO DE LOS MALOS, por Luis Vulliamy.

NUNCA EL MISMO RIO, por Jaime Valdivieso.

EL EXTRAVAGANTE, por Luis Domínguez.

EL EXPRESO DE VON RYAN, por David Westheimer.

TODA LA LUZ DEL MEDIODIA, por Mauricio Wacquez.

CRIOLLOS EN PARIS, por Joaquín Edwards Bello.

LA MUJER DE SAL, por María Elena Gertner.

LOS INMORTAES DE AGAPIA, por C. Virgil Gheorghiu.

EN MITAD DE LA VIDA, por Luise Rinser.

CALICO, por Valerio Quesney Langlois.

BOTICA DE TURNIO, por Jorge Délano (Coke).

BARCO NEGRO, por Carlos Rozas Larraín.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Casilla 84-D

Santiago de Chile

